

ASALTO A OZ

**ANTOLOGÍA DE RELATOS DE
LA NUEVA NARRATIVA QUEER**



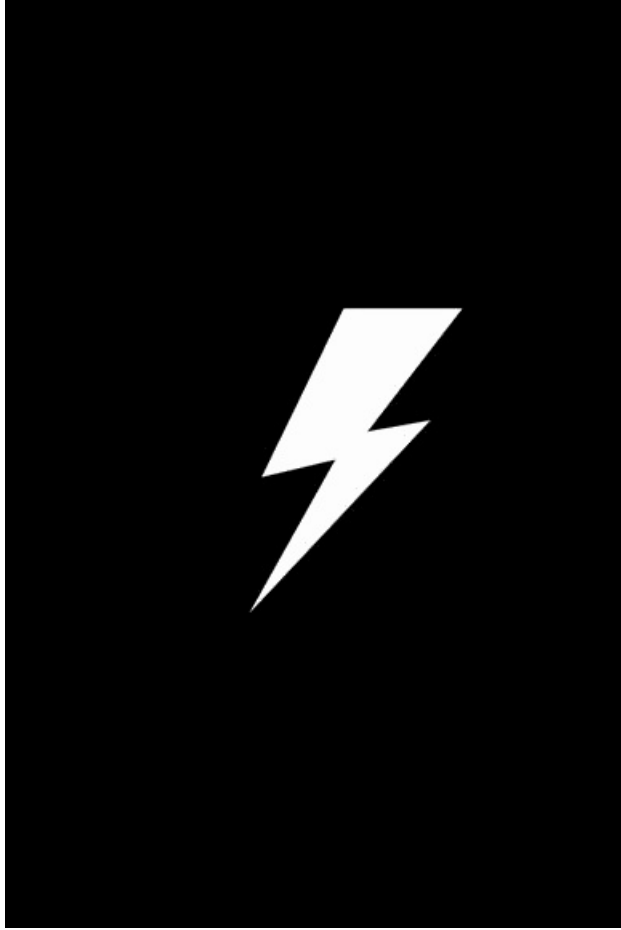
ASALTO A OZ

ANTOLOGÍA DE RELATOS DE LA NUEVA NARRATIVA QUEER

**ALANA PORTERO, ÁNGELO NÉSTORE, AIXA DE LA CRUZ, VICENTE MONROY,
GEMA NIETO, LLUIS MOSQUERA, MIGUEL RUAL, MIRIAM BEIZANA VIGO, DARÍO
GÓMEZ DE BARREDA, ÁLVARO DOMÍNGUEZ, RODRIGO GARCÍA MARINA,
PABLO HERRÁN DE VIU, ELIZABETH DUVAL, ÓSCAR ESPIRITA, SARA TORRES**

ASALTO A OZ
ANTOLOGÍA DE RELATOS DE
LA NUEVA NARRATIVA QUEER





Primera edición: noviembre de 2019

© del prólogo: Rubén Serrano

© de los relatos (por orden de publicación): Alana Portero, Ángelo Néstore, Aixa de la Cruz, Vicente Monroy, Gema Nieto Jiménez, Miguel Rual, Lluís Mosquera, Miriam Beizana Vigo, Darío Gael Gómez de Barreda, Sara Torres, Álvaro Domínguez, Rodrigo García Marina, Pablo Herrán de Viu, Elizabeth Duval, Óscar Espirita.

© de las fotografías: Rubén Martínez (Rubén Serrano), Lua Quiroga Paul (Alana Portero), Martín de Arriba (Ángelo Néstore), Isabel Wageman (Aixa de la Cruz), BaronneDeneuve (Miguel Rual), David Coll (Lluís Mosquera), Pablo Giménez (Miriam Beizana Vigo), Paola Andrade Daza (Darío Gómez de Barreda), Marta Velasco Velasco (Sara Torres), Rodrigo García Marina (Rodrigo García Marina), Christian Colomer (Pablo Herrán de Viu), Elizabeth Duval (Elizabeth Duval), Julia de Velázquez (Óscar Espirita).

© de esta edición: Dos Bigotes, a.c.

Publicado por Dos Bigotes, a.c.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

isbn: 978-84-121091-2-2

Depósito legal: M-35181-2019

Impreso por Kadmos

www.kadmos.es

Diseño de cubierta:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

e-Pub: Jesús Alés - [sputnix diseño editorial](http://sputnix.com)

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

RUBÉN SERRANO

Nació en Monóvar, Alicante, en 1992. Es periodista especializado en realidad LGTBI+, género y cultura. Ha escrito para *eldiario.es*, *El Salto* y *Público*. Tiene un máster en Periodismo Internacional, ha sido corresponsal en Londres para la Agencia EFE y ha pasado por las redacciones de *PlayGround*, EFE, Cadena SER, Levante TV e *Información*. Es autor del relato «Asfixia» en la antología *Vagos y maleantes* (Egales, 2019). Es el impulsor del movimiento #MeQueer en España y de la campaña #LeyLGTBIya. En Twitter es @rubenserranom.



PRÓLOGO

VIDAS QUE YA NO SE CALLAN

Cuando somos adolescentes deseamos encontrarnos en los libros. Estamos a la caza de historias, personajes y vivencias que plasmen en palabras las preguntas que se hace nuestra cabeza, las dudas que sentimos por no ser el chico o la chica que esperaban nuestros padres, profesores o compañeros de clase y los sentimientos que era mejor no pronunciar en voz alta por temor a recibir insultos o a ver cómo la cara de quienes más nos quieren se transformaba en decepción. Cuando dábamos con estas historias, las guardábamos como si fueran una reliquia. Eran la única forma de saber que no estábamos solos y solas. Que no éramos las únicas personas del planeta que se sentían así. Nos sentíamos acompañados.

Por eso tenemos la necesidad de aprendernos, de encontrarnos y de identificarnos. Este libro es un espacio para todo eso. Nosotros, nosotras, nosotres, los maricas, las bolleras, las personas bi, trans, no binarias, de género fluido, *queer*, los viciosos, la aberración del sistema, los enfermos, quienes estamos al margen, quienes no somos tan importantes, quienes somos la mierda para muchos, quienes recibimos palizas en la calle, a quienes nos insultan en el colegio, a quienes nos echan de casa, a quienes medicalizan sus cuerpos, a quienes aún nos someten a terapias de conversión, a quienes nos hacen sentir vergüenza, a quienes aún nos persiguen, asesinan y torturan. Nosotros también somos literatura.

A las puertas de 2020, la literatura LGTBI+ española no está tan escondida como lo estaba en los años de la dictadura franquista y de la transición. Las grandes editoriales le han perdido el miedo a publicar ficciones no heterosexuales y cada vez vamos teniendo más espacio. Prueba de ello son novelas recientes aclamadas como *Cuerpos malditos* de Lucía Baskaran (2019), *Malaherba* de Manuel Jabois (2019), *Lectura fácil* de Cristina Morales (2018), o la revelación de las letras catalanas *Permagel* (*Permafrost* en castellano, 2018) de Eva Baltasar. Pero no nos engañemos, todavía siguen siendo residuales en comparación con obras con tramas heterocentradas, cis, normativas y que cumplen con los cánones del binarismo y del sistema sexo-género. Lo LGTBI+ sigue siendo confinado mientras que la etiqueta «literatura cisheterosexual» sigue sin aparecer en la clasificación de ninguna librería o gran almacén.

Los quince relatos que componen este volumen lanzan un grito común para que nos podamos encontrar. Quieren llenar el silencio impuesto sobre nuestras voces. En su eco aún se escuchan las palabras que varias firmas inmortales forjaron en la narrativa de nuestro país hace ya algunas décadas. Algunos nombres perviven en nuestro recuerdo y otros nos suenan a desconocido, pero lo cierto es que todos han contribuido a que hoy podamos leer este libro. Como Marsha y Sylvia en Stonewall y las mujeres trans en Las Ramblas de Barcelona, todos estos nombres tiraron la primera piedra para liberar, significar y construir nuestra literatura.

El franquismo nos ejecutó a tiros, nos encarceló, nos sometió a *electroshocks*, nos desterró, nos encerró en campos de concentración y nos borró literalmente del mapa. La reforma de la Ley de Vagos y Maleantes en 1954 y la aprobación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social

en 1970 legalizaron nuestra persecución. Éramos unos parias, unos degenerados. Éramos enemigos del régimen fascista. Nuestra existencia estaba prohibida y también nuestra representación. Consecuentemente, el deseo homosexual en la literatura tenía que ser muy sutil para evitar que la censura lo eliminase. Durante estas casi cuatro décadas represivas se publicaron novelas con personajes homosexuales, pero estos eran muy puntuales, extravagantes, perversos, dignos de compasión y moralmente reprobables. Es decir, solo se aceptaba nuestra aparición de forma negativa.

Sin embargo, hubo un grupo de escritores y escritoras que supieron esquivar los órganos censores. Los más famosos de esta época fueron los hermanos Moix, Terenci y Ana María. Al primero, le instigaron a convertir en mujer al hombre gay que formaba parte de los personajes de su novela *El día que murió Marilyn*. Escrita en 1969, Moix se negó y decidió publicarla más tarde. Una de las obras más aclamadas fueron sus memorias, publicadas en tres volúmenes entre 1990 y 1998, en las que narró el miedo, la soledad y la angustia de configurar su sexualidad durante el franquismo. Mientras tanto, su hermana Ana María publicaba *Julia* en 1970, una obra exenta de palabras explícitas que obliga a leerla entre líneas para entender que la protagonista estaba enamorada de su profesora. La joven Julia era consciente de que ser lesbiana no era posible y de que su deseo no era correcto, lo que derivó en una autoculpa que también reflejó Montserrat Roig en *Tiempo de cerezas* (1976). Asimismo, en 1970 Juan Goytisolo ya hablaba desde su autoconciencia de opositor y disidente sexual en *Reivindicación del conde Don Julián*.

Para «maricones y travestis» —así era como el franquismo se refería a lo que hoy llamamos personas LGTBI+, sin tener en cuenta ni a mujeres lesbianas ni personas bisexuales ni trans—, la verdadera transición democrática comenzó en enero de 1979 cuando entró en vigor la despenalización de la homosexualidad. El deseo hacia personas del mismo sexo pasó de ser un tabú a formar parte de la cultura popular del país, ocupando tanto debates televisivos como películas. En el marco editorial, este aperturismo inició dos caminos paralelos: por una parte, aparecieron personajes homosexuales más complejos que ya no eran vistos como unos desviados ni eran descritos desde la exclusión social; y, por otra parte, aún persistían los personajes traumatizados que arrastraban el miedo interiorizado y el devenir trágico del fascismo. En esta etapa, la identidad trans también inicia su incursión en la literatura y lo hace ligada a la realidad de la época, es decir, al mundo del espectáculo, de la prostitución, de la clandestinidad y del transformismo.

Dos ejemplos de cómo el drama seguía envolviendo la homosexualidad son los títulos *La comunión de los atletas* (1979) de Vicente Molina Foix y *El juego del mentiroso* (1993) de Lluís María Todó, obra en la que el catalán indagó en el impacto emocional que la dictadura había dejado en sus personajes. Una muestra de la otra tendencia se encuentra en Cristina Peri Rossi, escritora uruguaya exiliada en España, que dio vida a mujeres lesbianas con más matices y liberadas de la mirada prejuiciosa de los otros, tal y como sucede en el monólogo interior de *Solitario de amor* (1988) y en el cuento *La semana más maravillosa de nuestras vidas* (1997). En cambio, las que no se pudieron liberar de la moral y del estigma homófobo fueron las protagonistas de *Te deix, amor, la mar com a penyora* (*Te dejo, amor, en prenda el mar*, 1975) y *Jo pos per testimoni les gavines* (*Pongo por testigo a las gaviotas*, 1977), cuentos de la mallorquina Carme Riera. Ambos relatos funcionan como dos cartas en las que las dos mujeres se intercambian confesiones con las que immortalizan el amor que vivieron en los años sesenta y que la mirada católica de la sociedad les hizo imposible continuar: «Nuestras relaciones se rompieron

por culpa del escándalo público. [...] Te obsesionaba la idea de que yo, algún día, pudiera reprocharte aquel amor al que llamábamos amistad».

La obra del autor gaditano Eduardo Mendicutti y la de la catalana Esther Tusquets son las más paradigmáticas de este período. Así, la pluma costumbrista y llena de humor de Mendicutti lo encumbraron con obras como *Una mala noche la tiene cualquiera* (1982), *Tiempos mejores* (1989) y *Los novios búlgaros* (1993), donde aborda gran parte de los temas anteriormente citados, hasta consolidarse como uno de los autores más prolíficos durante la década de los 90 y de los 2000. Mientras que sus textos rebosan deseo masculino e indagan en la identidad de género, Esther Tusquets sentó un precedente a la hora de retratar el amor entre mujeres gracias a la obra *El mismo mar de todos los veranos*. Publicada en 1978, Tusquets apostó por reventar la sociedad patriarcal de la mano de una mujer burguesa acomodada y a la vez por armar de validez, legitimidad y autoridad el deseo lesbiano en un momento en el que la sociedad aún no solo seguía reprobando la homosexualidad, sino que además no concebía que una mujer pudiera vivir su sexualidad y hacer su vida sin un hombre al lado —algo que hoy todavía sucede—. La obra fue el primer título de una trilogía a la que le siguieron cuentos como *En la ciudad sin mar* (1981) y novelas como *Con la miel en los labios* (1997), en los que se entremezclan las dudas de la protagonista, el temor a ponerle nombre a su deseo y también un amor desmesurado.

La literatura LGTBI+ española vivió su expansión con el llamado *boom* de los años 90 que se extiende hasta nuestros días. En este decenio aparecen editoriales especializadas como Egales, fundada en 1995, con el objetivo de publicar firmas y narraciones que hasta entonces seguían bajo llave en el cajón. Al mismo tiempo, el auge de las manifestaciones por nuestros derechos, la mayor visibilidad en prensa, cine y series y la consolidación de Chueca en Madrid y del Gayxample en Barcelona como barrios de ocio LGTBI+ junto con la aprobación en 2005 del matrimonio igualitario y de la adopción homoparental propiciaron que obtuviéramos un mayor espacio mediático, que la sociedad española nos empezara a ver como iguales y que pudiéramos acceder a más textos con el afán de identificarnos.

Durante estos años, el lenguaje de las novelas se vuelve más claro, alejándose por fin de las medias tintas, dejamos de estar enfermos y enfermas aunque todavía continuamos siendo una amenaza para la estabilidad del orden cisheteropatriarcal, nos pensamos en poesía y empezamos a producir teoría sobre nuestra identidad, expresión y orientación. Paradójicamente y como hemos apuntado al inicio, si bien en las grandes editoriales los personajes y tramas LGTBI+ continúan siendo menores, los textos sobre homosexualidad ganan reconocidos galardones literarios. Así, Lucía Etxebarria se alzó con el premio Nadal en 1998 con su novela *Beatriz y los cuerpos celestes*, Álvaro Pombo consiguió el mismo en 2012 por su novela *El temblor del héroe*, más recientemente Dolores Redondo se llevó a casa el premio Planeta 2016 por *Todo esto te daré* y el valenciano Rafael Chirbes fue finalista del premio Herralde hace ya treinta y un años con su obra *Mimoun*. Junto con Chirbes y su obra póstuma *Paris-Austerlitz* (2016), también destacan en estos años Luisgé Martín, Isabel Franc, Leopoldo Alas, Flavia Company, Óscar Hernández Campano y Pilar Bellver.

Sin las palabras que todos ellos y todas ellas dejaron para la posteridad no estaríamos asaltando Oz con quienes ahora están escribiendo y describiendo nuestra historia. Cambia la época y cambian también nuestras preocupaciones. De ahí que los asuntos que centran los textos que siguen a este prólogo remitan a las problemáticas, desafíos y sentimientos que estamos haciendo frente en este preciso momento y también al sabor a veces amargo, a veces placentero,

de las victorias que hemos conquistado. Dentro de unos años miraremos esta colección de relatos y podremos confirmar que efectivamente estuvimos ante una fotografía generacional de la literatura LGTBI+ de los años 2010 y principios de los 2020. Todo esto es lo que nos atraviesa ahora.

El retrato más diverso y coral de lo que somos lo presenta Lluís Mosquera en *El niño que le miraba el coño a las Barbies*: una sucesión de personajes encadenados en la que se dan cita referentes pop fáciles de reconocer para cualquier persona que haya vivido su adolescencia entre finales de los 90 y los años 2000. El poeta y dramaturgo valenciano recoge con el más puro estilo Alt Lit todos los tópicos que hemos escuchado a lo largo de nuestra vida para desmontarlos y evidenciar que desde las personas mayores hasta los recién llegados desafiamos el binarismo de género a nuestro modo, exploramos nuestra sexualidad y conformamos nuestra identidad sin miedo —por fin— a ser y a expresarnos.

En *Noche de estreno*, Vicente Monroy se sumerge en la triple precariedad —laboral, económica y vital— que les ha tocado vivir a los jóvenes que se toparon de bruces con las consecuencias de la crisis económica de 2008. A modo de condena no buscada, el protagonista, invadido por la frustración y caminando sin rumbo, intenta averiguar cómo reanimar la relación que mantiene con su pareja antes de que se produzca el último aliento. Al igual que Monroy, Sara Torres en *Querido dragón*, Pablo Herrán de Viu en *Asunto vacío* y Miguel Rual en *Poema sobre dos personas...* exploran el deseo lesbiano y gay en una pareja sólida, en las rutinas de pareja y en una pareja que ya se ha consumido.

Con la alta tasa de desempleo, las palizas y los asesinatos, los derechos trans son la gran conquista pendiente del movimiento LGTBI+ y de toda lucha social que defienda la igualdad. La combinación de los textos de Alana Portero (*Fragmentos, glitches y batas de cola*), Elizabeth Duval (*Onomástica*) y Darío Gómez de Barreda (*Un traje de palabras*) es imprescindible para entender la realidad actual en la que se encuentran nuestros compañeros y compañeras trans. El relato de Duval, el más filosófico de todos y del que emanan claras referencias al pensamiento de Paul B. Preciado, se sirve del cambio de nombre en el Registro Civil para plantear el tema de la identidad a varios niveles: por un lado, la necesidad de la protagonista Dara de darse nombre y, en concreto, de darse el nombre que siempre tuvo pero que nunca le pusieron, y, por otro lado, de preguntarse cuál es su identidad para el Estado español, para los demás y para ella misma.

En su pieza, Gómez de Barreda cuestiona si los espacios de ocio LGTBI+ son cómodos y seguros para las personas trans, cómo la normatividad y las expectativas de género operan en estos entornos y cómo ambas situaciones afectan a la autoestima («En general me han hecho sentir tan invisible, feo e insignificante como me sucede fuera de esos espacios», explica el personaje principal). El autor también toca otro tema que centra el relato de Alana Portero: la genitalidad. La escritora ataca el constructo sexo-género para evidenciar hasta qué vergonzoso y ridículo punto tener pene o vagina condiciona nuestra atracción sexual y subraya que los genitales no sirven para marcar nuestro género. Así, someterse a una operación de vaginoplastia no hará a una mujer trans ser una mujer de verdad porque ya es una mujer («El último sitio al que tienes que mirar para saber quién o cómo soy es ahí abajo»). A través de su texto, Portero cuestiona la medicalización del cuerpo trans para que concluyamos que someterse a una operación depende de la necesidad de cada persona y no de la imposición del discurso del Estado, del cirujano o de la industria farmacológica. La autora revisa también la concepción social que tenemos de la feminidad y cómo

la nula educación sexual que recibimos nos empuja a la transfobia.

La violencia que ejerce el entorno contra nosotros es tan cotidiana que muchas veces no la sabemos ver y, consecuentemente, nos cuesta denunciarla y plantarle cara. Esto es lo que le sucede al hijo de la *Casa cerrada* de Gema Nieto, donde los silencios y lo que no se puede decir adquieren la misma importancia que tienen en la obra de Esther Tusquets y Ana María Moix. El joven no es capaz de contarle a su familia y ni tan siquiera de verbalizar en voz alta para sí mismo que le gustan los hombres. De ahí que la autora madrileña, cuyo sello narrativo recuerda también al de las dos grandes autoras de las letras catalanas, incida en que «las cosas, desde el principio de los tiempos, sólo han existido desde que son nombradas».

El deseo entre mujeres queda enmarcado en *Procura olvidarme* de Miriam Beizana Vigo y en *Nodriza* de Aixa de la Cruz; si bien en el primero toma la forma de relación de pareja y en el segundo de excitación. Armados de elegancia y de un ritmo y construcción magníficos, las dos autoras reflexionan sobre la maternidad, la complicidad y la unión entre mujeres. En otro plano, Ángelo Néstore lanza en *Desfloración* un grito a favor de las personas migrantes, de los refugiados y de los que huyen de las guerras. A través del imaginario floral que tanto gusta a este poeta nacido en Italia pero malagueño de adopción, Néstore critica cómo la medicina y la religión se entrometen en los cuerpos para controlarlos y clama contra las violencias que sufren los cuerpos no binarios, los que están fuera del arquetipo sexo-género, los que no son aptos para el sistema porque hacen tambalear su hegemonía. Llena de lirios, orquídeas y geranios, la revolución para Néstore será la primavera o no será.

Escrito en clave de monólogo interior, el también poeta Óscar Espirita describe por medio de aforismos en *El lomo de un dragón* qué supone ser marica y vivir en un pueblo, la necesidad del sexilio (abandonar las pequeñas localidades para encontrar más libertad sexual en una gran ciudad) y la difícil relación que el protagonista mantiene con su cuerpo y con su autoestima. A modo de diario emocional impregnado de teoría *queer*, critica la normatividad que corroe el mundo homosexual, utiliza la «e» como pronombre neutro y consolida su círculo afectivo yendo más allá de la monogamia. Siguiendo dentro del mundo gay, Rodrigo García Marina firma en *La mierda* la pieza más oscura, explícita y violenta de esta selección. El madrileño se adentra en el mundo del *chemsex*, las drogas y las prácticas sexuales no convencionales para tratar también temas como el VIH, hombres homosexuales como víctimas de violación, la falta de cuidados, prostitución, abuso de poder y el controvertido tándem límite-fantasía.

Por último, *La pareja* de Álvaro Domínguez es una bofetada en la cara del lector. Tras años de persecución en territorio europeo, las personas LGTBI+ hemos conseguido romper varios techos de cristal, entre ellos el de la política. Prueba de ello es que el primer ministro de Luxemburgo, Xavier Bettel, es gay y que la primera ministra de Serbia, Ana Brnabic, es lesbiana. Con estos antecedentes, no resulta extraño que el protagonista de este relato sea el marido del presidente del Gobierno. Sin embargo, haber alcanzado el máximo lugar de la política también pone sobre la mesa el coste de este triunfo: la asimilación de la heterosexualidad como sistema y como herramienta de control social. Además, Domínguez también pone de manifiesto la homofobia persistente dentro de las esferas de poder, el clasismo de la pareja, la perpetuación de los opresivos estereotipos de género y entra en el debate de la maternidad subrogada.

Este volumen es una baldosa más del camino que estamos construyendo entre todos, todas, todes. Estas son nuestras experiencias, nuestras vivencias, nuestras miradas, lo que nos conforma. Como señala Elizabeth Duval en su relato, «nadie tiene tanto poder sobre la construcción de la

realidad como alguien que escribe». Aquí estamos. Encontraos. Identificaos. Leeos. Daos un abrazo. Si nos vieran, Federico García Lorca, Gloria Fuertes, los hermanos Moix y Esther Tusquets estarían orgullosos y orgullosas de lo que estamos creando.

Rubén Serrano
Barcelona, septiembre de 2019

BIBLIOGRAFÍA

MARTÍNEZ, RAMÓN, *Lo nuestro sí que es mundial. Una introducción a la historia del movimiento LGTB en España* (Barcelona-Madrid, Egales, 2017)

MIRA, ALBERTO, *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX* (Barcelona-Madrid, Egales, 2004)

OLMEDA, FERNANDO, *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco* (Madrid, Oberón, 2004)

PERTUSA, INMACULADA & VOSBURG, NANCY, *Un deseo propio. Antología de escritoras españolas contemporáneas* (Barcelona, Bruguera, 2004)

Artículos

MIRÓ, FRANCESC. *Once nombres propios de la nueva novela LGTBI en España*, 26 de junio de 2017, *eldiario.es*: https://www.eldiario.es/cultura/libros/Once-nombres-propios-LGTBI-Espana_0_657584256.html

SERRANO, RUBÉN, *De castigos a reconversiones: así fue la barbarie franquista contra las personas LGTBI*, 28 de marzo de 2019, *Público*: <https://temas.publico.es/80-aniversario-final-guerra-civil/2019/03/28/de-castigos-a-reconversiones-asi-fue-la-barbarie-franquista-contra-las-personas-lgtbi/>

ALANA PORTERO

Nace en Madrid en 1978. Es autora de los poemarios *La habitación de las ahogadas* (2017), *La próxima tormenta* (2014), *Irredento* (2011) y *Fantasma* (2010), y de la obra de teatro *Música silenciosa* (2007). Colabora en las antologías *Alcasseriana* (2016) y *Mundo subterráneo* (2015) y escribe el epílogo de *La revuelta del pueblo cucaracha* (2013), novela autobiográfica del activista chicano Oscar Z. Acosta. Dirige la compañía de teatro STRIGA, donde también actúa y realiza labores de dramaturga. Actualmente, es columnista habitual en *El Salto*, donde escribe sobre feminismo y activismo LGTB con un enfoque concreto en la realidad de las mujeres trans. También colabora con medios como *CTXT*, *El Estado Mental* o *Playground*. Activista LGTB desde los 16 años. Fue librería durante 15 años y sigue echando de menos los descuentos.



FRAGMENTOS, GLITCHES Y BATA DE COLA

Glitch: Un glitch en el ámbito de la informática o de los videojuegos es un error que no afecta negativamente al rendimiento, jugabilidad o estabilidad del programa o juego. No se considera un error de software, sino más bien una característica no prevista.

En algunos videojuegos se pueden observar glitches visuales debido a ficheros mal codificados o dañados, que al ser leídos forman figuras o imágenes erróneas.

El brillo de los ojos no se opera.

Lola Flores

Cuando se cortan líneas de palabras, el futuro se filtra.

William S. Burroughs

No deberías tener que morir para saber qué se siente al estar en paz.

Janet Mock

*Si el amor al final significa algo,
consiste en extender tu mano a lo que no se puede amar.*

Quentin Crisp

Atrapada en un glitch. Tumbada boca arriba en una cama que no es la mía, en una habitación neutra, aséptica, de la que puedes asegurar que es blanca aun en semipenumbra. Estoy amarrada a la cama por las muñecas, la cabeza, la cintura y los tobillos. Camisón también blanco.

Una araña enorme o un crustáceo, no lo distingo bien porque no puedo levantar la cabeza para mirar directamente, trabaja sobre mi pelvis. Me hace daño, me clava sus patas punzantes a través de la tela blanca, me muerde con mordiscos verticales, de exomandíbula, de pinza. Tengo miedo. Mi defensa es una leve convulsión. Sudo. No puedo gritar, no puedo hacer nada. Siento mi carne abrirse entre las piernas, percibo el tacto minucioso y violento de las extremidades del bicho escarbando, el calor de la sangre empapándome. Parece que quiere entrar, ya casi no puedo verlo, he perdido cualquier ángulo de visión.

Más abajo. Más dentro. Muerde. Vacía.

—Todas tenéis las mismas dudas. Sensibilidad, profundidad y estética.

—Bueno, son importantes, supongo, pero es legítimo hacer las preguntas necesarias cuando una va a someterse a una cirugía tan invasiva como una vaginoplastia. De hecho es extraño que tengamos que hacer las preguntas activamente, deberíamos estar más que informadas, no es poca

cosa. Me preocupan esas tres cuestiones claro, pero no son las únicas. Cuánto tardaré en curarme, qué problemas pueden surgir, a qué especialista tendré que recurrir a partir de ahora cuando necesite atención médica en mis genitales. Nadie me ha dicho nada.

—Lo importante es que lo que tienes ahora va a desaparecer y vas a sentirte completa, habrás terminado tu proceso y ya solo tienes que mantener la medicación. Lo demás lo irás viendo.

—Eh, bueno, no. La disforia no es una cuestión de sustituir piezas como si fuésemos Mr. Potato. Ni someterme a una vaginoplastia completa o deja de completar nada. Es lo que yo necesito, nada más, no es la carta de feminidad sellada, con esa nací o ya he pasado las suficientes pruebas como para habérmela ganado. Probablemente ni exista. Me inquieta qué y cómo sentiré, qué baches emocionales me encontraré, no sé, me preocupa un mundo entero, ustedes hacen esto continuamente, sabrán darme una aproximación. Esto es ciencia, no espiritismo. Necesito una conversación más larga.

—La preocupación por la libido es un rasgo muy masculino, lo sabes, ¿no?

—Pero doctor yo no he dicho que...

—Si necesitas repetir alguno de los procesos psiquiátricos, no hay problema. Puede que no estés lista.

—No, perdón, déjelo, es que estoy nerviosa, siga contándome sobre la sensibilidad, la profundidad y la estética, por favor.

Atrapada en un glitch. Algo tira de mi pene hacia arriba, es agradable. Debido a la acción de los antiandrógenos las erecciones hace tiempo que dejaron de ser una respuesta habitual a los estímulos, me extraña sentir una tan obvia, tan urgente. Araño las sábanas y respiro cada vez más deprisa. Los pezones se me ponen duros. Me recorro los labios con la lengua. Estoy cerca de empezar a gemir. Duele un poco. Hay un hombre junto a mi cama. Hay poca luz pero puedo verle perfectamente. No es muy alto, tiene el pelo teñido de algún color llamativo, es delgado, me mira con malicia, me siento atraída por él, es pequeño, bien formado, suave y llamativo como un loro bonito.

Todas las sensaciones se apresuran, crecen y forman un coro de desazones. Estoy desnuda, claro.

Glitch.

El hombre está sobre mí, tiene que abrirse mucho de piernas para estar a horcajadas por la diferencia de tamaño, apoya las manos en las carnes que circundan mi cadera, me aprieta los pechos, cuando mete mi pene en su vagina nos miramos y todo en esa mirada y en esa habitación dice «qué se jodan». Empuja. Empuja muy fuerte. Me escupe. Voy a deshacerme entera. Cambia el ángulo y la posición de las manos, me sujeta las muñecas.

No puedo más. Él tampoco.

—Pero eso no es un coño de verdad.

—Bueno, pues no lo será, qué quieres que te diga. Pero será el mío. De todas formas qué es un coño de verdad. Fuera de la juguetería sexual o de las muñecas japonesas esas tan grimosas no sé qué quieres decir con *la verdad* de un coño.

—Pues uno con el que se nace. Con sus labios mayores, menores, su clítoris... Ya sabes.

—Bueno, eso que describes no es un coño, es una vulva.

—Qué más da.

—Eres tú quien se pone puntillosa con la legitimidad del chocho, cari.

—Su cervix, su útero...

—Pero tú sabes que hay cantidad de señoras y señores con el coño diferente, que los coños no son orquídeas de invernadero con líneas perfectas y definidas. Parece mentira que te lo diga yo.

—Eso que te van a hacer a ti es un monedero.

—¿Te parece normal hablar del cuerpo de otra persona en esos términos? ¿Exactamente por qué tengo que aguantarlo?

—¿Ves? No se os puede decir nada.

—Tía, que me voy a someter a una cirugía bastante complicada y de vital importancia para mi salud mental. Es horrible decir algo así.

—Es lo que pienso.

—Bueno, pues si tiene que ser un monedero, procuraré que sea de Louis Vuitton.

Atrapada en un glitch. No veo el final del pasillo. Está sobreiluminado. Hay puertas cerradas a los lados. Blanco cegador. Me cuesta caminar, me duelen las articulaciones. Un sonido de líquido agitándose sale de mi cuerpo, cuando acelero el paso es más evidente, me pesa la tripa, está hipertrofiada, me cae por encima de la pelvis casi hasta la mitad del muslo, mis pies descalzos hacen un ruido húmedo contra el suelo, como de palmoteo. No sé por qué estoy recorriendo el pasillo, podría abrir alguna de las puertas laterales pero me dan miedo.

Cada vez peso más. Noto un golpe de reflujo ascendiendo por mi esófago, pero es frío, no arde. Vómito agua, no a empujones, sin arcadas, simplemente sale por mi boca como desbordándose, como una capa freática alcanzando la superficie. También chorrean mis oídos, la sensación es parecida a tenerlos taponados pero noto perfectamente el flujo de agua mojándome los hombros. Todos mis orificios expulsan agua. La piso. Me resbalo, caigo, sigo a gatas, la vista se me empaña por el líquido acumulado también en los ojos. El suelo está empapado, cada vez peso más. Me ahogo. Me ahogo.

—Los zapatos rojos de *El mago de Oz*.

—No te puedes pedir eso para Reyes, es de niñas.

—No es porque sean de niña, es que te llevan a casa cuando tienes miedo.

—Son de niña.

—Por favor, mamá, los necesito a veces.

—Que no te los puedes pedir. Que me pones mala. Mira tu hermano, un futbolín se ha pedido.

—(mamá, me gustaría decirte que a menudo el tío Manuel me lleva a su habitación y me obliga a chuparle la polla, pero todavía no sé describir muy bien esa situación, esto lo escribo desde el año 2019 y tengo las palabras exactas, pero justo en este momento, justo mientras hablamos, no puedo contártelo. Necesito los putos zapatos para escapar cuando intenta darme por el culo, no se le pone dura y me muerde los brazos. Sí, esos mordiscos por los que me regañas y me dices que deje de hacer el gilipollas. Pero es que insisto, todavía no sé decírtelo y además le tengo mucho miedo, dice que va a mataros si os lo cuento. Vamos a intentar pedir los zapatos de los cojones a los Reyes y deja de llevarme la contraria, por favor te lo pido).

La mañana de Reyes un futbolín y los masters del universo nos dieron los buenos días y Kansas seguía estando a tomar por culo.

—Tía, lo siento, no puedo seguir.

—¿Va todo bien? ¿He hecho algo que no debía? Perdona.

—No, estás siendo un encanto y me gustas mucho, pero es que no puedo.

—Me has mirado las bragas mientras lo decías.

—Ya, sí, lo siento.

—No te preocupes. Me visto y me voy enseguida.

—No hace falta que te vayas.

—Sí, sí hace falta, te incomoda lo que tengo entre las piernas y no quiero provocar ninguna situación desagradable. Además, ahora me incomoda mucho a mí también. Es mejor así.

—Pero quédate un momento, por favor, y te lo explico.

—De verdad que no hace falta, no te culpo ni nada parecido, pero esto me pone muy mal cuerpo y prefiero dejarlo como está. Gracias por haberme invitado a tu casa y por haber sido tan cariñosa conmigo. Me estaba gustando mucho.

—Siéntate a mi lado. Solo un momentito. Entiendo que te sientes fatal ahora mismo, pero yo también y te lo pido como un favor personal. Ponte aquí cerquita y dame la mano, anda.

—Deja que me vista primero, por favor.

—Claro.

—A ver, dime. Tienes la mano helada.

—Me pasa cuando me pongo nerviosa.

—No lo estés, de verdad que me voy enseguida, no quiero hacerte sentir mal en tu propia c...

—No te callas nunca, ¿verdad?

—Perdón.

—Nah, si me encanta cómo parloteas.

—Qué sonrisa más bonita tienes.

—Calla y déjame hablar. Tía, es que yo no sé qué hacer con... bueno... con...

—Un pene.

—Sí, un pene. Soy lesbiana, mucho, hasta hoy no había conocido a una chica trans en estas circunstancias y como has podido ver me da lo mismo, me he estado poniendo cachonda toda la tarde observándote y me he divertido un montón. Estaba deseando traerte a casa y follar contigo. No me ha pillado de sorpresa que tuvieras...

—Pene, cari. No muerde.

—Pene. Imaginaba que no supondría un problema. No sé. Nunca me he visto en esta situación y resulta que no puedo. No es asco ni nada parecido. Es solo que no me veo capaz de seguir. No sé explicarme mejor.

—Vale. No tengo nada que decir a eso. Gracias por tu sinceridad y ahora por favor sí que me voy.

—¿Te he molestado?

—No insistas, por favor. Me voy y ya coincidiremos otro día.

—Te he molestado.

—...

—Solo estaba siendo sincera.

—¿Te das cuenta de que estás rechazando a una compañera sexual que hace diez minutos te tenía ardiendo por una parte de su cuerpo? ¿Te imaginas decirle lo mismo a una chica con un muñón, una cicatriz o celulitis?

—No es lo mismo, tía, ni de coña.

—Pues mira, ya que abrimos la puerta de la sinceridad. No es lo mismo pero sí lo es. En el fondo sí que lo es. Me sé de puta memoria el peso simbólico que tiene esta cosa, pero llegado el momento solo es una parte del cuerpo. Otras chicas viven en perfecta sintonía con sus penes y están orgullosas de ser como son, pero yo no. El último sitio al que tienes que mirar para saber quién o cómo soy es ahí abajo, a ese colgajo pequeño y medio muerto por la medicación.

—Joder, lo estás poniendo aún peor, yo no he hablado en esos términos de tu cuerpo.

—También es verdad, perdona, soy trans, somos las folclóricas del género, todo es intensidad.

—¿Ves? Tía, si eres divertidísima y me gustas mucho, es solo que...

—Ya, que nos vamos a perder una noche de sexo guay por culpa de una cosa que nos da la misma desconfianza a las dos y que no dice nada de lo que somos. Ni de mí como mujer, ni de ti como lesbiana. Tía, si no pensaba ni quitarme las bragas.

—Me estás haciendo quedar como una cabrona y no es así.

—Perdona. Estoy nerviosa y asustada y me he expresado mal. No, no es así. No eres una cabrona. Me gustas mucho y no tienes la culpa de haber recibido una educación transfoba.

—Oye, que te estaba comiendo la boca hace un cuarto de hora, no soy transfoba.

—Si quieres te doy una medallita por haber besado a una chica trans, tía. Claro que estás siendo transfoba, no es culpa tuya, pero está pasando.

—No sabes lo que pasa por mi mente, no puedes decirme una cosa así y que me quede tan tranquila. Tú no sabes lo que es...

—¿Qué? ¿Ser una mujer de verdad? ¿Una lesbiana? ¿Darme de bruces con unos genitales inesperados?

—No quería decir eso.

—¿Sabes qué pasa?

—Qué.

—Que en este caso sí lo sé. Porque ese rechazo que te produce lo que tengo aquí abajo es exactamente el mismo que me produce a mí. El mismo. Un vestigio de transmisoginia interiorizada que me susurra al oído: «Solo los tíos tienen polla». Yo también he aprendido que la carta de presentación de género son los genitales. Yo también llevo un concejal de VOX en la conciencia jodiéndome la vida.

—Es que no sabría qué hacer, lo siento mucho. Me parte el corazón.

—No tienes que hacer nada, de verdad. Yo tampoco podría. Vamos a dejarlo aquí. Estamos cansadas. Ya nos llamaremos si nos apetece.

—...

—...

—¿Me das un abrazo?

—Te doy los que quieras, anda, ven.

—Qué suave eres, joder.
—Sí, me lo dicen mucho.
—¿Te puedo proponer algo?
—Si tienes un pijama de mi talla me pido cucharita grande.
—¿Cómo lo sabías?
—Porque además de trans, bisexual y gótica, soy vieja y lista.
—Gilipollas.
—Eso también.

Atrapada en un glitch. Mi madre bordando ropa, mi ropa. Soy pequeña y estoy envuelta en una toalla enorme. Veo el nombre que me pusieron mis padres por todas partes, está cosido en todas mis prendas. Camisetas interiores, jerseys, abrigos, pantalones, ropa interior, calcetines. Montañas de ropa con mi nombre muy visible. A mi madre le sangran los dedos. Le cuesta atravesar el material del calzado pero también lo marca, se abre las uñas haciéndolo pero está orgullosa. Sigue cosiendo. Decide poner mi nombre y mis dos apellidos en la tapicería de los sillones de casa, cose sin parar y sonrío con cariño, pasa las manitas ensangrentadas por encima de cada bordado cuando lo termina, con mucho cuidadito, tras algunas horas de trabajo paciente ha llenado de letras de hilo blanco también las cortinas. Puedo leer ese nombre por todas partes. Mi madre alarga los brazos hacia mí sonriendo, le devuelvo el abrazo. Quiero a mi madre cuando me abraza. Quiero a mi madre por lo bien que huele. Quiero a mi madre cuando me quita la toalla que me envuelve. Quiero a mi madre cuando empieza a clavarme la aguja y a pasar el hilo por mi carne infantil. La quiero cuando me cubre la espalda de hilo, de sangre y de las letras que forman ese nombre impuesto. La quiero cuando pasa la manita por encima del trabajo bien hecho.

Llevo un nombre de muerto bordado en la espalda por las amorosas manos de mi madre.

—¿Puedes bajar un momento la tele?
—¿Por? ¿Te aburres?
—No, es que quiero hablar contigo.
—¿Estás bien? ¿Pasa algo?
—Sí, está todo bien. Bueno, yo no estoy bien, pero no tiene nada que ver contigo, tranquilo.
—¿Te duele algo?
—Por favor, la tele.
—Sí, perdona.
—Gracias.
—Venga, qué te pasa.
—Llevo mucho tiempo con algo en la cabeza y he tomado una decisión que nos afecta.
—¿Tío, vas a dejarme así?
—Por favor, cálmate, no voy a dejarte, pero he tomado una decisión por la que posiblemente me dejes tú a mí.
—Joder, me estás asustando, ni que fueras a meterte en una secta o a cambiarte de sexo, coño.
—...
—Qué.

—Que no vas tan desencaminado. Si hasta tu inconsciente te lo acaba de decir.

—El inconsciente no existe, magufo.

—Bueno, pues la intuición, lo que sea.

—Venga no me jodas, Álex.

—Lo he sabido siempre, o casi siempre, ya no aguanto más, tengo muchísimo miedo y no puedo vivir más tiempo así.

—Así, cómo. No digas tonterías. Eres maricón, mucho, y me encanta que seas así, nos complementamos de puta madre, me mola que seas tan suave y *no me molesta* tu pluma, al contrario, forma parte de tu personalidad, pero eso no significa que seas una tía, por el amor de dios.

—Tío, esto no va de roles, ni de plumas, ni de suavidades. Sé que soy una mujer desde que estructuro pensamientos y si no hago algo para aplacar este autodesprecio que ya se ha hecho insoportable, voy a morirme.

—Estás confundido. Pero si ahora puedes hacer y experimentar lo que te dé la gana, por qué quieres encerrarte en el género. Si quieres travestirte, hazlo, si quieres que de vez en cuando juguemos y te trate en femenino, lo hago, no es lo que más me apetece pero vale, palante, pero no me vengas con esto ahora porque no. Es surrealista, Álex.

—No quieres escucharme. ¿Tú te crees que a estas alturas no he explorado el fetiche, la ropa y toda esa mierda? Que no es eso. Que ya no puedo más. Que me muero de pena, tío. Que necesito ayuda.

—Y esto a nuestra costa. De repente mi vida también al carajo porque te has levantado creyéndote Blancanieves en lugar de aceptar que eres un pedazo de maricón y una pasivorra.

—No me creo que hayas dicho eso.

—Ni yo que vayas en serio, joder. Me has mentido todo este tiempo.

—No te he mentido o no más de lo que me he mentido a mí. Tengo miedo de quedarme sola, por favor, ayúdame. No tengo a nadie para afrontar esto.

—A mí ya me has dejado solo. Déjame en paz. En cuanto puedas recoge tus cosas. Me voy y no quiero verte cuando vuelva.

Otoño de 2003, subida en la plataforma del Darkhole, suena «Temple Of Love» y cuando llega la parte de Ofra Haza las oleadas de MDMA estallan en mi pecho, mi vientre y mis riñones. Bailo como una cabrona, mis amigos no pueden seguirme el ritmo, mis amigas no pueden seguirme el ritmo, mi novio no puede seguirme el ritmo. Mis caderas se escapan al tacto de cualquiera, comprendo que lo voy a hacer, me veo como Isis, como Inanna, como Hécate, como La Veneno, como Rocío Jurado y como Madonna en la época de Blonde Ambition. Todos los años de sepultura y armario se desvanecen. Bailo como una ménade, como una puta, como una niña en su habitación, como una adolescente ensayando coreografías en el patio del instituto, como una diosa en Babilonia, como una señora en las fiestas de su pueblo, como la mujer que está explotando en ese momento, cuya onda expansiva todavía me mueve casi veinte años después. Aquella noche las mujeres que corren con lobos, las defensoras de la feminidad mesolítica y las hijas de la luna sangrante, si me hubieran visto, se hubieran retirado al rincón de pensar gilipolleces de sus cuevas. Si alguna vez la feminidad ha estado unida por un tejido místico, aquella noche me hice una bata de cola techno con él.

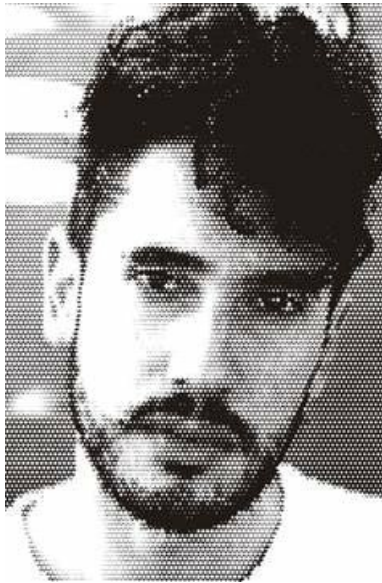
Y supe, por Isis, Astarte, Innana, Hécate y la madre que me parió, que no estaba equivocada, que mi vida tendría sentido, que era real y que siempre lo había sido.

Atrapada en un glitch. Entran de uno en uno. Hombres, mujeres y todo lo que hay en medio. Llevan enormes abanicos de plumas blancas. Todas las caras son bellísimas, apenas escucho el pitido del electrocardiograma. Rodean mi cama. Llevan maquillaje plateado, labios azul claro y tocados blancos, como en el final de *All That Jazz*. Mueven los abanicos al compás de mi respiración, cada vez más despacio. Me besan. De uno en uno me besan. Las bocas dicen te quiero cuando se juntan. Se les caen las lágrimas pero no se les corre el maquillaje. El dolor se amortigua. La pena se amortigua. La vida se amortigua.

Solo tengo ojos para las sonrisas tristes y llenas de amor de los ángeles que rodean mi cama. Las cuatro esquinitas, los dos costados, el cabecero, los pies, toda la cama flota en las plumas de mis ángeles plateados, de mis psicopompos. Las oraciones infantiles han funcionado todas a la vez y han estallado en este final divino. Cantan, creo, pero no les escucho. Reconozco las caras de las personas que me han querido alguna vez mientras me desvanezco. Todo es blanco, todo son plumas, sonrisas azules y miradas de plata. Ya no tengo frío, ya no tengo cuerpo, ya no tengo esa presión en el pecho incesante. Todo es belleza y arena movida por el viento. Todo es adiós al fin. Adiós, amores míos. Adiós.

ÁNGELO NÉSTORE

Lecce, 1986 / Málaga. Es poeta, actor y profesor en el Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Málaga. Codirige el Festival Internacional de Poesía de Málaga *Irreconciliables* con Violeta Niebla. Ha publicado *Adán o nada* (Bandaàparte Editores) y *Actos impuros* (XXXII Premio de Poesía Hiperión). Junto a Silvia López, ha traducido del inglés *Nobody Told Me* (*Nadie me dijo*) de Hollie McNish, y al italiano la poesía de María Eloy-García o las novelas gráficas de, entre otros, Isabel Franc, Andreu Martín y Enrique Sánchez Abulí. Sus últimas obras teatrales son el monólogo en homenaje a Gloria Fuertes *Esto no es un monólogo, es una mujer* (autor y director) y la pieza en solitario *Lo inhabitable*. En 2018 obtuvo el Premio Ocaña a su trayectoria poética en el XXI Festival Internacional de Cine LGBT de Extremadura.



DESFLORACIÓN

El arte nos libra ilusoriamente de la sordidez de ser.
Fernando Pessoa, traducción de Ángel Crespo

I

8 de julio de 2019

Dicen que, cuando nació, un olor intenso de flores salvajes impregnó la habitación durante unos segundos. Por eso le pusieron el nombre de Iris. Les cogió a todos tan desprevenidos que, si la matrona no lo hubiese mencionado con voz un tanto interrogativa alzando un escéptico coro de asombro, probablemente ese perfume nunca habría existido.

Aunque sus padres habían imaginado para ella una infancia de ensueño, coronada por una vida adulta llena de éxitos y aplausos, Iris había acabado muy pronto creyendo que el mundo, tal y como lo conocían sus progenitores, era un lugar donde sobrevivían solo los imbéciles y aquellos que habían aprendido a actuar de una forma *humana*. En efecto, bajo el amparo del rigor académico del lenguaje, si eso significaba ser *deshumana*, entonces ella había conseguido prosperar actuando de una forma *perversa, salvaje, bárbara y atroz*.

Y no lo descubrió demasiado tarde. Por eso, siempre se sintió diferente. De hecho, al estar distraídos por los fuegos artificiales de la infancia, la humanidad era muy fácil de engañar o manipular. Ella, sin embargo, tenía instalada una primitiva e innata semilla de la sospecha y podía reflexionar sobre lo humano casi como si esta categoría no le perteneciera. Por ejemplo, muy pocos seres humanos hubiesen llegado a comprender desde su más tierna edad, como ella, que hay un momento en toda niñez que se asemeja a la muerte y que, lo que ocurre antes es, sencillamente, profético. ¿O, acaso, no es divino el vínculo que une el crío a su muñeco, ese trozo de plástico y pelo sintético por el que llega a llorar su muerte cuando cae al suelo y se hace añicos? ¿O cuando se le encienden los ojos al sorprender a su perro devorándole el rostro? Buscar la vulnerabilidad en algo que desde el primer momento sabemos irreal (el muñeco no respira, el muñeco no pide comida, el muñeco no duerme y el niño lo sabe) es, sin lugar a dudas, lo más cercano a lo divino a lo que podríamos aspirar. Todo lo que viene después es funesto y mortífero. «Codificar el mundo desde tu propia imagen te convierte en moribundo», le confió un día a su diario secreto con quince años. Y añadiría: «En efecto, no me extraña que Pessoa asegurara que el creador del espejo envenenó el alma humana, aunque yo diría más bien que la cinceló. Y eso, por supuesto, nos debilita y nos marchita por dentro. Nos hace humanos».

Iris vivía en una calle central y bulliciosa de una pequeña ciudad del sur, llena de bares y floristerías, donde la gente solía gastar su dinero para matar el aburrimiento y las tardes discurrían plácidas y con lentitud.

II

24 de abril de 2035

Su carácter sabihondo y algo pedante la había convertido en una persona solitaria y con pocos amigos. Para colmo, un día pudo notar claramente cómo la muerte de su niñez se posó sobre su torso inmaculado cuando, a la edad de dieciséis años, del pubis limpio y poco poblado comenzaron a brotar unos minúsculos y tímidos pelos verdosos, algo que, en principio, ya le parecía grosero y le horrorizaba hasta a ella, que siempre había sido un bicho raro. Sin embargo, día tras día, aquellos hilos se volvieron cada vez más gruesos y vigorosos hasta convertirse en filamentos fuertes y largos, parecidos a los estambres de una flor. Al principio, sintió una extraña vergüenza, que la impulsó a no prestarle demasiada atención y, por supuesto, decidió no comentarle nada sobre el asunto a sus escasas amistades o a su familia. Nunca iba a imaginar lo que habría ocurrido pocos meses después. Una tórrida mañana de verano, al levantarse de la cama aún somnolienta, se espantó cuando, ante el espejo, intuyó con la vista algo borrosa que unos pétalos blancos y corpulentos habían invadido su entrepierna. Sin saber muy bien si el sopor del sueño le estaba gastando una broma macabra, vio una magnolia acariciar sus jóvenes muslos. El pavor en el rostro frente a su propio reflejo le desencajó la mandíbula y le paralizó la mirada, ahogando un tibio intento de aullido. Iris empezó a palpar aquello sin apartar la mirada de su imagen en el espejo para tratar de mantener así cierta distancia con la realidad. Escarbó y escarbó en busca del tallo de la planta para arrancársela. Las manos agarraron con firmeza los pétalos y, cuando reunió el valor necesario para tirar con el ímpetu de quien hunde el brazo bajo tierra para extirpar las malas hierbas, un dolor punzante le atravesó el pecho hasta estallar en la cabeza. Se paró en seco. Sin rendirse, empezó a cavilar en busca de una solución alternativa y sumergió los dedos en el corazón de la flor: el pistilo tragó aquellos pequeños tentáculos hasta desprender un néctar espeso y pringoso, que liberó en todo el cuerpo un escalofrío de gusto, como una breve e intensa descarga eléctrica.

Ningún médico supo encontrar una explicación científica sobre el extraño caso de Iris, pero no fueron pocos los que la tacharon de *perversa*, *salvaje* o *bárbara*, empujándola fuera de las fronteras de lo humano. Sus pocas amistades, ante la duda, dejaron de frecuentarla por miedo a un hipotético contagio y sus padres, aterrados, la invitaban a no salir de casa. Iris, como cualquier otra persona de su edad, solo tenía sed de conocimiento y placer. Y su placer se volvió cada vez más solitario. Más solitario y monstruoso. Hasta que un día descubrió en un periódico digital que a otra niña en una pequeña aldea de un país lejano le había crecido una rosa en el pubis. Y luego a otro niño un geranio.

Las calles se volvieron cada vez más silenciosas e inseguras. Los seres humanos habían aprendido a trabajar desde sus hogares y los drones eran cubículos que se encargaban de desplazar mercancías y personas. Las floristerías y los bares habían cerrado. Solo de noche se escuchaban los pasos esporádicos y atropellados de algunos transeúntes que corrían hacia sus casas y cerraban con mano firme las puertas con doble vuelta.

III

2 de septiembre de 2101

Esa mañana despertó por el clamor cada vez más próximo de la turba. Notó que un néctar

pringoso había resbalado por su pierna derecha, pero no parecía para nada sorprendida.

Recorrió con la mano la trayectoria de aquel líquido transparente y, en un arrebató de nostalgia, pensó en los niños no niños en la franja de Gaza, en las personas no personas en busca de un refugio que acunaban las olas del Mediterráneo, mientras acercaba el dedo húmedo a la nariz. El olor denso e incomparable de su sexo se mezcló con el más amable y fresco del césped en el que estaba tumbada. Ahora toda la atención mediática recaía sobre ellos, los «hombres marchitos», tal y como les había bautizado la prensa. El aullido de aquella horda, que se hacía más insistente y cercano, le recordaba que el miedo siempre se transformaba en violencia.

La ciudad ardía, en las calles los niños con flores en el pubis caían con la misma facilidad que las piedras de las casas. Sabía que la estaban buscando. El viento transportaba los alaridos de terror, que golpeaban la cara exhausta de Iris mientras colocaba una mano en su flor y con la otra cavaba un hueco pequeño en la tierra húmeda y sumisa. Era consciente de que, dentro de muy poco, aquel fuego humano la habría alcanzado, pero no se alarmó.

El primer pie invasor empujó la verja de la casa sin éxito. El cuerpo de Iris, antiguo y cruel a los ojos de los demás, flotaba ya entre dos realidades a la vez que se hundía en el suelo. Otro golpe seco en el metal sin éxito. Con un torpor más cercano al sueño, Iris empujó los dedos dentro y fuera de su cuerpo a un ritmo vertiginoso. Aturdida, oyó el estruendo de la cancela rendirse en el suelo. Sonrió. Murmuró, como en un sortilegio o un rito de iniciación, aquellos versos de Cummings, que rezaban: *Oh dulce espontánea / tierra / Cuántas veces / te han hurgado y herido / los vetustos dedos / de filósofos lascivos / Cuántas veces el pulgar arrogante de la ciencia / ha escrutado tu belleza / Cuántas veces las religiones / te han puesto en sus huesudas rodillas / y golpeado y exprimido / para hacerte parir dioses / Pero fiel al incomparable lecho de la muerte / (tu rítmico amante) / tú les respondías / sólo con la primavera*^[1].

Cuando la turba avanzó por el césped para conquistarla se encontró con un vasto campo de magnolias en flor.

AIXA DE LA CRUZ

Licenciada en Filología Inglesa y doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad del País Vasco. Ha publicado las novelas *De música ligera* (451 Editores, 2009) y *La línea del frente* (Salto de Página, 2017), y el libro de cuentos *Modelos animales* (Salto de Página, 2015), uno de cuyos textos ganó el premio Eñe 2014. Sus últimos libros, *Diccionario en guerra* (La Caja Books, 2018) y *Cambiar de idea* (Caballo de Troya, 2019) se mueven entre las memorias, el ensayo y la autoficción. Escribe una columna mensual sobre feminismos en el *Periódico Bilbao* y colabora con *La Marea*.



NODRIZA

Con el rostro enrojecido, todo él una mueca, el bebé de Ana se abalanza con avidez contra su pecho, encuentra el pezón, lo succiona un par de veces y lo escupe con rabia, como si lo hubieran engañado. Regresa entonces el llanto, que no suena humano ni animal, que suena como la sirena de una ambulancia o como la alarma de un coche que no quiere que lo roben, inclemente y mecánico. Ana se incorpora, lo acuna hasta que ceden los agudos y reinicia la secuencia: le da de mamar, el bebé la rechaza, insiste, forcejean, pierde.

Siempre pierde.

Tiene la sensación de que se pasan el día echándose pulsos, y de que nunca está a la altura. Cristina, que lleva a su propia hija colgada de la teta con los ojos cerrados y un rictus de éxtasis religioso, la reprende por pensar así.

—No es más que un bebé, por favor, un animalillo. Solo está hambriento.

—¿Y por qué no come?

Su amiga le saca seis meses de ventaja en esto de ser madre y se ha leído todos los manuales de puericultura que recomiendan los pediatras más modernos, así que diserta sobre crisis de crecimiento y cambios en el sistema de producción de la leche con la seguridad de un experto en la materia. Al parecer, tras el primer trimestre, la lactancia se estabiliza para que el organismo de la madre solo genere alimento cuando el bebé lo demande, tras un par de minutos de succión seca, y es esta espera a la que no está acostumbrada la responsable del berrinche.

Ana asiente con resignación, que es lo indicado en cualquiera de estos cortocircuitos del amor materno-filial que sobrevienen durante la crianza, y repite el encantamiento: paciencia, paciencia y más paciencia. Pero salta a la vista que no es solo cuestión de aplomo. La maternidad no ha resultado un asunto meramente intuitivo, como tanto le prometieron, sino un test de inteligencia extenuante, y parece lógico que Cristina, que en la universidad siempre fue más brillante que ella, la mejor en cuanto se proponía, la deje atrás también en esto. Es algo que asume sin que medie la envidia. Es algo que simplemente es. Tanto que, si Ana muriera, si colapsara ahora mismo en mitad de esta tarde veraniega de jardín y zumbido de aspersores, querría que fuera su amiga y no su marido quien criara a su pequeño.

Entre tanto, junto a la imagen más perfecta para la promoción de la lactancia que escenifican Cristina y su hija, los berridos prosiguen sin que nada logre apaciguarlos. Ana surca el césped dando saltitos como un muelle, se sumerge en la sombra del sauce llorón para que sus ramas le cosquilleen las mejillas al niño, lo cambia de postura, le ofrece el pecho contrario... El combate ha reabierto una vieja llaga en su pezón izquierdo y las dentelladas le hacen gritar. Madre e hijo compiten ahora por ver quién se duele más fuerte. Cristina decide intervenir y deja en el suelo a su hija, que se aleja gateando hacia una fosa de tierra recién escarbada en la que ha descubierto un botín de lombrices.

—Pásamelo.

Ana obedece y le coloca en el regazo a su bebé, que la emprende a cabezadas contra ese pecho desconocido, de desconocida.

—¿Puedo?

Asiente sin saber muy bien qué es lo que está consintiendo y entonces sucede el contacto, la fusión, el agarre ideal.

—¿Ves? Como yo ya tenía el grifo abierto, conmigo no llora.

La succión hermética de la boca del niño sobre el pezón de Cristina, ondulante y rítmica, le recuerda al movimiento de las medusas. Y llega el asombro.

Con que así somos.

Con que así deberíamos ser: un sistema perfecto.

El sol de media tarde quema las facciones de Cristina, de quien solo son visibles sus curvas, la silueta, el recipiente que exprimen con diligencia esas pequeñas mandíbulas que tan bien conoce Ana. Viéndose reflejada en la escena, experimenta los mismos síntomas que si estuviera amamantando ella misma: siente los pinchazos de la leche saturando sus propios conductos y ese cosquilleo tan particular de la oxitocina en sangre que siempre se había parecido a la excitación sexual pero que solo ahora experimenta como excitación sexual. Solo ahora que no está dentro de la escena sino fuera, mirando, interpreta en coordenadas eróticas esa ligera hinchazón del área sacra, más irrigada que de costumbre, y aprieta con fuerza los muslos para contenerse. También traga saliva, porque el silencio que han dejado los llantos le ha acoplado los tímpanos, y su deglutir suena ocluido y ahogado, radicalmente distinto del de su bebé, que mama en vocales abiertas. En mitad de la quietud pastoral del jardín, a escasos centímetros de una piscina moteada de bichos muertos, un pequeño ejemplar de nuestra especie ha abierto un portal entre dos organismos, entre dos mundos, y a pesar de la belleza, Ana solo puede pensar que la están drenando, que están drenando a la más querida de sus amigas, y mientras lo hace se acaricia los alveolos del paladar como si estuviera lamiendo un pedazo de otro cuerpo, y suspira.

No soy digna de esta pureza, concluye al fin. Pero nadie tiene por qué saberlo.

VICENTE MONROY

Nació en Toledo en 1989. Es arquitecto y profesor de historia del cine. Autor de varios textos experimentales de juventud, entre ellos: *OOO* (2013), *La realidad virtual* (2014), *He vivido una mentira desde el día en que nací* (2015), *El gran error del siglo 21* (2015), *Darth Vader* (2016), *Encuentra tu lugar en la literatura universal* (2017) y del poemario *Las estaciones trágicas* (Suburbia, 2018). Ha trabajado como guionista y ayudante de dirección del cineasta Gonzalo García-Pelayo en *Niñas* (2014) y *Copla* (2014). Ha escrito teoría cinematográfica y literaria en varias publicaciones, ahora en *CTXT*. Su proyecto de arquitectura conceptual *El vuelo de Perseo* se expuso en la Bienal de Arquitectura de Venecia en 2018.



NOCHE DE ESTRENO

El sol de agosto es tan grande que nos da miedo arder al contacto con la luz, pero de vez en cuando nos levantamos y damos unos pasos hacia el balcón para echar un vistazo. Así evitamos mirarnos el uno al otro. Las calles están vacías, las estelas de dos aviones se acercan en el centro del cielo. Parece que van a chocarse pero es un efecto de la perspectiva, vuelan a alturas distintas. Se alejan dibujando una equis blanca. Nos estiramos y bostezamos y abrimos los brazos delante del ventilador. Intentamos refrescarnos, primero uno y luego el otro, sin ponernos de acuerdo. No sirve de nada: es el mismo aire caliente dando vueltas por el salón, como una idea viciosa.

Guardamos silencio. No es fácil dar con las palabras precisas cuando hacen falta. Se suelen encontrar cuando ya es tarde, fantaseando sobre lo que pudo decirse, sobre lo que hubiera sido nuestra vida si hubiéramos sabido hacernos entender. Pero las palabras no van a cambiar nada, nos las podemos ahorrar. En la mesa, pisadas por el cenicero, hay dos copias impresas de un email de hace tres días. Dice que Alberto ha sido aceptado en una compañía de baile de Los Ángeles. En septiembre, ocurra lo que ocurra, estará al otro lado del océano Atlántico. El espacio hará por nosotros lo que no nos atrevemos a hacer. Si cierro los ojos, puedo imaginarme cómo sucederá: pasados unos días, su cuerpo se ajustará al cambio horario, un centro neuronal en el hipotálamo aprenderá a emitir señales a la glándula pineal nueve horas más tarde, para adaptar la producción de melatonina al ciclo solar. Nuestros ritmos circadianos se desacoplarán (una forma elegante de renuncia).

Mirando a Alberto, es como si ya se hubiera ido. Un poco de ceniza le cae sobre el pecho desnudo. No reacciona. Su cuerpo está presente, pero su pensamiento se dispersa siguiendo el humo del cigarro en un viaje fantástico. ¿Qué pensará? ¿Habrá conseguido odiarme por fin? Lo haría todo más fácil. Se diría que ya no sufre, es raro verlo así. Desde el principio, cuando empezábamos a conocernos, en largas noche de fiesta, borrachos en discotecas y luego en afters y luego en casas ajenas hasta las cinco de la tarde, nunca dejó de luchar, a veces con un ímpetu que conseguía conmoverme aunque también sabía que el enemigo era yo. Le avisaba de que a mí me bastaba con aquello, con la gente y con bailar, que no intentara entenderme. «Piensa en ti», le decía, «que yo pensaré en mí. Si te confundes con eso, terminaré haciéndote daño».

Siempre tuve resentimiento por su felicidad. Era tan genuina que parecía que no tenía nada que añadirle. No podía ser más que su depositario. Me buscaba, quería estar conmigo. Se interesaba por mis ideas, por mis recuerdos, por mis ambiciones (o por su ausencia). Si estaba leyendo algo, quería que le contara de qué hablaba, hasta el más mínimo detalle, como esos niños que preguntan por qué, por qué, por qué, hasta que acaban poniendo a prueba la utilidad del lenguaje. Nunca me lo tomé en serio. Hacía cosas como mirarme un rato en silencio por la mañana, o llamarme a última hora para dormirse al teléfono, o preguntarme si era feliz. «Feliz, qué ocurrencia», le respondía burlándome, e incluso aquello le gustaba, le parecía el colmo del ingenio. Le sacaba solo unos meses, pero se hubiera dicho que eran diez años, y estaba seguro de que eran esas ideas livianas las que mantenían su apariencia casi infantil. «¿Qué sientes?», saltaba de pronto, tumbados un martes en el Retiro. Y yo no respondía, pero pensaba: un 62% de hambre, un 23% de indiferencia, un 15% de algo que no dispone de un sustantivo, pero que quizás definiría como «una

amenaza velada que se dirige de lo interior a lo exterior».

Hasta entonces, de aquella atención no sabía nada. No hubo ninguno antes de él, y todavía me bastaba imaginarme la cara de los chicos del barrio si me vieran tirado en ese césped ridículo, con la cabeza de un hombre apoyada en las piernas, para ruborizarme. Pero era peor si me acordaba de todas aquellas otras noches de insomnio, preguntándome si algún día alguien me abrazaría. A Alberto y a mí nos veía tan pobres, sin grandes expectativas, pero también tan altos, tan bien parecidos: esa imagen me gustaba, y su optimismo era tan grande que es posible que, aunque fuera fugazmente, yo mismo llegara a creer que podía salvarme. No. Nadie nos salva de nada. La naturaleza es más fuerte que la voluntad, eso más vale aprenderlo pronto. Uno puede engañarse durante un tiempo, creer que las cosas cambian, que se avanza, pero basta un momento de debilidad para que todo vuelva a ser como antes. Un fumador, aunque lo deje, será siempre un fumador.

§

Quería ser bailarín de musicales, y preparaba un espectáculo para estrenar en primavera. Había ido algunas tardes a los ensayos. Me hacía gracia verlo saltar de un lado a otro como un antílope. No le faltaba ambición. La obra la había escrito él mismo, y ahora la dirigía y la protagonizaba. Llevaba tres años ahorrando y, con ayuda de algunos contactos, alquilaría a un precio razonable un teatro del centro para la *soirée* inaugural, que había previsto minuciosamente.

En el escenario se crecía, parecía otro. Si sabía que yo estaba en la platea, se esforzaba todavía más, pero no le hacía falta dar órdenes para que todos estuvieran a sus pies. Lo hacían por el gusto de verlo contento. Había un tal Julio o Julián que se las daba de modisto, y que parecía su hermano pequeño. A veces venía por casa: un completo introvertido, siempre aterrorizado y medio tartamudo, pero entre ellos se entendían. Lo había visto corriendo de un lado al otro del escenario, pernituerto, poniendo un alfiler aquí y otro allí. A mí nunca me miraba a los ojos. Si me lo encontraba a la salida de un ensayo, le veía titubear, colorado, dudando si saludarme o no. «Le impones», decía Alberto, riéndose, «porque eres muy hombre».

Cuidar de los demás (también de mí) no le requería esfuerzo. Formaba parte del impulso mismo de su presencia. No esperaba nada a cambio. Para él, el amor era un sindicato de fuerzas más amables de lo que solía decirse, más abstractas de lo que el lenguaje podría llegar a expresar. Tenía el mismo origen que todo lo demás: las galaxias, los planetas, nosotros mismos. Mi mezquindad (del todo terrenal) aumentaba con el contraste. Me decía que, de haber sabido mirar más allá de mí mismo, aquella bondad habría debido conmoverme, quizás incluso transformarme. Más bien al contrario, respondía a su ternura con desprecio y con cinismo. Conseguía sentirme sucio. Me parecía que a mis veintiséis ya no esperaba nada de la vida.

§

Poco a poco se fue mudando. Era paciente, aunque mis cambios de humor habían empeorado. Mi contrato de prácticas terminó en febrero y me vi sin trabajo y sin saber qué dirección tomar. Ahora pasaba más tiempo en casa, lo veía entrar y salir a cualquier hora, siempre a otra cosa, siempre camino de un evento o de una fiesta. Me veía acorralado y al mismo tiempo no sabía prescindir de él. Todo me molestaba: que estuviera alegre si yo no lo estaba, que no se contagiara

de mi tristeza, que fuera dócil, que me tratara como un objeto frágil y profundo. Si estábamos bien daba gusto vernos, pero dependía de mí. Cualquier cambio me afectaba, por pequeño que fuera: la luz, el clima, el día de la semana. ¿Cómo iba a ser feliz en un mundo donde nada se está quieto? Eso Alberto no lo entendía. Todavía, debajo de este sol disparatado de agosto, no lo entiende. Si fuera así, quizás...

Algunas veces, si sabía que me estaba esperando, no quería volver a casa y me encendía un pensamiento: ¿quién era él para robar mi tiempo? Miraba su mudanza ya consumada como una traición. Me consideraba débil por haberla permitido. Entonces encontraba un placer inconfesable en hacerle sufrir. Buscaba las malas compañías de antes y andaba de bar en bar, tirando el dinero. Llegaba borracho y ya de madrugada, negándome a darle explicaciones. Me había esperado despierto y lloroso. «Quieres atarme», le decía, volviendo contra él la situación. Mis juegos me llevaban más lejos de lo que había planeado, pero entonces rectificar parecía imposible. Le hacía daño, le trataba de loco, era mezquino y cruel, me sorprendía a mí mismo con mis argumentaciones. Al final se daba cuenta de lo que hacía, me sentía dudar y enfadarme con los dos: conmigo por ser yo y con él por no serlo. Se calmaba. Sus rasgos se relajaban y casi desaparecían. Solo quedaban los ojos, siguiéndome de un lado al otro de la casa. Era desesperante. Nada le impedía gritar, tal vez, o devolverme los insultos. Hubiera dejado de buena gana que me abofeteara. Cualquier cosa antes que esos ojos. Pensaba en sacárselos. Su dignidad me resultaba insoportable.

A estas escenas seguían temporadas en las que parecía posible entendernos. Yo jugaba con la ilusión de abandonarme, pero era una calma impostada, hecha de insinuaciones. Para Alberto esta era la vida verdadera. La otra la dejaba en el escenario. Se proponía cuidarme, se esforzaba de verdad. Me compadecía por mi mala suerte, por mis jaquecas... Para mí no había ninguna diferencia entre vivir y actuar. Siempre era así: caminábamos en sentidos contrarios. Cada uno era idiota de una manera distinta, y debo decir que la mía, por ser más sesuda, no era mejor. Él compensaba con fuerza de voluntad una notable falta de talento. Sus bailes, por ejemplo, eran todo lo buenos que podían ser tratándose de alguien tan sincero, tan falto de matices. El espectáculo — decía — también era para mí. Quería hacerme sentir orgulloso la noche del estreno.

§

Con el tal Julio o Julián fuimos una vez al cine. Pasaba por una de mis buenas épocas, respiraba tranquilo, me veía simpático y bromista. En esas raras ocasiones me sentía hechicero y capaz de todo. Notaba que el muchacho también se animaba, no bajaba la mirada y hasta respondía a alguno de mis chistes. Alberto estaba feliz de vernos así, como una familia. Pero la alegría duró lo que tardaron en apagarse las luces.

Entre los dos me dieron la película. Era una de esas historias de un primer amor adolescente. Contaba el despertar sexual de dos muchachos alemanes que, en el verano de sus dieciséis, se descubrían a sí mismos y se abrían el uno al otro en un paisaje septentrional, con resultados enternecedores. Se enfrentaban a sus familias y a los prejuicios sociales. Julio o Julián lloriqueaba a mi izquierda, y Alberto me agarraba la mano como diciendo: míranos, somos nosotros en la pantalla. La música era un escándalo. ¿De verdad se tragaban aquello? Estaba asqueado. ¿Y por qué esas historias pasaban siempre en verano? Los personajes se besaban bajo un aguacero, temblaban frente a un atardecer, miraban las nubes cambiantes echados junto a un

lago. La vida no era así. El mundo no se coordinaba con nuestros deseos, y mucho menos sus fenómenos atmosféricos. Salí de un humor de perros, y mientras se limpiaban las lágrimas los escuchaba comentar algunas escenas, el futuro prometedor de la pareja de jóvenes actores. «¡Ahora vamos a tomar algo!», propuso Julio o Julián, con una seguridad alimentada por la emoción, que terminó de sacarme de mis casillas. Gruñí que no, y que nos dejara tranquilos. Alberto fue a rechistar pero el otro, completamente rojo y otra vez tartamudo, ya se alejaba disculpándose.

«¿Por qué has hecho eso?».

No respondí.

«¿Qué tienes contra el pobre chico? ¿Es que no ves lo que es?».

«Sí», me sonreía, furioso, «claro que lo veo».

Desde ese día no volvió a aparecer por casa. Si me veía a lo lejos en un ensayo, salía corriendo a esconderse.

§

Pasaban las semanas. Las cifras en mi cuenta corriente empezaban a ser preocupantes. Mis salidas nocturnas no ayudaban. Borracho gastaba sin control, pero me sentía incapaz de tomar medidas. No era el terror lo que me paralizaba, sino la indiferencia (por mi destino, por el del mundo). Todo me daba igual por las calles, ya no recordaba cuándo era la última vez que me había ilusionado por algo. En casa era lo mismo: con Alberto no encontraba casi nada de lo que hablar. Para él todo era el baile, estaba excitado y disperso, siempre a otra cosa. Apenas tenía tiempo para prestarme atención, y fingía no darse cuenta de mi estado. Invertía en el espectáculo todo el tiempo del que disponía. Ensayaba sin descanso, por la mañana en el teatro y por la tarde dando vueltas y vueltas por aquel salón tan pequeño de mi piso de estudiante, chocándose con los muebles.

Envidiaba esa actividad frenética. Salía a echar currículos o iba al cine, pero en el fondo sentía que mataba los días. Después, cuando oscurecía, caminaba por Madrid algunas horas, con una dirección desconocida que solo se materializaba a mitad del recorrido. Miraba con envidia a los adolescentes que formaban grupos en los parques, donde ya era primavera, bebiendo latas de cerveza. Estaban tranquilos, ¿por qué yo no? Aquella edad para mí ya había pasado, pero apenas había sido consciente mientras duraba. Entonces lo único que deseaba era ser otro, frenar mis impulsos. Fingía, me engañaba a mí mismo. Era igual que no vivir. Ahora no bastaba con seguir adelante. También había que volver al pasado, comprenderlo, reconciliarse. Alberto lo hacía a su manera, bailando. Nunca supe de qué se trataba, pero de alguna manera, moviéndose libre, se liberaba también por dentro.

Así iba de un lado a otro, intentando silenciar mis pensamientos, hasta que una vez que ya iba por la cuarta copa, escuché a mis espaldas una voz que me llamaba. Me costó reconocerla. ¿Podía ser María, mi vieja amiga del colegio? Parecía otra. Solo seguían en su sitio aquellos labios alegres, que servían igual para una promesa que para una disculpa. «¡María! ¿Ahora vives aquí?».

«No, no. Solo estoy de paso, por negocios». «Negocios, ¿eh?», me reía yo, sorprendido. Y mirándola se diría que era verdad, y que no le iban nada mal. Quién lo hubiera pensado de aquella pobre, siempre en las nubes. Parecía que había sido ayer cuando me copiaba los exámenes de matemáticas. Ahora se movía en el mundo.

«Vi a tu padre en el barrio hace unos meses», me sonrió, cogiéndome del brazo, como si hubiéramos vuelto a la adolescencia. «También allí pasa el tiempo. Vamos, esto hay que celebrarlo».

Pasamos juntos la noche. Escuchándola, se diría que en cinco años había vivido varias vidas. Y todo lo había hecho ella, sin ayuda de nadie. Seguía teniendo un gesto maleducado al reírse, pero lo disimulaba con la mano vuelta. Hasta eso había aprendido. Se casaba el año siguiente con un ingeniero de caminos, me invitaba a la boda. Me enseñó una foto de los dos en el iPhone. Posaban delante de la torre Eiffel, y parecían felices. Susurrando como si el otro andase cerca, me hizo una confesión: «De adolescente siempre pensé que sería contigo, ¿sabes? Pasé años esperando una señal. Pero nada, igual que un ciego. ¿Es posible que no te dieras cuenta?». Sonaba seria, casi melancólica, pero luego pareció pensarlo y soltó una carcajada, golpeándome. «¿Y a ti? ¿Cómo te tratan las mujeres?».

§

La víspera del estreno, Alberto quiso salir a cenar para celebrarlo. Me hubiera gustado ser yo quien le invitara, pero para entonces ya apuraba los pocos ahorros que guardaba para emergencias. En un par de semanas no me quedaría nada. Mi imagen zarrapastrosa conjuntaba bien con mi situación financiera. Parecía un mendigo. Estaba cada día más delgado, comía poco y bebía mucho, ya ni me preocupaba por afeitarme. Apenas Alberto aparecía por la casa, me escurría por la puerta. No podía pensar en otra cosa que no fuera en la aparición fantasmal de María, mitad ella, mitad otra. Todavía dudaba de que hubiera ocurrido realmente. Aquella madrugada había entendido que algo escondía detrás de mis rodeos. En un momento dado, al final de la noche, sentí que me buscaba los ojos, quizás pidiéndome un beso. La había despachado de malas maneras, temiendo que descubriera que ahora era alguien distinto.

También Alberto estaba agitado durante la cena, hablaba y hablaba —casi gritaba— como si estuviera solo: del ensayo general de esa mañana (que había sido un desastre), del segundo bailarín que estaba resfriado y de otras cosas: de algunos amigos comunes que asistirían, de un instagramer, de una revista digital de moda, de un cazatalentos neoyorquino. Se dejaba llevar, fantaseando. Una compañía americana buscaba bailarines en Madrid. La historia era nueva, pero se notaba que había estado dándole vueltas. Yo me mordía la lengua. Me concentraba en mirar el gotelé de las paredes como cuando era un niño, buscando formas: coches accidentados, palmeras, el mar (me críe lejos del mar). Pensaba para no escucharle: ¿cómo sería el mar sin horizonte? Cosas así. Pero al final no me contuve. Le corté:

«Guarda algunas fuerzas para el baile de mañana. Se te van a ir todas por la boca».

Me miró dejando a medias una frase, sorprendido. Seguí:

«Pierdes el tiempo hablando de cosas que no han pasado».

«Tú ni siquiera hablas de las otras cosas», se defendió, «de las que sí te pasan».

Ese tono me encendió.

«Solo son los sueños de un crío. Pero los sueños valen dinero y tiempo».

«El dinero se consigue. Y soy joven».

«No es suficiente. Hace falta algo más».

Ahora entendió lo que decía. Yo también lo entendí mientras hablaba: había vuelto a cruzar la

línea. Traté de rectificar, me acerqué a él, le busqué con los ojos.

«Ven», dije rodeando su cabeza con el brazo. «Ven».

«Solo quiero que estemos bien juntos», dijo con gravedad.

«Estamos bien».

Pero decir esas dos palabras me costó más esfuerzo del que esperaba. Nos vi en el futuro, a los treinta, a los treinta y cinco, a los cuarenta, repitiendo la misma escena una y otra vez. No podía soportarlo. Me bastaba con pensar en la fiesta de mañana, donde me presentaría a todos aquellos aspirantes a artistas. Tendría que sonreír, fingir que me interesaban. Apretaba las mandíbulas. Esa noche volví a salir.

§

Casi prefiero no acordarme de la angustia que sentía mientras recorría las calles. Estaba absorto, igual que siempre. Me lo imaginaba solo en casa, esperándome como otras veces, pero hoy precisamente. Sentía remordimientos. Ni siquiera me permitía pensar en lo que iba a hacer, aunque ya lo sabía. Me negaba a ser responsable de tanta mezquindad. Me consolaba pensando que quien actuaba era alguien que, aunque estaba dentro de mí, no era yo mismo. Ahora que el daño está hecho y que no hay forma de repararlo, me pregunto si aquel no fue mi plan desde el principio, y los meses que pasé con Alberto una farsa montada para engañarme a mí mismo: fui tendiendo pequeñas trampas, disponiendo una cadena de circunstancias para que el desenlace pareciera inevitable. Le maltraté para demostrarme que merezco estar solo, que no merezco querer a nadie ni ser querido. Puede que no se me crea si digo esto pero, aunque fui el verdugo, hubiera preferido ser la víctima.

Perdí la cuenta de dónde estaba. Me emborraché más que nunca. Me hacía a la idea de que en alguno de aquellos portales me esperaba María. Lo que no sabía era si huía de ella o iba a su encuentro. No recuerdo nada de lo que vi en las horas siguientes (¿cuartos oscuros, luces rojas, una niebla densa?). Cuando quise ser consciente cruzaba un parque y clareaba. Estaba al otro lado de la M-30. Agotado, paré en un bar, pedí un café y algo de comer y seguí caminando. A mediodía, después de ignorar sus llamadas, escribí a Alberto diciendo: «No iré esta noche». Siguió llamando, preguntándome por whatsapp si todo iba bien, suplicando que volviera. Dejó un mensaje en el contestador. Lloraba. Lo ignoré. Vi anochecer otra vez mientras volvía con los pies deshechos y la ropa apestando a sudor. La casa estaba sola. Miré el reloj. A esa hora la función ya habría terminado, la fiesta estaría a punto de empezar. Me tumbé en la cama y me dormí al instante. Me desplomé en un mundo efímero y cambiante, donde la gravedad había sido sustituida por formas todavía más perversas de coerción.

No se puede pretender explicarle a un soñador, mientras está perdido en su mundo de pesadilla, que lo que ve no es verdad, que es absurdo, que debe entrar en razón. Entonces las cosas más disparatadas parecen posibles. También yo me transformaba, era dúctil, sentía que mis huesos se estiraban y se encogían, se fundían, se evaporaban. Era un guiñapo en manos de un viento que me lanzaba de un lado a otro, por territorios desconocidos. ¿Con qué destino? No podía saberse, el viaje era caótico. Por todas partes veía pasar las caras de mi vida: la de mi madre, la de mi padre, la de los chicos del barrio, la de María, la de aquel Julio o Julián... Bailaban igual que en el teatro. Comprendí que era una obra compuesta para mí. El último número era faraónico, lo interpretaba Alberto, qué bien lo hacía. Me despertó su presencia a los pies de la

cama. Unos segundos antes, su llanto se había introducido en el sueño como una música extradiegética.

GEMA NIETO

Nació en Madrid en 1981. Es licenciada en Filología Hispánica y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Complutense. Trabaja en el mundo de la edición y colabora en revistas como *Qué Leer*, *Culturamas* y *Pikara Magazine*. Es autora de las novelas *La pertenencia* (Caballo de Troya, 2016) y *Haz memoria* (Dos Bigotes, 2018), y de los cuentos «Déjate Ver» (revista *Eñe* nº 50) y «Soy el fantasma que dispara» (*Ésas que también soy yo*, Ménades, 2019).



CASA CERRADA

*Cuando el silencio se instala dentro de una casa, es muy difícil hacerlo salir; cuanto más importante es una cosa, más parece que queremos callarla (...)
Los fantasmas son invisibles porque los llevamos dentro.*

Marguerite Yourcenar, *Alexis o el tratado del inútil combate*

—Mira cómo llueve.

Y si venía la lluvia, aunque viniera, todo era igual de fácil: sólo había que decidir si le llevaban al colegio en coche. Decisiones sencillas como inofensivas intromisiones. Ponerse el chubasquero encima del uniforme. Mirar el chaparrón con su madre desde el portal. Esperar a que su padre detuviera el coche justo enfrente para que se mojaran lo menos posible en la breve carrera. Desde el asiento de atrás, contemplar la ciudad disolviéndose sin remedio tras su velo de agua. O después, en casa ya, apoyada la cabeza en el marco con la noche empezando a hacerse alta sobre los edificios. «Mira cómo llueve». Pero tenía que decírselo para que él lo viera, porque las cosas, desde el principio de los tiempos, sólo han existido desde que son nombradas.

Ese mismo balcón, contemplado desde la calle. El cuarto piso de un edificio antiguo pero recién remodelado, situado en un barrio muy cerca de la playa, de techos altos, fachada elegante y amplio portal con suelo de mármol, todo ese encanto artesonado buscado por los extranjeros. Con sus contraventanas de madera oscura y las balaustradas de hierro formando rígidos racimos de hojas y flores. El edificio entero pertenece a una empresa de alquiler turístico, ya no quedan antiguos propietarios viviendo allí. Ningún vecino de toda la vida. Presionaron hasta echarlos a todos.

Con la cabeza levantada y la mano sobre los ojos observa desde la acera el balcón entre algunas ramas. El mismo balcón con sus adornos de piedra en el marco. Siente que le vuelve a caer sobre los hombros un peso, liviano como una niebla o una mano empujando algo antiguo que vuelve. Las casas tienen raíces muy abajo, muy hondas, fuertes en la profundidad oscura. Nadie las ve pero lo sostienen todo. Aunque permanezca vacío, sabe que éste no será jamás un piso deshabitado.

Viene a pasar sólo una noche, pero siempre alquila el mismo piso cada vez que visita la ciudad. Si no se encuentra disponible, pospone el viaje o lo adelanta para hacer cuadrar su estancia con las fechas en las que está libre. Sin embargo, muchos no quieren quedarse en él tras haber sido alertados por ciertas opiniones negativas en páginas de internet: se escuchan más ruidos de cañerías que en ningún otro, hay corrientes de aire imprevistas, susurros como leves súplicas, crujidos en los tabiques que impiden dormir bien. Algunos inquilinos lo han abandonado poco después de instalarse por diversas razones. El comentario más asombroso que ha leído hasta el momento es el de alguien que afirma haber escuchado a una rusa salir gritando en plena madrugada: «¡Muertos en las paredes!». Él no puede pasar las noches en otro sitio y tiene un

concepto distinto de los fantasmas: siempre son la transfiguración de un miedo, de una culpa, de algo que no se ha dicho, de una deuda pendiente o de una historia de amor.

Su mayor fantasma es una casa.

Nunca escuchó a sus padres decirse que se querían. Desde pequeño veía, sí, las señales claras, el afecto cotidiano que se mueve y revolotea, inequívoco, entre las mil tareas de la costumbre hasta posarse sobre las manos al final del día, pero a la hora de verbalizarlo algo les frenaba siempre. No formaba parte de sus hábitos la expresión de ningún sentimiento, hacerlo era considerado, según todos los signos que presencié desde niño, como una muestra de debilidad o de vergüenza que había de ocultarse. El silencio se estableció en su casa como una norma incuestionable, surgida del mismo silencio porque nadie jamás la proclamó de forma expresa, y a él le bastó escucharlo y asumirlo con total naturalidad para empezar a imitarlo. Pero pronto comprobó también que aquél no era un silencio muerto sino atento, expectante, al acecho. En el aire dentro de su casa bullían las palabras sin ser pronunciadas, era como respirar el humo de un caldero donde se removían sin descanso frases que la propia intensidad del fuego evaporaba de inmediato, y entonces sólo quedaba un eco vacío dispuesto a saltar sobre cualquier sonido humano para imponerle consecuencias. No era necesario hablar de las cosas que se veían o las que se demostraban. La brisa que traía el olor del mar o la lluvia estaban delante de todos, incluso a su alcance si sacaba la mano por el balcón. El silencio se alimenta y se define a sí mismo, basta abrigarlo en la boca para que crezca fuerte como una semilla bajo la lengua.

La brisa del mar, aquella tarde, llegaba hasta el balcón con una rotundidad casi irreal, con el olor del mes de mayo y los exámenes finales, y más allá la promesa intuida de países vírgenes, tan próximos e inabarcables que a esa edad creemos que nos van a esperar siempre para ser explorados. Estaba sentado junto al balcón del salón, como cualquier tarde de buen tiempo, con las altas ventanas abiertas, y tuvo de repente la visión vertiginosa de un relámpago rojo volando hacia él. Duró un segundo. El globo de agua pasó rozándole la cabeza y se estrelló justo en el lateral de la contraventana con un estrépito líquido. Se quedó tan perplejo que no pudo reaccionar inmediatamente, ni siquiera había hecho el ademán instintivo de protegerse con los brazos al ver el proyectil aproximarse e incluso ahora, con la pared a su lado chorreando y toda la camiseta salpicada, continuaba atónito, casi sin atreverse a mirar quién había sido el responsable. No hizo falta, porque enseguida surgió desde la penumbra del salón el cuerpo de su padre, resoplando y maldiciendo, y en segundos ocupó casi la totalidad del balcón a la vez que dejaba caer todo su peso sobre la balastrada y le gritaba a alguien que parecía seguir mirándole impertérrito desde la calle.

—¡Mudo de los cojones, sé quién eres, te he visto, ya verás cómo voy a reírme yo cuando hable con tu padre, sinvergüenza!

A él el suceso le había sorprendido tanto como si hubiera sido un corazón recién lanzado desde algún pecho lo que acababa de explotar a escasos milímetros de su cara, pero más le sorprendieron las palabras que su padre le dirigió seguidamente con una mirada enturbiada de odio:

—¡Que no te vea yo con ése, que no te vea!

Y volvió a meterse dentro murmurando todavía y masticando su indignación.

Entonces, por fin, se decidió a inclinarse hacia delante y entre las ramas de los árboles distinguió, abajo en la acera desierta, al tirador.

Era aquel chico, claro, no podía ser otro, aquel chico y sus largas miradas cargadas de contradicción y juego que nunca sabía cómo encajar. El chico del primero, aquel rubio espigado y de ojos enormes que hablaba con las manos, algo mayor que él, que parecía estar siempre en todos los rincones atento como un vigía y su mueca era en todo momento la de un fantasma burlón. Inmóvil en la calle, mirándole como si le retara, mostrando tras la broma sus incisivos algo separados y el brillo despiadado en las pupilas de quien se alegra por haber acertado el blanco. Aquel chico y sus esperas, su otra clase de silencio, chispeante, intencionado, al que no era capaz de responder más que bajando los brazos y los párpados. Porque cómo responder y el qué cuando hablas otro idioma y no conoces ningún vocablo, nada que sepan dar forma tus manos, cómo actuar cuando en la conciencia ya hay un ruido de tormenta que confirma que se está asumiendo la derrota. Retumban tambores y truenos en mitad de la cena, en la calma instalada en las rutinas familiares de cocina y comedor, y nadie levanta ni siquiera la mirada. El silencio le sigue mordiendo, su boca es implacable y se abalanza contra los muebles y los cerrojos, pero no consigue tragarse también sus gritos internos. El incendio ya es imposible de contener.

Sube despacio por las escaleras; algunos obreros están terminando de instalar un ascensor en el estrecho hueco central. Otra de las razones por la que su padre nunca quiso volver a salir de casa, los camilleros sudaron durante casi tres cuartos de hora para sortear los ángulos de cada rellano hasta el cuarto piso.

Al abrir la puerta llega la acometida. Los dedos apretados contra el primer tabique y el aire que se adensa, la puerta que ya es herida, el hombre viejo y aterrado que fue su padre preguntándole, las palabras y los ojos como astillas, si sería su mano la llave que cerraría para siempre esa puerta, la puerta de siempre, la que alguna vez tendría que ser la última vez que traspasara. «No te vayas, dónde está tu madre, por qué tarda tanto en volver a casa». Era, quizá, un hombre abocado a destruir o a ser destruido. Y lo segundo llegó primero, con todo lo que es capaz de revelar la muerte: a un hombre inseguro y débil, igual que se recuerda a sí mismo de adolescente, que se quebró al desaparecer su esposa. Su padre se quedó muy solo, se fue empequeñeciendo poco a poco en su pena, y la casa se le hizo gigante. Las paredes, decía, se alejaban de él y se veía como una figura minúscula en mitad del pasillo. Todavía maldecía al golpearse la cabeza con la lámpara de techo del salón, una vez tan fuerte que se hizo sangre, pero ya incluso los muebles parecían encogerse y apartarse a su paso, nada más escuchar ese largo lamento que le precedía. Cada día reproducía los mismos movimientos y atendía las mismas preguntas, con el ruido de fondo constante invadiéndolo todo: agentes inmobiliarios llamando a los timbres, turistas ocupando el edificio, ruedas de maletas en el descansillo, voces en las escaleras, vecinos protestando, cámaras de telediarios grabando en el portal, vecinos mayores muriendo o marchándose a vivir a otros sitios, algunos con los hijos, otros siendo trasladados a residencias. Él quería morir allí, en su casa. Lo repetía a todas horas. El piso se convirtió en un lugar crepuscular y él en un hombre sombra que arrastraba su tristeza como un largo manto. Su hijo ya no vivía con él pero continuaba visitándole a menudo; pese a que seguían remolcando involuntariamente la misma relación tensa y callada que habían mantenido desde hacía décadas, le apenaba su situación y no le resultaba justo que sus últimos años tuviera que pasarlos litigando o esforzándose para convencer a desconocidos de que jamás vendería su casa. Intentaba demostrarle su preocupación y su empatía pero no era capaz, en su boca actuaba el freno que le habían colocado de niño, la semilla que había echado raíces poderosas bajo la lengua. Estaba marcado

como los caballos cuyo impulso de correr se contiene tirando siempre de las riendas hacia atrás, en dirección al pecho, y ahí se quedan, sujetas en firme por los puños a la altura del corazón. En presencia de su padre sería siempre el mismo niño, el mismo adolescente al que enseñaron a nadar en el silencio. Esa casa para él fue el libro de cuentas donde quedó registrada cada flor brotada de aquel silencio, sus paredes el calendario en el que iban tachándose los días. Una casa es un desguace. Una fortaleza, un refugio o un territorio cada vez más lejano hasta que se vuelve hostil. Pero es cuna de lo que has sido, de lo que eres, no puedes arrancarte de dentro todas sus ramas.

Lejos, lejos, en el pasado, donde se encuentran la causa y el origen de todos nuestros nudos. Durante su adolescencia fue tan enorme el peso del aire en aquella casa que no quedaba sitio en sus pulmones para dejar entrar otros estímulos. Una resignación tenaz y sosegada se hacía presente cada día envolviéndolo todo en su humareda, era como respirar una atmósfera de partículas sólidas, y él disimulaba o justificaba la envidia que sentía hacia las naturales preocupaciones de los demás adolescentes disfrazándola de desprecio. Pero más adentro, plantadas firmemente como rocas, se encontraban las suyas, las que no se explicaba, las que parecían distintas y únicas porque no las veía en nadie más, y era imposible obviarlas aunque apenas podía distinguirlas entre el polvo que levantaban a su alrededor las ventiscas. Y cómo los odiaba, esos árboles de roca viva crecidos a base de silencio y profundidad, tan arraigados en su pecho como sus propias entrañas, gritándole desde dentro que se atreviera a lanzarlos lejos como el globo de agua rojo que explotó con precisión perfecta, porque quién era él para romper el silencio o para desposeer a su madre de todas las ilusiones que se hacen las madres con sus hijos. Lo que no se nombra no existe. De modo que ni conocía el nombre de esa nueva lluvia que sentía caer ni quería saberlo. Dejarlo estar como única estrategia, quién sabe, tal vez esas rocas se disolvieran un día sin necesidad de decir nada, y la indiferencia podría evitar desprendimientos mayores.

En la oscuridad del cuarto de los buzones, arrastrado hasta allí por el chico rubio del primero, había conocido cómo las piedras pueden diluirse en la humedad de las bocas. Su vecino, mudo desde niño, hablaba con unas manos que se movían como mariposas electrificadas y aleteaban por delante de su mirada siempre burlona y curiosa. Él, mudo también de palabras, aprendió en un solo minuto a hablar sin traicionar el silencio, a claudicar inevitablemente ante el pulso fugaz de dos lenguas. De pronto supo que existe, en efecto, un lenguaje más allá de los sonidos que tan penosamente articulan las gargantas. Después, en las prisas y la confusión de la retirada, el roce atolondrado de su mano entregándole una rosa de papel con un dibujo de Sant Jordi y una especie de latido que le dejó para siempre convertido en nervio y agua. Basta con prestar atención: ese latido todavía se escucha en el rincón sombrío de los buzones, donde cualquiera puede esconderse sin ser visto porque la luz no llega hasta allí pero el sonido de otro tiempo, y sobre todo las olas superpuestas del silencio, permanece. Todo se ha acumulado allí y sigue latiendo porque es el útero del que surgió la voz humana, el punto exacto de la aparición del mundo.

Nunca supo cómo interpretar sus juegos, que son tan terroríficos porque a esa edad nos sitúan frente a quienes somos o frente a quienes vamos a convertirnos. Él se convirtió en cazador de mariposas durante el día. Quería verle y tocarle a todas horas, repetir aquel encuentro, sus músculos tensándose de ansiedad al bajar las escaleras corriendo y esperar descubrirle en su rellano del primero o en el portal, al escuchar el timbrado de una bicicleta desde el balcón, al ver que las ramas volvían a moverse pero había sido sólo un pájaro que acababa de emprender el

vuelo hacia otro sitio. Jamás volvió a verle. El chico del primero se mudó con su familia a otra ciudad y no tuvieron ocasión de despedirse. Guardó la rosa de papel en el cajón de su mesilla. Semanas después murió su madre, en pleno verano, cuando es siempre más intenso el recuerdo y el calor embiste las persianas con la misma contundencia que la primera acometida del deseo, a través de esa impronta anaranjada que dejaba la luz en los vanos y que él miraba mudo, sin esperar ya nada, sin comprender y con sus piedras en el pecho haciéndose montañas...

—Papá...

Como tantas otras veces quiere hablarle, tal vez ya intuyendo que algún día a los dos les pesará cuanto ahora callan, pero siempre una barrera, siempre el mismo freno que muerde sin conseguir romper. Su padre le mira, tal vez, quién sabe, pensando lo mismo, temiendo también algo, están solos en el salón, definitivamente los dos solos en la casa; la urna con las cenizas de la madre les contempla en silencio desde la vitrina.

—Nada.

Descubrir de repente la luz que nos desgarrar. Contemplar la luz que nos tumbará a partir de ese momento hasta el último de nuestros días. Como algo nunca visto en la mesa del desayuno, recién colocada allí, inocente, terrorífica, la certeza de que todo lo conocido se ha esfumado para siempre.

Con su madre se marcharon todo el aire y las pocas palabras que quedaban. De pie frente al umbral entre el salón y el vestíbulo era visible la devastación. En los días que siguieron a su muerte contemplaba el epicentro de la explosión que lo había arrasado todo. El cuerpo de su madre cayó allí, centro exacto de la onda expansiva, y abrió un cráter inmenso que derribó cuadros y lámparas e hizo estallar los cristales. El suelo descubrió sus tripas, los muebles se pulverizaron, las paredes eran ahora grandes boquetes donde se acumulaban los escombros. Y el silencio que siguió, aquel vacío nocturno de universo deshabitado. Eso no había cambiado. Pero el silencio tras la detonación fue aún más espeso, estaba más presente que nunca. Volaron por los aires, su padre y él, y al tocar suelo de nuevo recogieron sus restos como pudieron para seguir respirando. Pero fue entonces cuando comenzaron las oleadas de turistas que llegaban y se iban después de ocupar unos días los pisos vecinos, los ruidos y las molestias que no habían conocido nunca, las ofertas de dinero, las presiones. Su padre las rechazó todas como el que trata de esquivar las piedras de un granizo que no cesa. Se negaba a irse de una casa que había comprado siendo joven y donde había visto nacer y crecer a su familia. Se alteraba muchísimo escuchando sólo la posibilidad de venderla, no podía soportar la idea de extraños habitando entre aquellas mismas paredes y las pocas ocasiones que rompía su silencio era para enfrentarse a su hijo en cada conversación donde se atrevía a sacar el tema.

—Papá, ofrecen mucho dinero...

—¡Jamás! ¿Me oyes? ¡Jamás! ¡Desconocidos en mi casa, en nuestra casa! ¡Sin saber nada de ella! ¡Sin saber que vivió aquí! ¡Todo lo que ella vivió aquí, lo que vivimos juntos! —Era asombroso cómo una energía insospechada poseía la pequeñez de aquel cuerpo y le convulsionaba en su estertor más alto hasta que su voz se iba volviendo de nuevo un gemido—. Conozco de memoria lo que ha sucedido cada día en cada esquina de esta casa, cada rincón de esta casa me habla con su voz... —y al llegar aquí parecía adoptar una inflexión de ternura que duraba segundos, mientras pasaba la mano por la vitrina que guardaba la urna, hasta que se giraba hacia su hijo y su mirada era otra vez un puño de puro hielo—, ¡eres como ellos!, ¡otro buitre!

Al levantarse volvía a golpearse la frente con la lámpara, que quedaba balanceándose en el techo igual que el cuerpo de un ahorcado que ha dejado de insistir.

—¡Papá, basta!

Miraba a su hijo con una mezcla de desprecio y lástima sin molestarse en encubrir la frustración por recordarse en otro tiempo, en sus ojos el hastío por no acertar nunca a morir cuando se debe hacerlo.

—Te queda lo peor. Todo el sufrimiento.

Y él callaba, salía de casa como quien abre sigiloso la puerta de una jaula y buscaba compañías guardando todavía silencio, porque con apenas veinte años lo último que quieres es una roca tan pesada que cargar hasta lo alto de la pirámide, sólo una historia que puedas admitir y con la que construirte desde cero, sin argollas en las manos y con los hombros libres, la boca vacía de malas hierbas que han crecido por debajo de la lengua y ahora se aferran a ella como cepos. La semilla, regada de saliva día tras día, ha echado ramas y frutos con los que te alimentas por las noches, en busca de lo que nunca nombras, incluso cuando al morderlos ni siquiera los reconoces, incluso cuando te prometes que nunca más volverás a probarlos. Si la relación cada vez es más tensa, si no puedes convencer a tu padre de que acepte el dinero y se mude a un piso mejor, sin ruidos ni aglomeraciones, entonces también te prometes marcharte de esa casa donde ya no queda nada para ti más que silencio y carga, compartir piso con nuevas amistades, buscar algún trabajo, intentar empezar otra vida en la que tu padre, de momento, sólo sea una voz implorante al otro lado del teléfono.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Pronto, papá.

Sin querer pensarlo, pero intuyéndolo y apartando el pensamiento en cuanto nace, imagina a su padre sobrevivir a cada día igual que el anterior desconociendo qué es peor, si esperar a solas la noche en casa mientras poco a poco se va yendo la luz de las ventanas o llegar a ella ya muy tarde de la calle para evitar ese proceso y encontrarla oscura y en silencio.

Pero es indiferente la elección. En cualquiera de las dos opciones, cae la pena encima como la noche sobre una casa.

Es fácil que el rechazo y la resignación se mezclen y comiencen a actuar juntos. La culpa funciona como mortero perfecto. La casa le repelía y cada vez le costaba más ir a visitar a su padre, pero se sentía cruel y egoísta no haciéndolo. Al cabo de tantos años, de repente, parecía que la soledad y el exilio de su único hijo habían operado de una manera insólita para soltarle la lengua más que en toda su vida de convivencia juntos, pero él se veía incapaz de escucharle relatar sus recuerdos del noviazgo con su madre en los años ya absolutamente perdidos, o de fijar su atención cada vez que se obstinaba en remarcar la importancia que aquella casa había tenido para ambos, jóvenes, expectantes, recién situados en el inicio de un camino que antes de que llegara la traición del tiempo se abría a su confianza como una ventana vencida ante la luz más formidable. Aquel comienzo a estrenar, repetía, era algo tan nuevo, tan limpio, era una promesa interminable o un océano nunca visto, y su hijo agachaba la cabeza y miraba disimuladamente el reloj. No era fastidio ni aversión (más bien estos sentimientos se dirigían contra la propia casa), sino una especie de resistencia física además de la simple incomprensión hacia ese apego tan brutal por lo que no eran más que tabiques, suelo y techo. Para él no había ningún significado, ningún aprendizaje que se quisiera llevar consigo, y todos los recuerdos que se condensaban entre

esas mismas paredes los creía más dignos de dejarlos allí dormidos que de levantarlos en los brazos para hacer con ellos su equipaje. Quietos y ovillados en el silencio hasta que se hicieran muy pequeños y perdieran la noción de cómo volver a despertar. Jamás podría volver a vivir en esa casa. Cumplía con las visitas abreviándolas cuanto podía, se aseguraba de que su padre siguiera bien de salud pese a todo, y continuaba su camino hacia otro sitio. Porque la vida, para él, estaba siempre en otro sitio.

La tarde en que abrió la puerta con sus llaves y no obtuvo respuesta al llamarle sintió en el aire del pasillo un espesor distinto, una especie de apremio o conclusión. Avanzó sin escuchar nada, cada vez más nervioso, hasta atravesar el umbral del salón, el instante preciso en que la culpa ya no le abandonaría nunca. El cuerpo de su padre en el suelo dibujaba la forma exacta de lo que había seguido todos los pasos de un ritual y acababa de tomar el camino de lo inevitable. Lo supo en un relámpago. Aquél era el principio del fin, y ahora tendría que recoger este desierto, esta nada, para hacer del vacío punto de partida.

Sentado junto a él en la cama del hospital, observa sus manos pequeñas y dolientes en las que parece confluir todo el cansancio del mundo, y al observarlas día tras día en esa habitación blanca, quizá libres los dos de la influencia del encierro, comienza a acompañarle haciendo también suyo su silencio. Su padre ha sufrido un ictus y han quedado dañadas su movilidad y su habla, pero no lo bastante como para no poder expresarse a través de frases cortas y perfectamente inteligibles: lo único que quiere es que su hijo le saque de allí y le lleve a casa. Él intenta tranquilizarle, sabe que no va a poder apartar de su cabeza ese deseo porque la determinación ya está tomada y el final también escrito, únicamente lo posterga, lo deja descansar para que recupere fuerzas pero no cuenta con que en el camino se va acercando a sus razones aunque sólo sea para rechazarlas con un suave movimiento de la mano mientras le coloca la almohada o le alcanza el vaso de agua. Sin embargo es imposible desoírle, ninguna condición sirve. Se obstina en volver a su casa y morir en ella. Insiste tanto, vuelca en su petición toda su terquedad y sus pocas fuerzas con tal vehemencia que su hijo teme que no obedecerle resulte perjudicial para su recuperación, de modo que duda en un primer momento hasta que su orden inicial se torna súplica. La resistencia le abandona, junto con el cansancio o el reproche, porque cuando le mira a los ojos parece como si descubriera por primera vez en su vida la existencia de su padre. Firmaron el alta voluntaria y los camilleros tardaron casi una hora en subirle por las estrechas escaleras, mientras su vista se desviaba sin querer un instante hacia el rincón de los buzones para perderse en un recuerdo perteneciente a otra vida.

No deja de sorprenderle que sea ahora cuando entablen conversaciones más largas que nunca, aunque sólo estén compuestas por unas cuantas palabras seguidas. Han empezado a compartir recuerdos. Acaban de aprender a nombrar las mismas cosas y a reconocer aquellas otras que nunca serán pronunciadas pero aun así se contemplan y se dejan guardadas. Su padre se ha convertido en un niño perpetuamente sorprendido. Y pese a que en cuestión de semanas su salud empeora y su cerebro demuestra haber sufrido un deterioro mayor que el sospechado, qué inteligencia podría ser tan soberbia para considerar inutilizado a un hombre que se dedica a esperar durante todo el día la llegada de su esposa a casa y su felicidad se torna en ansia cuando ninguna puerta llega a abrirse. «¿Dónde está tu madre, hijo, por qué no vuelve a casa?». Quizá emprender la huida no sirvió para nada cuando llevabas dentro las ramas que te unen a la tierra. Quizá fue provechoso para que crecieran todo lo que su padre le contó y que él creyó sin

importancia. Si la pérdida es una raíz que les une, las flores abren la boca tratando de alcanzar la luz.

La lenta reconciliación con su padre y con la casa avanza superpuesta a una música de fondo que ambos ya conocían. Los portazos y el barullo de maletas y voces nuevas en el portal a todas horas, los timbrazos y las propuestas inmobiliarias que siguen presionando con unas cifras cada vez más altas que comienza a ser insensato rechazar. Qué va a conseguir quedándose allí, cómo va a cuidar a su padre y durante cuánto tiempo. Le mira sentado en su sillón, esperando como siempre a que su madre regrese y preguntando qué hora es porque según el cálculo imaginado en su cabeza debe de estar a punto de llegar. Le sostiene las manos para notar el peso de cuanto acumuló en ellas. Papá, querría decirle. Todavía no están del todo desposeídas. Hablarle ya no sirve, pero la traición también puede llevarse a cabo sin palabras y presentirlo le atormenta. Qué hacer, cómo permitirlo, cuándo dejar paso a la lenta superación de la incomprensión y del silencio. «Papá, estás en casa, me quedo aquí contigo». Empieza a odiar a los turistas y a esos hipócritas trajeados que le hablan con suavidad extendiéndole sus tarjetas y le intentan convencer de que lo mejor es aceptar la compra y llevar a aquel anciano a alguna residencia o clínica privada donde estará mucho mejor atendido. Empieza a posicionarse cada vez más firmemente. Serán, tal vez, los últimos, pero empieza a ver claro que su padre nunca abandonará aquella casa.

Lo primero que hace siempre nada más entrar es besar las paredes. Aún se conserva bien en ellas la pintura gris. Luego reproduce el código secreto de golpecitos que inventó con su madre para comunicarse a través de las habitaciones. Siente que vuelve a casa y también la casa le reconoce: hay un ligero estremecimiento en sus tabiques que sólo él percibe al apoyar los dedos. Es como acariciar la vieja mejilla de su padre que aguarda.

Ya ni siquiera vive en el mismo lugar. La vida estaba en otra parte como sospechó cuando era adolescente, aunque aquélla debió de ser la única línea de salida conocida. Se mudó con alguien a una ciudad sin mar, del interior, donde no llega ninguna brisa a las ventanas, pero aprendió a nombrar cada recuerdo para no temer la fuerza con la que trepan y se aferran. Su pecho lo habitan enredaderas pero hace tiempo descubrió que intentar escapar de ellas conduce sólo a conseguir que sigan apretando hasta asfixiar. Por eso vuelve allí siempre que tiene que hacer un viaje o le apetece visitar por unos días la ciudad; paga por noches y se queda a dormir arrullado por el sonido de las cañerías y las maderas crujientes del suelo. Quién iba a decirlo. Los fantasmas tienen insospechadas maneras de girar y manifestarse. Extraños caminos para aceptar quedarse con nosotros.

Cuando murió su padre hizo lo que llevaba meses madurando. Recogió sus restos tras la cremación, los colocó en la vitrina del comedor al lado de la urna con las cenizas de su madre, las dejó que conversaran durante unos días una junto a la otra. Inició los preparativos. Buscó las tarjetas de contactos tiradas sobre las mesillas y los escritorios. Comenzó a vaciar los muebles, a medida que las habitaciones se iban quedando desnudas reconoció la presencia del silencio de pie en los rincones como un huésped que nunca se ha marchado y cada vez se hace más alto. Dobló ropa y recuerdos, recogió también sus cosas y tiró muchas otras. Hizo llamadas. Salió a comprar botes de pintura de color gris perla, rodillos y brochas. Y por último, de rodillas en el vano resonante de las habitaciones, extendió papeles de periódico por todo el suelo hasta cubrirlo entero. Entonces, con toda su convicción intacta, abrió las dos pequeñas urnas para vaciarlas en el bote más grande y removió la pintura hasta mezclar perfectamente las cenizas de sus padres. Y

mientras lo hacía, en silencio, concentrado, nada podría haberle disuadido de continuar su acción y llevarla a término, porque nada le parecía tan lógico ni tan necesario como aquella verdadera ceremonia de homenaje y despedida. Pero aún le quedaba una última cosa por hacer. El detalle más necesario de todos.

En la lengua llevaba aún ese peso depositado durante años de inercia con el mismo desinterés y cuidado que de pico a pico le transfiere una madre pájaro a su polluelo el insecto o el grano de trigo. Una carga insignificante como lo es la piedrecita que dentro del zapato condiciona todos nuestros movimientos. No es más que un acto final de amor escupir dentro del bote de pintura esa semilla diminuta como quien aparta la pepita de una fruta para plantarla y reconocerla sobre otra tierra. Sin desdén ni cólera, sin rencor ni pena por lo que fue o lo que pudo haber sido. Con un único deseo: que esa brizna de sí mismo se quede para siempre en esa casa de la que tendrá que alejarse para florecer en otro lado, en la vida o el amor que esperan siempre en otra parte. Y verbalizarlo, por fin, con la lengua liberada.

—Mamá, papá. Me he casado con un hombre. Soy muy feliz.

La pintura gris perla que extiende por el blanco amarillento de los tabiques es la tierra que cubre por entero la simiente, y él sabe que será capaz de volver sin miedo a contemplar las raíces.

Después de pintar toda la casa, firmó los papeles de la venta y se marchó.

Ya han pasado muchos años desde aquello, los muebles son otros, la decoración es distinta y la distribución de las habitaciones ha cambiado, pero aún sigue manteniéndose el mismo tono gris que él escogió. Pasa la mano para sentir el pálpito bajo los últimos rayos de sol. Allí viven, en aquella casa.

La oscuridad se temple. Va descendiendo desde las paredes algo más profundo y esperado que el sueño. Por fin, la calma. Se tumba en el suelo de la habitación donde murió su padre y siente que la casa se inclina sobre él como si recibiera a un recién nacido que acaba de entrar en ella por primera vez. Allí no puede temer nada de lo que otros muchos se asustan. Pega la espalda a la pared todo lo que puede para sentir el abrazo de la casa y acompasar su respiración con ella, y un rumor en los tabiques le adormece, acogiéndole, mientras a su alrededor y en el exterior de la ventana descienden todas las demás sombras.

MIGUEL RUAL

Nació en Oviedo y es médico.



POEMA SOBRE DOS PERSONAS QUE PODRÍAMOS SER TÚ Y YO DENTRO DE 10 AÑOS SI NOS SEPARÁSEMOS AHORA

Me huelo la axila y decido que no necesito una ducha. Me gusta mi olor corporal: los chicos con los que me acuesto dicen que es mejor que el popper. Me levanto del sofá y miro la mancha de sudor que mi cuerpo ha dejado. Me gustaría que me recordase a las siluetas de tiza que los policías trazan en torno a los cadáveres en las series de homicidios, pero la verdad es que esos dos círculos casi tangentes se parecen más a un animal decapitado.

No uso desodorante desde hace años, salvo cuando viene mi madre de visita. No soporto esta obsesión de la sociedad —y sobre todo de los heteros— por los cuerpos pulcros, inmaculados, pulidos. La depilación definitiva, el desodorante que dura 48 horas, la barba recortada al milímetro... Un cuerpo limpio que suda huele a cuerpo limpio que suda. Ni huele mal ni está sucio. No es normal que el cuerpo te huelo a químicos. Lo normal es que huelo a cuerpo. Si hoy en día la disidencia es una axila peluda que huele a axila, bienvenida sea. Hurra por los hombres que se huelen las axilas mutuamente y a escondidas.

La fiesta empezaba a las nueve. Son las once y sigo en casa. En realidad no me importa salir. Lo que no me apetece es tener que vestirme. Ni aguantar a los idiotas de siempre. Sigo en calzoncillos. Me acabo la botella de vino y bajo. Vasos comunicantes. Como los de Breton, que restablecen la unidad entre el mundo de la vigilia y el del sueño. O al menos lo intentan. Me pregunto si las palabras a veces se cansan de significar y se quedan todo el día en la cama vencidas por la pereza. El sueño libera y borra la noción del tiempo. Como la droga, pienso. Vasos comunicantes. Como los de Breton, pero restableciendo la unidad entre el mundo de la sobriedad y el de la droga. Lo que más pereza de todo me da es saber que no llegaré a casa hasta mañana por la tarde.

Llevan toda la semana repitiéndolo en las noticias y en las redes sociales: es el verano más caluroso de la década. Salgo a la calle y empiezo a sudar. Estar todo el día con el aire acondicionado al máximo deja a tu hipotálamo con una falsa sensación de invierno. El hipotálamo interviene en la regulación de la temperatura corporal y el mío casi siempre quiere hacerme sudar. De camino a casa de Gus paso por la tienda de la esquina y compro doce latas de cerveza. Laura me pregunta si el refresco de mango que se está tomando tiene azúcar. Leo la lata y le digo que sí, que tiene mucha, tanta como la coca-cola. Laura es china y no se llama Laura pero está harta de que no pronunciemos bien su nombre. Ahora está a dieta y su marido le ha dicho que ese refresco no tiene azúcar. Le encantaba hasta que yo le he dicho la verdad. Creo que le he jodido la noche. No me dice adiós. Es lo suficientemente borde para que nos caigamos bien.

La causa de esta ola de calor es un fenómeno meteorológico extremo denominado «bloqueo rex»: *este patrón atmosférico consiste en un bloqueo sobre el paso de las masas de aire. Hay*

una depresión (borrasca) y encima un anticiclón que no permite el movimiento de la masa de bajas presiones, y por tanto impide el flujo del aire normal procedente del oeste. La descripción podría referirse a mi estado de ánimo. Durante este fenómeno, las autoridades recomiendan: mantenerse bien hidratado durante todo el día, no salir a la calle o hacer ejercicio en las horas de mayor riesgo de la jornada, procurar estar en lugares frescos y bien ventilados y evitar la exposición directa a los rayos solares.

El aire detenido ardiendo en la noche madrileña vibra en una frecuencia parecida a la que vibran mis ganas de suicidarme. De buen rollo. Pero es así. Llevo contemplando el suicidio desde que recuerdo. Como algo hipotético y siempre lejano. Por eso digo de buen rollo, porque de alguna forma es una trampa de mi mente para darle a mi yo presente una falsa sensación de seguridad sobre su futuro. El cuento de la lechera de los melancólicos. El camino a casa de Gus es cuesta abajo. Pienso en los lemmings corriendo hacia el mar en estampida y acelero el paso. Me pregunto qué más animales se suicidan. Una búsqueda rápida en google me informa de que el suicidio de los lemmings es un mito, en parte generalizado por el documental *White Wilderness* de Disney. También de que se han reportado casos de perros y patos que se han ahogado a sí mismos. Presuntamente. De buen rollo.

Al final de la calle Ave María un techno suave se cuele a través de las ventanas de un bajo. De uno de los balcones cuelga inmóvil una bandera arcoíris. Parece triste. Llamo al timbre y abre Gus. Dos besos, uno en la boca. 14 de julio, cumpleaños de Andrés. Se ha mudado de casa otra vez y está viviendo aquí desde hace dos meses. Hasta que terminen la obra. Creo que soy el último en llegar. Ya son las doce. Busco a Andrés para felicitarle. Le abrazo y le digo que me he olvidado su regalo en casa. Esto me lo acabo de inventar pero está borracho y se lo cree con una sonrisa. Le felicito por su nueva casa y por la jefatura de servicio. Saludo sin demasiado interés a los que están en el salón. La mayoría de la gente está en la barra de la cocina. Es el verano más caluroso de la década.

Pantalones cortos, camisetas de tirantes, «*maricón, has engordado, ¿eh?*», calcetines altos, zapatillas de deporte, «*no todas nos ciclamos, guapa*». Latas de cerveza a medio terminar, latas de cerveza usadas como ceniceros, globos dorados con el número cuarenta y tres, un misterio que alguien se ha olvidado en un plato... Antes de acabar esta frase en mi cabeza pienso que nadie se olvida un misterio. Será otra cosa. Hago una mueca al recordar lo que pica. Gus siempre dice *como si se te cayese la cara*. En Madrid hay más trabajo, más maricas y más droga. Las dos últimas guardan cierta relación. La población LGBT se droga mucho más que la heterosexual. No nos culpo. Sufrimos más discriminación, desarrollamos más trastornos de salud mental, consumimos más ansiolíticos y antidepresivos... Pregúntale a cualquiera de nosotros por su fractura y sabrá exactamente qué contarte. Después de dejar las cervezas en la nevera me acerco sigilosamente al plato y exploro el misterio. Cómo pica. Una metáfora: como si mi cara fuese un puzle mal encajado. Me abro una cerveza y vuelvo al salón.

Dos horas, tres misterios y cuatro cervezas más tarde llaman al timbre. Gus está en el baño así que abro yo. Mierda. Los voy a matar. Es Carlos. Los muy cabrones no me avisaron de que iba a venir. Y con razón. No hubiese venido. Carlos es mi ex. El ex. Estuvimos juntos ocho años, que en

años de vida de pareja marica equivale a casi treinta, como en los perros. Me quedo parado en la puerta sin saber muy bien cómo reaccionar. Él me abraza y pienso que lo hace como si no nos viésemos desde hace años. Después recuerdo que no nos vemos desde hace por lo menos cinco y le devuelvo el abrazo.

Me quiero ir a mi casa pero me quedo. Esa podría ser mi biografía. Me abro otra cerveza y vuelvo al salón. Él saluda a Gus y le da a Andrés su regalo. Él no se lo ha olvidado. No sé quién traza esta coreografía pero los dos acabamos en el sofá. Me pregunta si sigo viviendo en Madrid, si estoy soltero, si le he echado de menos. Esto último no me lo pregunta, pero me gustaría que lo hubiese hecho. Le habría respondido *echo de menos la idea de ti, al tú de entonces, ¿quién eres ahora?* En realidad le respondo *sí, sigo en Madrid. Estoy conociendo a alguien, ya sabes, lo de siempre, formas de amor atlético, formas de amor intermitente. ¿Y tú a qué te dedicas, dónde vives ahora, por qué lo dejamos?, ya casi no me acuerdo.* Esto último no se lo pregunto, me acuerdo perfectamente. Él me habría respondido *no te hagas el tonto, me dejaste tú a mí.* Y sería verdad. En parte. Le querría preguntar cuánto tiempo tardamos en darnos cuenta de que ya lo habíamos dejado, a pesar de seguir viviendo juntos, pero no lo hago. Las preguntas reales y las que nos hacemos solo en mi cabeza se superponen y yo me imagino que cada una es una carta de un castillo de naipes cada vez más cerca del fracaso.

Ya no hay demasiada gente en la casa, pero sí la suficiente para que los dos sintamos que estamos solos y que de alguna forma la fiesta es el decorado de nuestro reencuentro. Pasado un rato los dos nos quedamos en silencio. Un silencio demasiado cómodo, como los de antes. Me acabo mi cerveza de un trago y hago un esfuerzo por no eructar. Él se prepara una sobre el espejo y dice *este es nuestro pasado juntos.* Y pa' dentro. Dice *¿quieres?* Le digo que sí. Cuando la ha puesto le digo que la mía es *el día que lo dejamos.* Entonces la hace más grande. Los dos nos reímos. Es el verano más caluroso de la década.

Todo vibra. El aire detenido ardiendo en la noche madrileña vibra a una frecuencia parecida a la que vibra su cuerpo bailando junto al mío. El ave del paraíso con dos hojas rotas vibra al ritmo del ventilador. Una gota de sudor bajando por mi espalda vibra a la misma frecuencia que mi futuro sin él. Su futuro sin mí vibra a la misma frecuencia que un cuchillo partiendo un limón en la cocina. Me está subiendo todo. Todo resuena. Todo es simétrico. Le digo que quiero seguir vibrando en todas direcciones. En todas las frecuencias. Simultáneamente. Le digo que nuestro pasado juntos es un cristal precioso.

Amanece despacio y alguien cierra las contraventanas. *Mira, como en Panorama,* me dice Carlos. Amanece despacio porque la velocidad depende del punto de vista del observador y nuestros cerebros son dos lamborghinis rosa chicle derrapando por las curvas de nuestra inteligencia. Le digo que la velocidad de la luz es la misma para todos los observadores. Sin contexto no me entiende. Le digo *belleza requiere demora* y sí me entiende. Me contesta *la alegría es una tristeza a la que han sacado una buena foto* y nos besamos.

Le envió el texto por la noche a propósito. Maniobras para diluir el enfrentamiento. Que lo lea cuando yo no esté en casa. No le gusta demasiado, no está cómodo: dice que no se lo esperaba. Como siempre, voy fuera de plazo. Tengo la sensación de llegar tarde a todo. Me imagino llegando a mi muerte con la lengua fuera. A mi funeral cuando ya haya acabado. Le digo que no le estoy dejando, que es solo un relato: realismo especulativo. Se ríe de mí y me dice que eso es una corriente filosófica, pero que no está tan mal. Se lo envió a los editores.

LLUIS MOSQUERA

Nace en Carcaixent el día del Gordo de 1990. Como es dos días antes de Nochebuena, la gente nunca va a su cumpleaños. Es Capricornio o Sagitario dependiendo de si lo mira en la *Bravo* o en la *Súper Pop* (en paz descanse), así que se pasa su adolescencia leyendo los dos y eligiendo el que más le interesa. Estudia muchas cosas durante muchos años mientras trabaja de camarero o de repartidor de *flyers* o de recepcionista o de lo que sea. Le gusta vivir muchas cosas para tener muchas historias que contar. En OT1 salvaba siempre a Vero y cree que quedó sexta gracias a él.



EL NIÑO QUE LE MIRABA EL COÑO A LAS BARBIES

Don Federico perdió su cartera para casarse con una costurera.

Anónimo

El cuartito de los empleados de seguridad del centro comercial de tu pueblo no se parece en nada a cualquier cosa que hayas podido ver en las películas. Si no fuese porque hay un microondas, un perchero, un calendario del año pasado y una radio encendida, sería un trastero. Ahora también hay dos chicos. Uno de ellos no ha hecho nada, pero estaba acompañando a su mejor amigo a robar el disco de *Guapa* de La Oreja de Van Gogh. El que no ha hecho nada piensa que podría entender que alguien quiera robar *El viaje de Copperpot*, pero que robar *Guapa* es de tener muy poca vergüenza. Aun así le acompaña porque piensa que los amigos están para eso y que quién es él para juzgar los gustos musicales de nadie. Los de seguridad se hacen un poco los machotes y hasta se ríen de que un adolescente robe un disco pop y no una revista porno con muchas tetas y a cambio de la humillación no llaman a sus padres. El adolescente que no ha hecho nada malo (menos acompañar a su amigo a robar un disco de La Oreja de Van Gogh), a pesar de no haber hecho nada malo, se sentirá tan terrorista al salir de esa comisaría improvisada que se comprará un disco de Tiziano Ferro. Para compensar.

Ninguno de los dos amigos sabe todavía que acaban de vivir una de las anécdotas más divertidas de su vida cuando otro vigilante de seguridad mucho más grandote entra con un niño de unos ocho años que parece muy poco preocupado por lo que sea que ha hecho y que está tarareando su canción favorita de *Hannah Montana*, que se acaba de estrenar porque es 2006. Mientras, Miley Cyrus se está fumando su primer porro en el jardín, su pez globo todavía no se ha muerto y aún no conoce de nada a Elsa Pataky.

El segurata grandote sienta al niño de un empujón demasiado fuerte para tratarse de un niño e informa a los otros dos de que ya ha llamado a su madre porque resulta que la conoce porque es muy amiga de su cuñada, que fueron a clase de yoga juntas. La madre del niño se dio de baja pero su cuñada sigue. El segurata les dice a los otros dos seguratas que un momento, que ahora viene, que miren qué ha hecho el puto niño este. Así lo llama: puto niño este.

Después de dos canciones, el segurata grandote vuelve con doce Barbies. Once Barbies y una Teresa, para ser exactos. Al segurata le da tiempo a venir en solo dos canciones porque una de las canciones es de Maná y es muy larga. Segundos antes que él ha llegado la madre del niño. Quita eso —dice—. A pesar de que Maná es muy de madres, a la madre del niño no le gusta Maná. El segurata grandote piensa que la madre del niño no debería haber dejado el yoga, que está muy desmejorada y que se parece un poco a Toni Cantó en *Todo sobre mi madre*. No se saludan, porque él está trabajando y ahora mismo le toca hacer de poli malo. La madre del niño le mira el paquete al segurata. De hecho, se lo mira a los tres, para comparar. No está divorciada. No hace falta estar divorciada para mirar paquetes.

—Mira lo que ha hecho tu hijo, María Teresa.

El cuartito de los seguratas del centro comercial de tu pueblo no sale en las películas estadounidenses porque a lo mejor un día toca detener al hijo de alguien que se llama María Teresa.

La madre no entiende qué ha hecho su hijo cuando ve un montón de Barbies encima de la mesa porque aunque las cajas están todas abiertas, todavía no existe el unboxing y menos aún para una señora que se llama María Teresa y se parece a Toni Cantó en *Todo sobre mi madre*.

—Su hijo ha abierto 12 Barbies, María Teresa. Todas distintas. Y mire.

Aunque en realidad son 11 Barbies y una Teresa a todos les da igual la Teresa porque nadie se la compra nunca. De hecho uno de los seguratas está pensando «ya podrías haber robado la Teresa, niño, que las tienen ahí cogiendo polvo y seguro que nadie te decía nada».

El segurata le enseña a la madre que todas las Barbies tenían la falda subida. Las más caras, las que fabrican con bragas, tenían la falda subida y las bragas bajadas.

—¡No las quería robar!

—¿Cómo te llamas? —El segurata que todavía no había dicho nada no se siente cómodo llamando «puto niño este» al niño.

No hay respuesta. Suena otra canción de Maná porque es 2006 y en 2006 suena Maná todo el rato.

—No se lo digas.

La madre no hace caso y le dice a los seguratas el nombre que le ha puesto a su hijo, porque a ella le parece bien bonito y porque además su padre se llamaba también así. Y el padre de su padre. Y tiene que estar muy orgulloso.

—¡Te he dicho que no se lo digas!

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

El niño se pone de pie y se va. Cuando se levanta ve un CD sobre la mesa del cuartito de los de seguridad del centro comercial y en él encuentra la primera palabra sensata que le han dirigido hoy:

Guapa

*(Un día dentro de muchos años el niño le dirá a su madre que las Barbies no tienen coño y nadie se cuestiona si son una chica o no. Su madre lo entenderá y se esforzará en ser una madre ejemplar y pensará además que quién es ella para juzgar nada, teniendo en cuenta que se parece muchísimo a Toni Cantó en *Todo sobre mi madre*, que todo el mundo lo sabe y que aun así nadie tiene los cojones de cuestionar sus ovarios, al menos en voz alta).*

§

El segurata grandote termina el turno y vuelve a casa. Por el camino llama a su cuñada para contarle todo y para decirle que la madre del *puto niño este* está muy desmejorada. La llama tres veces pero la cuñada no puede coger el teléfono porque está en clase de yoga. Concretamente, en el vestuario femenino tirándose a la nueva.

La nueva es una argentina amiga del monitor que acaba de llegar al pueblo «para desconectar» porque ella es tan de ciudad que cree que en los pueblos no hay cobertura ni 4G ni enchufes. Solo va a estar dos semanas porque en dos semanas cogerá un blablacar a Madrid porque quiere abrir un negocio que, aunque ella no lo sabe todavía, cerrará a los tres meses. Algo de yogures ecológicos o algo así que no interesará a nadie. Total, que ha venido a desconectar y en esas dos semanas de desconexión se follará a unas quince personas del pueblo y no volverá jamás porque cada vez «desconecta» en un pueblo distinto.

En los blablacars todo son militares, erasmus, o gente que no tiene otro trabajo y hace y deshace viajes en blablacar. Un militar está publicando su próximo viaje a Madrid y una señora argentina se ha apuntado a los cinco minutos. «Adicta al yoga. A los viajes. A respirar.» pone en su perfil. «Otra loca» piensa el militar. Adicta a respirar. Tócate el coño. El militar está objetivamente muy bueno y solo quiere llegar a Madrid para retomar el romance que tiene con su compañero de la armería. Ambos saben que su historia parece de película porno de pago y a ambos les encanta y por eso han dejado de esconderse. Sus compañeros hacen bromas pero ellos siempre tienen una respuesta rápida e ingeniosa porque les fascina ver en sus ratos libres monólogos de Eva Hache y temporadas de RuPaul. A veces dicen *gurl* delante de un comandante y se ríen porque realmente es como hablar en clave. El novio (o casi novio porque todavía no han tenido LA conversación) del militar tiene colgado en su habitación del cuartel un póster de Cuenca, aunque él es de Jaén. «Te voy a enseñar mi póster» le dijo al militar la primera vez que quedaron. A ambos les parece súper gracioso lo del póster de Cuenca pero un día el novio del militar tendrá una crisis y le dirá al militar «No sé qué necesito, pero necesito dos».

El póster de Cuenca es simplemente una foto cutre ampliada y a la derecha del todo se ve una casa con una azotea. Una vez el militar se fijó mucho y vio que en la azotea hay un señor. El señor está tomando un café tan aguado que parece agua de río. Es un señor que cuando hicieron la foto no, pero ahora es, sin haber sido nunca marido, dos veces viudo. Cada vez que un pajarito se posa en su ventana él lo saluda en voz alta y dice:

—Eso es un amigo mío que ha venido a verme.

Perdió a unos diez en los ochenta. El día de su cumpleaños quince pajaritos a la vez se pasearon por su azotea. El señor nunca sabrá que sale en un póster de Cuenca y que dos militares follan todas las noches mientras le miran tomarse un café. **Pero yo sí.**

Uno de los pajaritos que va a visitar al señor no es ningún amigo muerto. El resto seguro que sí. El pajarito que no es ningún amigo muerto es un pajarito que simplemente tiene el nido en un hospital cercano y va a la azotea todos los días porque el señor de Cuenca les deja pan y galletas de mantequilla.

El pajarito tiene el nido en la ventana de la sala de espera del hospital en la que ahora mismo una enfermera se fija en una pareja de chicas vestidas de Sailor Moon. Una es lesbiana y la otra bisexual y aunque su novia sea una chica, sigue siendo bisexual y está harta de que le pregunten si ya se ha decantado.

La enfermera mira a las chicas y sonríe porque las situaciones extrañas hacen más ameno su trabajo y entonces su sonrisa se convierte en carcajada porque se acuerda de aquella vez que sacó una figura de Buzz Lightyear del ano de un abuelo de unos 85 años que dijo que «el muñeco es de mi nieto me he sentado encima sin querer». El Buzz Lightyear estaba lleno de lubricante y dentro del culo del señor se le habían abierto las alas. Ahora las enfermeras, cada vez que un paciente tiene un problema rectal, se desean suerte con un poderoso «Hasta el infinito y más allá», y aunque todas tienen hijos se las han arreglado para no volver a ver *Toy Story*. La enfermera siempre dice que no nos hacemos una idea de cuántas personas vienen a urgencias con cosas en el culo. Que una mejor educación sexual resolvería muchas cosas en este país. Pero que ella no es política ni profesora, es enfermera. Es una enfermera que está ahora mismo descojonada viva en la sala de espera de su hospital mientras algunos pacientes la miran un poco raro.

El señor del Buzz Lightyear en el culo sabe que nadie se creyó su historia. Pero tenía que intentarlo. Desde hace un tiempo recibe muchas llamadas perdidas de números desconocidos y no sabe por qué. **Pero yo sí.** Un amante despechado que buscaba un *sugar daddy* y con el que terminó fatal escribió su teléfono junto a un mensaje muy cerdo en las puertas de los baños de una estación de tren cuando todavía era gratis entrar a mear en las estaciones de tren. Y ahí sigue. Un futbolista de Primera División está a punto de llamarle, pero al final no lo hace porque era un futbolista de Primera División y los futbolistas de Primera División no pueden ser maricones.

Las chicas disfrazadas de Saylor Moon también son futbolistas. De hecho estaban en la cena de Navidad del equipo. Siempre la hacen temática y este año tocaba de Saylor Moon. Una de ellas —la que es lesbiana total, con pedigrí— quería que la hiciesen de la banda del patio, porque su favorita era Spinelly. Pero al final no la hacen de la banda del patio porque la favorita de todas las lesbianas es Spinelly.

La enfermera le escribe un *whatsapp* a su hija y le dice que en la sala de espera hay dos chicas vestidas *como de comunioneras guarrillas*, que si hoy es Halloween o algo de eso o si están locas y ya. Le dice también de paso que no se le olvide comprar el pan. Dos pulguitas, que comen solas. Solas en español significa sin ningún hombre.

A la hija de la enfermera le cerraron el Fotolog en su día por una foto en la que salía comiéndose una pulguita de queso fundido y justo hoy le acaban de censurar una foto en Instagram porque se le intuía un pezón. Ahora mismo se lo está contando a una amiga de Madrid por *whatsapp*. No se conocen en persona pero son mejores amigas y la hija de la enfermera espera que algún día puedan ser algo más. A la hija de la enfermera solo le queda un capítulo para terminarse *Euphoria* y poder volver a entrar en Twitter sin comerse ningún *spoiler* así que se olvida de las pulguitas y ese día su madre y ella se toman el gazpacho sin mojar pan y sin ningún hombre.

La amiga de la hija de la enfermera acaba de recibir un *whatsapp* pero no lo abre porque está tirada en la cama mirando el techo. Lo único bueno de su buhardilla de mierda de Malasaña es que el techo tiene una ventana y desde su cama se ve el cielo. Se escucha la ducha de su vecino desde hace mucho rato y piensa que qué raro, porque su vecino, cuando coinciden en el ascensor,

huele más bien regular. En realidad no es el vecino, es su sobrina de 7 años, que acaba de descubrir lo bien que se lo puede pasar con la alcachofa de la ducha. Por la ventana del techo de la buhardilla ahora mismo está pasando un avión. La amiga de la hija de la enfermera lo mira como si fuese el primero que ve.

Fila 25, asiento de la ventana.

«Menuda mierda. Como no abran la puerta de atrás voy a salir el último».

Durante un segundo y aunque ellos no lo saben, el chico triste del avión y la chica de la buhardilla se miran. Como es obvio, no se ven. Tal vez si alguno de los dos hubiese sabido que se estaban mirando habría sonreído. El chico del avión está triste porque no sabía que un ramo de flores no se puede subir como equipaje de mano. Su novio vive en Madrid y él no. Y son muchos kilómetros. No sabe cuántos pero es a tomar por culo. Va a darle una sorpresa a su novio sin saber si quiere casarse con él o dejarlo. Él se deja llevar, le dijeron que el amor te hace volar y eso hace. Literalmente. A su lado hay un señor de unos cincuenta años.

—Disculpe, ¿lleva usted flores? Huele a flores.

—¿No ve que no?

—No, no lo veo.

El chico triste se fija y entiende que el señor de cincuenta años es ciego. Le pide perdón y que le cuente una historia. El ciego le cuenta que va a reencontrarse con su marido después de unos meses fuera, que se conocieron porque sus perros guía se pusieron un día a follar en el parque y a ellos no les quedó más remedio que enamorarse. Al final yo voy donde me lleve mi Roy —dice el ciego. El chico no sabe si Roy es el marido o el perro y ni si creerse la historia pero decide que sí. Entonces el chico triste sonríe y cuando sonríe hay una turbulencia y piensa que es culpa suya.

El señor ciego también recuerda cuando fue a Paris con su amor (sin saber si es el real o el inventado porque a veces los mezcla) y fueron los únicos que no pusieron un candado en un puente con el nombre de ambos sino un candado al lado del otro porque se les ocurrió que era mejor idea ser fuertes por separado pero permanecer juntos. Los perros mearon los dos candados, pero ellos no lo vieron. Y mejor así, porque mear en un recuerdo solo es bonito si eres un perro.

La historia es tan bonita que el chico triste le pide al señor ciego que se calle.

En la fila 26 una chica no escucha nada de la conversación porque tiene puesto *El viaje de Copperpot* a todo volumen. Antes de eso le ha dado una oportunidad a *Guapa*, ha pensado que «meh» y ha vuelto a la diva sin nombre y al montón de ilusión.

§

El avión aterriza y un escritor lo ve desde la cafetería del aeropuerto. Un avión que aterriza es siempre un final feliz —piensa el escritor.

Es junio. El escritor espera a su mejor amigo, acaba de salir del armario y quiere celebrarlo en el Orgullo.

—¡Como buen maricón!

El mejor amigo aterriza y el escritor y él recuerdan aquel día de hace muchos años en que les pillaron robando un disco de La Oreja de Van Gogh.

—Te pillaron a ti, perdona —dice el escritor.

Y entonces se da cuenta de que los de seguridad se rieron de ellos. Y piensa en cuántas historias así habrán sucedido desde entonces sin haber sido identificadas. Sin haber sido contadas. Y entiende que a lo mejor él es escritor no solo para contarlas, sino para además escribir finales felices. O mejor, para gritarlos. Por todos los que no pudieron tener el suyo, los que nos hicieron el camino más fácil. Por los que todavía no pueden amar en voz alta. El escritor siempre se pone intenso en momentos inesperados, como buen escritor.

—¡Como buen maricón! —repite su amigo—. Estás empanado siempre —le dice.

Pero el escritor no está escuchando. Está deseando más fuerte que nunca que toda su vida sea un plano secuencia. Quiere ser narrador. Y quiere ser omnisciente. Saberlo todo de todo el mundo para poder escribir todos los finales felices que faltan.

Y casi por inercia, el escritor y su amigo se van al Orgullo escuchando el CD de *Guapa* para recordar el camino recorrido hasta aquí. Y entonces *Guapa* es, de repente, el mejor disco del mundo.

§

El Orgullo, aunque parezca una fiesta, es una batalla. Porque cuando se junta tanta gente para defender algo tan importante, tan grande, tan indiscutible y humano como el amor y la identidad, es inevitable que sea bonito. Y allí están todos. El tiempo ha enseñado a cada uno la importancia de la lucha. A unos más pronto, a otros más tarde. En algunos casos, su propia lucha. En otros, la de sus seres más queridos. Y allí están el escritor y su amigo. Y la madre que se parece a Toni Cantó de la mano del segurata grandote al que le miraba el paquete. Y el militar y su novio y su otro novio porque ahora son tres. Y el señor de Cuenca, contando a todos los jilgueros que ve e intentando recordar el nombre de todos los amigos que tuvo y se fueron volando. Y están la enfermera y su hija y la amiga de su hija que sigue siendo solo amiga, pero la mejor. Y el chico triste que ya no está triste: le han dicho que sí. Y la amiga del monitor de yoga y el señor del Buzz Lightyear y un exnovio del futbolista (pero el futbolista no). Y los dos ciegos y los dos perros y las chicas de la sala de espera del hospital disfrazadas esta vez de las gemas de cristal de Steven Universe. Y muchísima más gente. Tanta gente que no cabe en un relato.

Y entre toda esa gente, entre todas esas historias: Barbie.

Para el niño que le miraba el coño a las Barbies también han pasado los años. Y ahora la Barbie es ella. Y menudo pibón. Y como no hace falta mirarle el coño para saber que es una mujer, nadie le pregunta si tiene. Por eso y porque esas cosas, simplemente, no se preguntan.

Y aunque todos se cruzan y todos brindan y todos celebran con orgullo su propia batalla ninguno se saluda porque aunque puede que algunos hayan coincidido alguna vez no se conocen de nada.

Lo que sí que hacen es sonreírse todos con todos cuando se cruzan.

Aunque no saben por qué y no lo sabrán nunca.

Pero yo sí.

Se sonríen porque si hay algo contagioso, pero contagioso de verdad en «esta, nuestra comunidad»... es la lucha.

Y aunque esto es un final feliz, el escritor no lo sabe.

Lo vive y ya.

MIRIAM BEIZANA VIGO

Nació en A Coruña en 1990. Creó con David Pierre el portal de crítica literaria *A Librería* y ha escrito para *Hay una lesbiana en mi sopa (HULEMS)*. Ha autopublicado tres obras narrativas: *Marafariña* (2015), *Todas las horas mueren* (2016) e *Inflorescencia* (2018). También ha publicado diversos relatos en gallego y castellano, entre los que destacan «El tren» (2017), «DOR» (incluido en *Actos de F.E.*, Editorial Cerbero, 2018), «A soa enfermidade» (2019) y «A Raíña», finalista en el I Premio Misteria de LES Editorial (2019). Escribe cada mes en su web miriambeizana.com.



PROCURA OLVIDARME

*El aire acogió esta frase. El aire conserva su memoria.
La memoria del aire conserva todos nuestros gestos,
todas nuestras palabras y hasta los gestos y las palabras
a los cuales terminamos por renunciar.*

Caroline Lamarche, *La memoria del aire*

I

Le entregó una pequeña tarjeta blanca en la que figuraba el pictograma de la consulta y los datos de contacto. Por detrás anotó su nombre y la palabra *llamar* subrayada y en mayúsculas. Tensi la miró callada durante un rato largo, esperando que aquel pedazo de papel hiciera algo por ella. Tal vez que se pusiera a brillar, tal vez que de él saliera un monigote amorfo que le dijera que aquello era una inocentada.

Cuando se sintió capaz, levantó la mirada. La doctora la observaba circunspecta, aunque sin bata no parecía una doctora. Suponía que a esas alturas daba un poco igual aquel rol porque, repitiendo sus palabras de manera literal: «No había nada que hacer». Le permitía estar allí dentro charlando para que le diera la impresión de que aquella cita no había sido tan solo el quebramiento estéril de toda su esperanza, para que no fuera consciente —aunque esto fuera muy difícil— de que acababan de estrellarse estrepitosamente contra un punto y final.

Bueno, *acababan* no.

Acababa.

Ella estaba *sola*. Y ese adjetivo jamás había adquirido dimensiones tan tangibles como en aquel instante.

—Hortensia...

—Tensi —replicó con sequedad. Casi se sorprendió de seguir teniendo la facultad de hacer que brotara voz alguna de su garganta.

—Tensi —corrigió la mujer, con los brazos cruzados en el pecho—. Lo siento, de verdad. Creo que en estos casos lo mejor es comenzar cuanto antes a...

—¿De cuánto dispongo?

De cuánto qué, le gustaría especificar. Días, semanas, meses. O mejor dicho: *cuántos* momentos, *cuántos* besos, *cuántos* cafés con sus amigas, *cuántas* llamadas a mamá, *cuántos* libros más sería capaz de leer. *Cuántas* series. *Cuántos* kilómetros con el coche.

¿De cuántos cuantos dispongo, doctora?

—Es difícil saberlo.

—Me gustaría cambiar el nombre de mi DNI antes de que se me olvide. ¿Crees que me dará tiempo? —En la tarjeta pinzada en el jersey de la doctora ponía su nombre: Pilar Lavandeira—.

¿Qué crees, Pilar?

—A ver, Tensi. Indicarte cifras concretas es muy complicado. No es algo que se pueda cuantificar. Me gustaría darte una respuesta más acertada pero, en tu caso, no la tengo. Podemos hablar de un par de meses, tal vez un año. Todo lo que te puedo decir son *tal veces*. A grandes rasgos, depende de factores inmensurables que marcarán el ritmo de tu enfermedad.

—*Tu* enfermedad. *Tuya*. Acababa de otorgarle un posesivo a una palabra terrible para dejar bien claro que le pertenecía. *Tu* enfermedad. Siempre le pareció una palabra tan alejada de ella y de su juventud. *Enfermedad*. La triste broma de estar con vida pero que esta vida esté a medias, coja, y que amenace con terminarse de manera repentina. Enfermedad como peor amiga, enfermedad como mejor enemiga. Y Tensi se acababa de convertir en una de esas mujeres descosidas y adheridas a una de esas sombras que, sin más, había aparecido para robárselo todo.

Treinta y un años.

—Ritmo, ¿qué pasa? ¿Vamos a hacer música o qué?

La doctora Lavandeira chasqueó la lengua en algo parecido a una risa vaga y bordeó su escritorio para ocupar la silla de al lado. Le cogió de las manos. Dadas las circunstancias, la distancia profesional entre médica y paciente era indiferente. Al fin y al cabo, no quedaba mucho tiempo para que Tensi se olvidase incluso de ese momento y de ese diagnóstico. Que se olvidase de que estaba olvidando. Y que ese bucle la llevara al limbo, al vacío, a la no existencia. Estaría muerta aunque su cuerpo permaneciera ahí y siguiera ejerciendo sus funciones vitales.

¿A dónde iría? ¿A dónde iría lo que era? ¿Y lo que había sido?

—Noela está embarazada, ¿verdad?

Sintió una punzada de martirio insoportable. Tanto que se vio obligada a apretar con una fuerza incontenible la mano de esa mujer, que cada vez se le antojaba menos distante. Quiso mover la cabeza, pero no tenía muy claro en qué dirección hacerlo.

—No la reconoceré cuando nazca. No sabré que esa criatura es hija mía.

Pilar frunció los labios.

—Y lo peor —añadió— es que a mí ni me importará. Pero el daño que le voy a causar a mi familia es inadmisibile. Eso no puedo soportarlo. La miraré y... ¿Sabré tan siquiera lo que es, Pilar? ¿Cuándo dejaré de recordar que conocí a Noela hace más de diez años, que estamos casadas y que la amo más que a nada en el mundo? Y, es más: me olvidaré de ir al baño sola, de ducharme, de comer. De todo. Me olvidaré de quién soy y de quién he sido. Y ya no existirá un *seré* para mí.

Tensi no sería capaz de llorar aunque se lo propusiera con todo su empeño. Vibraba en su interior una legión de canicas que le aplastaban los sesos, que caían entre sus venas y herían su corazón mientras llenaban su estómago de malestar. Se miró los dedos. Apenas tenía arrugas en las manos. Hacía tiempo que había dejado el tabaco y no bebía demasiado. Hacía ejercicio. Intentaba leer una docena de libros al año. Pero la *muerte* la había alcanzado igual, y justo cuando su vida cobraba sentido. Justo cuando creía que cumplir sus sueños sería posible. Ahora ya ni recordaba cuáles eran esos sueños, esos deseos que definían su identidad. Empezó a empeñarse en vaciar los pensamientos; prefería dejar espacio para lo más importante.

—¿Tienes un cigarro, Pilar?

—Esto es un hospital, Tensi. Aquí no se puede fumar.

—Bien, pues vayamos fuera.

La doctora se atusó su melena castaña, un tanto desaliñada, y se quitó las gafas para frotarse los ojos cansados. Se inclinó sobre el escritorio y cogió un paquete de tabaco que tenía escondido en el primer cajón e hizo un ademán.

—Está bien. Cinco minutos. Después de ti.

Tensi intentaba no memorizar el color de las baldosas del suelo ni el de la pintura de las paredes. Intentaba no mirar los rostros de las almas extrañas que pululaban por el hospital como actores de un escenario predefinido. Ese olor nauseabundo a angustia le estaba revolviendo las tripas. Guio a la doctora a la salida y se alejaron unos pasos de la entrada principal, cuyos pilares estaban llenos de esos carteles de *Espacio libre de humos* que siempre había respetado.

—Si nos llaman la atención, siempre puedes decir que me he olvidado de leer —dijo Tensi, cogiendo un cigarro y dejando que la doctora lo encendiera—. ¿Ves? Al final esto va a tener sus ventajas y todo.

Pilar sonrió con amabilidad. Dio un par de caladas y luego se quedó mirando hacia el suelo. Tal vez lo hacía para no tener que contemplar el temblor que asediaba a su paciente. Pero Tensi buscaba su atención con avidez. Aquella desconocida se había convertido en la primera persona que estaba al tanto de su estado de salud, y aquello había desarrollado entre ellas un vínculo inquebrantable.

—Eres muy joven, Tensi —dijo Pilar—. No va a ser fácil enfrentarte a esto. Lo mejor que te puede suceder es que, cuando el proceso sea imparable, ocurra lo más rápido posible. Que sea lo más indoloro posible. Que no puedas siquiera darte cuenta de que te estás perdiendo.

Le pareció doloroso y cruel que la doctora utilizase la palabra *perder* para hablar de su situación.

—En esto puedo ayudarte —continuó—. Pero lo más difícil en estos casos es cómo la paciente, ya sumida en sus tinieblas, soporta el peso de la tristeza y del destrozo que provoca a su alrededor. Me has hablado de Noela, de vuestra futura hija. De tu madre. De tu trabajo y de tus amigas. Mi deber es prepararte para que todo esto lo lleves de la manera más fácil posible.

—¿Cómo podemos ayudarles? —inquirió Tensi, sobrecoyida—. Dime, ¿hay algo que pueda hacer para que Noela no sufra tanto por esto?

Pilar apagó el cigarro y se acomodó las gafas en el puente de la nariz.

—Lláname esta tarde, a partir de las seis —contestó la doctora—. Y hablamos.

II

Noela estaba preparando una ensalada de gambas. Tensi la observaba mientras ponía la mesa y revisaba la lista de la compra para hacerla mañana en cuanto saliera de la oficina. Su mujer hablaba del trabajo. En concreto, de las trabas que sus superiores empezaban a poner en el desarrollo de sus funciones de cara a su futura baja por maternidad. En otro momento, la habría escuchado sin distracciones, le habría restado importancia a sus problemas y le habría dicho que al final todo se solucionaría. Y Noela le hubiera dicho: «No todo se soluciona siempre, cariño». Y Tensi le hubiera contestado con un: «No siempre todo sale mal, mi niña».

—La verdad es que, joder, parece mentira que sean mujeres y madres.

—Mmm... ya. Menudas engreídas de mierda.

Noela la miró arqueando una ceja, divertida.

—Qué bien te quedan las palabrotas, tía mala.

Tensi rio sin ganas. Dobló las servilletas al lado de los platos y sacó las copas de cristal. Luego cortó el pan mientras Noela ya servía la ensalada en la mesa y lo escudriñaba todo con interés.

—Vale, ¿y puedo saber a qué se debe este despliegue?

—¿Cuál?

—El mantel. Las servilletas de tela. Las copas. La vajilla del centenario de *El Quijote* que jamás quieres usar por si se estropea pronto.

Un pensamiento horrible surcó el rostro de Tensi, pero Noela no fue capaz de verlo.

—No sé. Por nada en especial. ¿Cenamos?

Ambas se sentaron a la mesa. Noela siguió hablando, muy exasperada y superada por su situación actual. Tensi apenas era capaz de masticar e ingerir esa cena que antes habría devorado sin miramientos. Estaba demasiado concentrada en intentar que el tenedor no temblase en su mano.

—¿Y ahora te quedas callada? —Escuchó, de repente.

—Perdona, ¿qué? Es que estaba distraída.

—Ya —replicó su mujer con fastidio—. Hoy estás de lo más rara, Tensi. Ni que fueras tú la que estuviera embarazada. Oye, cariño, de verdad que lamento que el sexo no esté funcionando bien estas semanas. ¿Es por eso? Pero es que, te lo aseguro, pongo todo de mi parte. Me siento agotada, nerviosa, extraña. Y lo único que pienso es en comer todo el día. Empiezo a notarme monstruosa, ¿sabes? ¿Crees que estoy monstruosa?

El sexo. Si se olvidaba de cómo se follaba, podría revivir la primera vez todas las ocasiones que fueran necesarias, al menos mientras fuese capaz de recordar lo que le gustaba el cuerpo de una mujer. Miró a Noela de una manera ambigua mientras servía la ensalada y permanecía quieta sin amago de coger el tenedor. Las mejillas sulfuradas y las ojeras eran deladoras del cansancio, pero podía camuflar, al menos de momento, la angustia que sentía.

—No digas tonterías, Noela.

Y silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Claro.

—Estás callada.

—No.

—¿Estás enfadada? ¿Agobiada por algo? ¿Va todo bien en la oficina?

—Solo estoy un poco cansada —terció una inquieta Tensi.

—Vamos, puedes contármelo. ¿Ha ocurrido algo malo en esa reunión?

La mujer levantó la mirada de su plato, intacto todavía, asaltada por la sorpresa. Confusa. Anhelante por seguir ocultando lo que estaba por venir. El fin de esa vida que, juntas, intentaban sostener a diario. Y ese privilegio, en cierto modo, le provocaba alivio.

—¿Qué reunión?

—Joder, Tensi. Estás en la parra. Pues esa que me dijiste que tu encargado os mandó quedar un rato al salir de trabajar para hablar de no sé qué.

—Ah, sí. Nada, una tontería.

—Como quieras. Mira, es que cuando tienes el día así no hay quien hable contigo. En fin. Por

cierto, tus amigas llevan todo el puñetero día escribiendo por el grupo. Que quieren que nos veamos mañana para cenar.

Amigas. Tensi no estaba preparada para todo aquello. Mañana faltaría al trabajo para una nueva revisión con la doctora y, tal vez, comenzaría una baja incapacitante y definitiva. De repente. De golpe. Y todo porque, durante una fracción de segundo, había olvidado emitir los pagos de final de mes, decir el nombre de su empresa al contestar el teléfono o porque se había confundido de despacho un par de veces.

Eso es estrés.

Eso es falta de sueño.

Con un poco de descanso se te pasará.

La doctora Lavandeira no opinaba así. Pero el enfado de Noela la distraía, la crispaba. Comenzaba a enfurecerse con su intransigencia, con aquel carácter caprichoso desde que se convirtió en la responsable de portar a la futura bebé de ambas en sus entrañas.

—No creo que yo vaya, pero ve tú si te apetece.

—Oye, que la que está embarazada soy yo, ¿eh?

—Sí, eso ya lo has dicho como unas veinte veces desde que hemos empezado a cenar. ¡Pues por eso mismo! Que querrán verte a ti. A mí ya me tienen muy vista.

—Quieres decir que tú te vas a quedar en casa viendo la tele y yo voy a cenar con tus amigas. *Tus* amigas. ¿Lo he entendido bien?

—También son *tus* amigas. No seas infantil, ¿vale? Que estamos casadas y llevamos viéndonos con ellas desde hace una eternidad. Vamos, si hablas más tú con ellas que yo.

Noela se terminó la ensalada y se sirvió más. Era un saco ajado. No llegaba a saciarse nunca, lo cual le provocaba una sensación de ansiedad permanente que se contagiaba por toda la casa. Y al bebé. Otro día cualquiera Tensi le habría dicho: «Cálmate. Hazlo por ella», y hubiera señalado su tripa. Pero ese día solo hubo silencio y más silencio.

—Hortensia, en serio, ¿qué cojones te pasa?

Tensi la fulminó con las pupilas hirientes.

—Acuéstate —respondió—. Ya recojo yo.

Noela se levantó de la mesa, llevándose un trozo de pan y una botella de agua. La escuchó subir las escaleras y cerrar con fuerza la puerta del dormitorio.

III

Pilar tenía el salón lleno de libros. No eran ensayos académicos, sino novelas en su mayor parte. Nada de clásicos ni títulos comerciales; se trataba de obras pequeñas, rebuscadas con afán como tesoros escondidos. Tensi acarició sus lomos y paseó sus ojos por ellos con mucha curiosidad. Le encantaba leer, pero no podía presumir de tener un buen criterio, pues siempre se conformaba con el título que coronaba la lista de ventas. Se daba cuenta ahora —demasiado tarde— de las múltiples y variadas facetas de ese mundo que ya no le daría tiempo a conocer. Se sintió vulgarmente pequeña e incómoda consigo misma, como si algo le retorciera las venas.

Aquella mañana se olvidó de cómo se apagaba el despertador. Durante una milésima de segundo se olvidó de qué significaba ese ruido, de dónde provenía. Noela se enfadó con ella, le chilló. Tensi no sabía por qué le gritaba, pero la odió con todas sus fuerzas. Se fue sin desayunar

y, al fin, ella se quedó sola. Y lloró.

No se atrevía a conducir, así que fue al piso de Pilar caminando. A la vuelta, se dijo, cogería el autobús.

Cuando llegó, tenía el rostro enrojecido y agrietado; la fealdad se había apoderado de ella como una lacra. La doctora no hizo gesto alguno, disimulando con éxito la compasión. Tenía un gato que apenas se acercó, le acarició las piernas con el cuerpo y se acostó en la alfombra, donde permaneció inmóvil. Pilar preparó té mientras Tensi terminaba de observar los libros que ya no le daría tiempo a leer. Tomó uno al azar, lo abrió y leyó uno de sus párrafos:

«Y he aquí el sortilegio hecho presente, nómbralo y el tiempo se doblegará en tus manos, porque vivirás un solo día a partir de ese día y su curso será perpetuo».

Sí, ya recordaba por qué detestaba esos libros: porque no decían más que mentiras.

El aroma de las infusiones que traía Pilar le recordaba a algo, pero no sabía a qué. Ya no sabía si aquello era fruto del atentando a su memoria o si es que eran sensaciones demasiado lejanas para ser recordadas. Se sentó en el sofá, cerca del gato.

—¿No tienes familia?

La doctora sirvió las tazas con azúcar.

—Mi hija murió. Y mi marido y yo nos divorciamos.

Tensi la miró y se dio cuenta de que estaba frente a una mujer rota. Esa mujer rota le tendió un cigarro y la miró a los ojos porque no tenía miedo de mostrarse. Qué huesudas tenía las manos.

—Ojalá yo tuviera tu enfermedad, Tensi. Podríamos cambiarnos. Tú tienes tanto por lo que luchar...

—Lo siento.

—Yo también lo siento por ti. Pero lanzándonos condolencias no iremos a ninguna parte. — Dio una calada al cigarro y luego tomó la taza humeante—. Dime, ¿has pensado en lo que estuvimos hablando?

—Sí. Y quiero intentarlo. No tengo otra opción. Noela está sufriendo ya y eso que todavía no se lo he dicho.

—Eres muy valiente.

Pilar se inclinó para abrir un cajón oculto bajo la mesa de madera. Sacó una pequeña cajita que guardaba en su interior un paquete de pastillas. Se lo tendió.

—Debes tomártelas cuando estés en casa y permanecer cerca de Noela al menos durante veinte minutos seguidos. Si puedes mantener contacto físico será más sencillo. Los efectos son irreversibles y funcionan asombrosamente rápido. Una pastilla tiene un efecto de cinco horas. Puedes aprovechar y ver a toda la gente que te dé tiempo. Cuanto más simultáneo suceda, mejor, o si no puedes crear ciertos trastornos que serían difíciles de resolver. Y ten en cuenta la cláusula de confidencialidad ya que, por supuesto, es un tratamiento ilegal.

—Pero si ni siquiera recordaré qué mierda es esto.

Tensi estaba asustada. No había probado la bebida. Le tomó la mano a Pilar, conteniendo a duras penas el pánico que la amedrentaba. Iba a perder a Noela, lo iba a perder todo. Antes de perderse a sí misma.

—Cuando vengas a nuestras citas no te las tomes —le aclaró Pilar—. De lo contrario yo

también me olvidaré de quién eres y necesitas que alguien dirija estos hilos que pueden quedar sueltos. Además, en fin, alguien tiene que acompañarte en este proceso.

Tensi abrazó el paquetito. En pocos segundos había arrugado el cartón. Así, pensó, se estaba arrugando lo que ella siempre había sido. Cuando volvió a mirar a Pilar, divisó la sonrisa más triste del mundo. Un reflejo de la suya.

IV

Donde guardaba las cosas. En medio de sus silencios. Los huecos. Las nieblas. Los ruiditos que el viento iba depositando en esa casa. Casi notaba cómo se le iba vaciando la mente. Qué dolorosa sensación. Si se subía a la báscula, pesaría menos porque cada vez *era* menos. Menos ella. Menos identidad. Menos mujer. Menos esposa. Menos amiga. Se miraba las manos y casi —casi, casi— eran traslúcidas. Se las llevó al pecho y escuchó los latidos impertérritos de su corazón herido en la caja torácica. Se preguntó si él, tan solo él, sería capaz de guardar una parte de su esencia.

Estaba en la cama. Noela había salido con sus amigas. No llegaría hasta tarde. Seguían estando muy enfadadas, pero Tensi había comprado flores que ella vería al regresar.

—¿Y cómo será? —le preguntó a Pilar, antes de irse.

—Indoloro. Por supuesto, Noela sabrá que le falta algo. Aunque no llegará a determinar el qué. Y no le provocará un dolor ni un desasosiego demasiado excesivo. No echamos de menos lo que no conocemos, Tensi. Por eso somos tantas mujeres las que no echamos de menos la libertad. O la felicidad.

Aquel hogar, un piso a las afueras del pueblo de siempre, que habían ido llenando de lo poco que habían podido conseguir a lo largo de sus infatigables vidas, unidas por decisión propia —o tal vez no tan propia, pero unidas al fin y al cabo—, parecía ahora un rincón ajeno a ella. Tenía miedo de tocar sus cosas porque dentro de poco tampoco tendrían sentido.

¿Y si lo hubiera sabido? ¿Qué es lo que habría hecho diferente?

¿Cómo sería que Noela la mirase y no la reconociera? Podría jugar, volver a conquistarla. Qué divertido. Una impostora haciéndose pasar por ella misma. Aunque no sería sencillo conquistar a alguien tan obcecado y tan terco como lo era su esposa.

—Pero hay trámites legales —le insistió a Pilar.

—El tratamiento lo incluye todo.

—Noela tiene que cobrar una paga por viudedad.

—No estás muerta, Tensi. Solo incapacitada. Necesitas tu pensión para que podamos ingresarte en un centro donde te cuiden cuando yo ya no pueda encargarme de ti. Más tarde, si falleces, yo me ocuparía de todo lo demás.

—Esto es una puta locura —gimió Tensi.

Tomaría la pastilla y tocaría a Noela. Intentaría hacerle el amor, reconciliarse con ella. Besar la barriga en la que crecía la hija de ambas. En esa audaz tarea, intrépida. Insensata en los tiempos turbulentos. Ella era fuerte y, con un poco de suerte, encontraría a alguien que la haría feliz. O no. De cualquier modo, no necesitaba a nadie. Noela era independiente y muy tenaz. Para lo bueno y para lo malo, la mujer con la que se había casado era un escollo infranqueable.

Hasta ese momento. Momento en el que Tensi se convirtiera en nada. Comетиendo el acto de amor más grande que podía regalarle pero que Noela jamás podría recordar. Cerró los párpados

con firmeza y no dejó caer ni una sola lágrima.

Se olvidaría de cómo se lloraba.

No podía quedarse atrapada en sí misma, en esa maldita casa. No podía pasarse los últimos meses de su pensamiento y de sus recuerdos lamiéndose las heridas como un gato apaleado.

Cogió la cazadora, las llaves de casa y la cartera y salió a la noche.

V

En realidad era la primera vez en mucho tiempo, tal vez desde su niñez, que no se sentía agotada. Ya no se acumulaban en su cabeza las cien mil y una preocupaciones de su rutina diaria. El trabajo, el miedo a perder el trabajo. El futuro. Vivir de alquiler y no poder enfrentarse a una hipoteca. Y el sexo que perdía pasión entre Noela y ella. Sus padres estaban mayores. Hacía semanas que no escribía a sus amigas y eso haría que las perdiera. Había dejado de leer. Debería ponerse a estudiar algo. Que su hija naciera sana. ¿Sería feliz? Esperaba que ese mundo siniestro al que iban a traerla le diera oportunidades y benevolencia.

Le preocupaba, siguió pensando, envejecer. Las canas de su melena cada vez más empobrecida. Que había dejado de ir al gimnasio y la grasa se acumulaba por todas partes. Las arrugas. Esa fealdad. Le amargaba todo lo que no había podido hacer y ya no haría, porque a partir de la treintena se era consciente de que las oportunidades iban pasando y ya no había marcha atrás. Un elemento gris, intrascendente.

¿Recuerdas, Tensi, cuándo soñabas?

¿Recuerdas cuando querías ser actriz? O directora de cine. O escritora.

Tener algo que decir.

Dejar un legado cuando te marches.

Pero las únicas palabras reservadas para Noela y para el resto de personas de su vida eran «Procura olvidarme».

Le hablaba a la copa de ron. Sus sentidos ya adormilados le daban una dulzura exquisita. Estaba sola y ninguna mujer se le acercaba. Tal vez por ese porte de pájaro herido. ¿Acaso había volado ella alguna vez? En ese local de ambiente conoció a su mujer. Fue muchos años atrás. Se habían chocado y Tensi terminó con la camiseta empapada. Se enzarzaron en una pelea absurda que se finiquitó con un abrazo y, a las dos horas, con unos morreos inexplicables. Esa dinámica definiría, para siempre, su rutina en pareja.

Beber en un bar. Sola. Nunca lo había hecho. Disfrutar de la soledad no había sido su fuerte. ¿Cuál era su fuerte, entonces? Sonrió mientras sujetaba el vaso con la mano temblorosa. *Su fuerte*. Ella no tenía de eso. No tenía de nada, solo un puñado de desgracias encima y un sabor a mierda constante dentro de sus pensamientos. Sí, así mejor. Siendo realista consigo misma. Y agradecía que Pilar Lavandeira no fuera una de esas insoportables doctoras que parecían no sentir nada. O, lo que era muchísimo peor, que sentían demasiado.

Noela estaría con sus amigas. Pensaría en sus nombres antes de que se le olvidaran. Sonia y Andrea. Tal vez su mujer estaría diciéndole que habían discutido, que Tensi estaba rara, que había elegido el peor momento posible para ponerse a jugar a las adivinanzas. Lloraría. Últimamente lloraba demasiado. Las hormonas, suponía. En cualquier caso, Tensi se había convertido en una privilegiada por no tener que ser ella la que se quedase embarazada. «Creí que el privilegio lo

tenías tú. ¿No decías siempre eso?». Noela bufaba. Otra discusión. La quinta del día.

La iba a echar de menos. Y Noela también a ella. Lo sabía. En ese conflicto que arrastraban se escondía todo el amor que compartían con generosidad. Esa unión y la lucha contra todo lo que se había cruzado en su camino. Habían llegado a la meta, pero exhaustas y llenas de heridas. Y agarradas siempre de las manos. De hecho, en ese momento tenía cogida su mano aunque ella estuviera en un bar y Noela en cualquier otra parte.

Otra copa de ron. Y luego se podría tomar la pastilla y abrazar a Noela mientras dormía. Abrazarla muy fuerte. Cuanto más fuerte la abrazara, más rápido la olvidaría.

VI

Aquella camisa siempre le había gustado. Por eso se había comprado tres iguales. También un par de pantalones vaqueros y unas zapatillas blancas. El pijama que usaba para estar dentro de esa habitación era el de siempre: uno azul, de botones. Le encantaba porque era cómodo y elegante, aunque Noela siempre dijera que le parecía absurdo vestirse con tanto cuidado para irse a la cama. O para quitárselo antes de hacer el amor.

Su hija no había nacido de un acto de amor y sexo. La habían concebido en una clínica, muy moderna, cuidando los detalles. Llena de sonrisas y de muchas firmas de por medio. Su hija no tenía sus genes, así que, en realidad, Tensi no era su madre biológica. En un principio aquello le había generado dudas y ansiedad, pero ahora era todo un alivio saber que no podía traspasarle la pérdida de memoria fulminante a su descendencia. Noela era una mujer sana, fuerte, casi siempre feliz a pesar de su candente mal humor. Ojalá la niña se pareciera a ella, ojalá fuera lo más igual a su madre que la naturaleza permitiese.

Pero Tensi no se reflejaría en sus ojos. Con suerte, tal vez, en el color de su pelo porque el negro era un tono muy común. Quizás Noela la mirase y recordase un algo: cuando le apartaba un mechón de la mejilla y se lo colocaba detrás de la oreja. Luego, recordaba, le acariciaba el agujero del lóbulo donde antaño llevaba pendientes. «Es que me dan alergia», diría. «Si te pones los de oro que te regalé no te harán daño», contestaría Noela. «¡Qué pesada eres con eso! ¡Ya sabes que no me gustan las joyas!». «Da igual, no quiero discutir. Al fin y al cabo, estás hermosa de cualquier manera».

No había espejos en la habitación. Tensi juraría que podía recordar su rostro en esos instantes, pero quizás dentro de un rato no pudiera. O tal vez sería al despertarse en medio de la noche y verse frente a una desconocida cuando sentiría pavor. Se fiaba de las medidas de seguridad que había tomado la doctora Pilar Lavandeira. Mejor Pilar, a secas. Ahora era Pilar. Su amiga, su compañera de piso. La que la salvaguardaba en su memoria. La que la escuchaba llorar por las noches.

La puerta del cuarto estaba cerrada con llave por fuera. Era para evitar que Tensi se despistara y saliera del piso sin darse cuenta. Que se perdiera por las calles de su ciudad de siempre, que se había vuelto peligrosa de repente. Desconocida.

¿Las aceras de A Coruña también la habían olvidado? ¿Quedaba algún vestigio de ella en algún lugar?

El tratamiento había funcionado drásticamente con Noela. La había besado y abrazado hasta la saciedad, hasta la extenuación. Su mujer no comprendió ese repentino afán de cariño, pero se dejó

hacer, aunque la había dejado con un sabor de boca agridulce. Habría sido justo, pensaba, haberle dado la opción de poder despedirse. De poder conocer que aquellas eran sus últimas horas de permanencia. *Cariño, cuanto más te acerques a mí, más rápido ocurrirá.*

La última vez había preparado el desayuno. El favorito de Noela: unas tortitas de avena con chocolate. Y un poco de nata, un antojo poco saludable del que no era capaz de desprenderse. Preparó café y dejó la mesa puesta. Salió a hurtadillas de la casa, en la que apenas quedaban sus huellas o sus restos.

Su esposa, la madre de su hija, bajó a desayunar. No existió extrañeza alguna, no fue consciente de la ausencia de nadie en esa casa.

Se habían cruzado por la calle. Tensi enloquecía de lo que la echaba de menos, ahogada de amargura y de malestar. La perseguía por el supermercado, hasta la cafetería. Hasta la farmacia. Finalmente, se chocó con ella por la calle y Noela la miró con incómoda extrañeza, sujetándose la barriga. Tenía el ceño fruncido, en aquella preciosa expresión de enfado permanente.

—Lo siento —le dijo Tensi, con un hilo de voz—. Vaya, estás embarazada. ¿Es una niña?

—No pasa nada. Estoy bien. Sí, es una niña. —Su deliciosa sequedad, las ganas de irse, las prisas.

—¿Puedo invitarte a un café como disculpa? Mira, iba a sentarme aquí mismo. ¿Te importaría?

—En realidad no puedo. Lo siento. Pero gracias.

Tensi se habría apresurado a abrazarla, a sujetarle ambas manos. Pero no lo hizo. Perdida. Era un vacío en su propio universo. Un hueco. Intentaría llorar, aunque al rato se olvidara de por qué lo estaba haciendo.

VII

Según le había dicho Pilar, ahora su mujer se sentiría extraña. Como si hubiera despertado de un sueño muy largo. Pero poco a poco se irían resolviendo los conflictos. Las instrucciones habían sido muy estrictas para que pudiera desaparecer de la mente de todas de manera simultánea. De lo contrario, se enfrentarían a una paradoja difícil de solventar.

Tensi casi había cumplido a rajatabla aquella última misión.

Pero había cometido una egoísta excepción.

Descalza, sentada en el borde de la cama, cogió su teléfono móvil. El número era nuevo y tan solo lo tenían dos personas. Abrió la aplicación de mensajería y pulsó en el nombre de Andrea. Vio su foto y sintió alivio al reconocer a su mejor amiga de la infancia.

»Andrea —escribió Tensi.

»Esto es una crueldad, Tensi —fue la respuesta que recibió—. Una absoluta crueldad.

»Lo siento.

»¿Puedo ir a verte? Solo iré si me prometes que no te has tomado esas malditas pastillas.

Lo de Andrea era peligroso, le advirtió Pilar, pero era su decisión. Su amiga, caracterizada por ser madura y serena, le pareció la mejor opción para permanecer a su lado hasta que hubiera perdido la identidad por completo. Podría superarlo, estaba segura. Aunque en esos momentos se encontrara enfurecida y fuera de sí, aunque la increpara y creyese que lo que le estaba haciendo a Noela y a su futura hija era peor que si se hubiera muerto. Que ya no podía hablar de ella con nadie porque...

—Ya no existes.

VIII

—Es irreversible —repitió Andrea, sentada en la cama junto a Tensi un par de horas más tarde de esa escueta conversación por el móvil—. Joder, he intentado saber algo más, pero tu doctora no suelta prenda.

Sentía congoja. Y dolor. Podía notárselo en cada gesto y en cada palabra. La compadecería, pero su empatía era cada vez más frágil, casi inexistente. Extinguiéndose como un papel que nadie lee y que nadie leerá jamás. Extinguiéndose como ella misma. Andrea había sido siempre poderosamente atractiva y resuelta, desde que eran unas niñas. Esa majestuosidad se había convertido en una sensualidad consciente que aprovechaba a la mínima. Aquella era la primera ocasión que veía a su mejor amiga desinflada, ojerosa, sin una sonrisa en los labios y sin haberse acicalado a conciencia. ¿Tan graves eran las fisuras que podía dejar una persona al ser olvidada? ¿Hasta dónde llegaba el hueco que Tensi dejaría en las vidas de las suyas? Jamás se consideró alguien importante para las demás. Se había dado cuenta demasiado tarde.

—Es mejor así —terció Tensi.

Su voz sonaba débil porque ya casi no la usaba. Tenía en las manos su flamante documento de identidad renovado. *Hortensia* había sido sustituido por *Tensi* de manera oficial. Ese hito la hacía sentirse segura. Cuando ella ya no recordara su nombre, las personas sabrían así cómo deseaba ser llamada. Su mundo se había ido empequeñeciendo hasta encontrar el alivio en esos detalles insignificantes. Se miró las uñas. Devoradas por culpa de la ansiedad. Sus dedos torcidos. Parecían los de una niña.

—¿Mejor para quién? Cada vez que veo a Noela se me parte el alma en mil pedazos. Y a tu madre. Ambas siguen con su vida como si nada hubiera ocurrido. ¿Qué clase de solución es esta? ¡Joder! Si tienes Alzheimer tuviste que dejar que las personas que te quieren estuvieran a tu lado, ¿no te parece? La decisión es suya y estoy segura de que Noela...

—Noela habría sacrificado todo y más por seguir a mi lado. Pero, ¿qué pasa con el dolor que le ocasionaría? Ella merece ser feliz. Siempre lo ha merecido. ¿Por qué mi desgracia tiene que ser también su desgracia?

—Estás demente, Hortensia.

—Tensi —gruñó—. Y sí, exactamente. Estoy demente.

Andrea lloraba. Con uno de estos llantos silenciosos, más rabiosos que tristes, más sofocados que sinceros. La había elegido a ella para quedarse un poco más porque la necesitaba. Pero, a ratos, olvidaba ya por qué consideraba que ella era la que necesitaba. En algunos días dejaría de reconocerla. Y Andrea tendría que enfrentarse al vacío de sus ojos. Ella sola, sin nadie a quién hablar de su recuerdo. Pero necesitaba, al menos, permanecer en el recuerdo de alguien.

—¿Qué puedo hacer por ti? Pídeme algo. Me siento una inútil.

—No abandones a Noela.

—Claro que no. No estará sola. Sonia y yo no la dejaremos en todo esto.

—¿Cómo está?

—Está rara, pero no sabe por qué. No para de decir que siente que le falta algo. De hecho, va a empezar a ir a terapia porque teme tener un trauma con algo que no recuerda. No paramos de

decirle que en absoluto, que serán cosas del embarazo, pero...

—No encontrará nada. Pilar se ha encargado de...

—No nombres más a esa mujer.

—Me ha ayudado mucho —se justificó Tensi.

—Te ha ayudado a perderte antes de tiempo. Todavía podrían haber disfrutado de ti un poco más, ¿es que no lo ves?

IX

No. No lo veía.

La mente de Tensi (¿la mía?) acababa de irse a otra parte.

A otra parte que no sabría determinar dónde estaba.

Pero sabía que allí nadie podría venir a rescatarla.

Pero sabía que allí nadie podría acudir a abrazarla.

Tensi (yo) parpadeó para intentar ver más allá. Vio a esa persona. Una mujer a la que a lo mejor conocía o, tal vez, a la que no había visto en su vida. Se miró las manos, las uñas comidas. Se miró y no vio nada, como si todo fuera desapareciendo poco a poco.

—Tensi —escuchó—. ¿Me oyes? ¿Estás bien?

No entendía el significado de esas palabras. Curvó los labios pero sin saber cómo ni por qué. Balbuceó. Estaba dentro, muy dentro. En su interior, refugiada como en un caparazón. En el exterior no había nada a lo que atenerse, a lo que enfrentarse. Si intentaba escalar por las accidentadas paredes de la caja torácica, se iría resbalando y cayendo a su propio vacío.

Jamás, jamás, jamás lograba chocarse contra nada.

Jamás, jamás, jamás conseguía dejar de caer.

—Tensi —volvió a escuchar—. Soy yo, Noela. ¿Te acuerdas de mí?

Alguien lloraba, pero no era ella misma. Volvió a curvar los labios, confundida. Esos dedos que miraba antes, ahora temblaban al tocar otra piel, más suave y más delicada. Los apartó asustada y sacudió la cabeza.

—Hortensia, mira. Es vuestro bebé.

La doctora Lavandeira. Sí. Sí. Sabía quién era. Creía que sabía quién era.

Y quién soy yo.

—Tensi —rectifiqué.

DARÍO GÓMEZ DE BARREDA

Nacido en Madrid en el año 1989 y criado al abrigo de su periferia, estudió Filología Inglesa y Derecho (esto último a su pesar) en la Universidad de Alcalá y en la actualidad trabaja como traductor especializado en moda, cultura y estilo de vida. Hace siete años estrenó nombre y en 2018 lo vio impreso por primera vez en una publicación. A Darío le gustaría ser tan radicalmente suave como los tres gatos con los que convive.



UN TRAJE DE PALABRAS

*I'm looking for the magic
I'm feeling for the right way out of my mind
Looking for the alchemy to release me from my maze
I'm making myself*

«The Magic», Joan As Police Woman

Tendría unos 5 años cuando descubrí a mi madre plantando hechizos en el cajón de la ropa. Estaba de espaldas, pero la escuché murmurar algo ininteligible justo antes de girarme y verla llenando unos pequeños saquitos de tela con flores y plantas secas que colocaba entre mis camisetitas y pantalones con la cintura elástica, siguiendo un orden que parecía obedecer a una melodía más que a un criterio estético. Algo distinto ocupó el aire (un silencio sostenido, la habitación como conteniendo el aliento) y se respiró ceremonia y obscuras efemérides. En aquel momento no le pregunté lo que hacía ni creo que nunca lo haga. No sé mucho pero sí lo suficiente para saber que la protección parece mayor cuando no está completamente desnuda ante su destinatario. Y ahora mismo yo necesito sentir que sigo teniendo esa protección, aunque esas bolsitas de tela estén a varias fronteras de distancia.

Cuando me vine aquí lo hice sin saber por cuánto tiempo me quedaría. Aún sigo sin saberlo. No hubo flores ni plantas secas en mi maleta, pero sí una notita que no encontré hasta unos meses después, de tan escondida que estaba. «A pi minis liminislimi nisli muil», rezaba en el idioma que empezamos a crear cuando me llevó a la guardería y que jamás pretendimos explicarnos ni someter al yugo de la gramática. Supongo que criarme como madre soltera junto a una batería de cuidadores en forma de vecinos, tíos, abuelas y tías-abuelas hizo que surgieran estas pequeñas parcelas de rituales, palabras e idiomas a los que nadie más podía acceder. O quizás habrían surgido de cualquier otra forma, esto es algo que tampoco le he preguntado por miedo a romper o manchar una magia que no siento completamente bidireccional (ni, por tanto, tan mía como para poder tocarla). Este idioma surgió como acompañamiento a los cuidados y mimos que me procuraba (en especial a la hora del baño) y sigue habitando ese mismo terreno. Es una lengua de susurros y cuerpos acurrucados, de palomitas recién hechas y albornoques calentados en el radiador. Cuando encontré la notita me senté en el suelo y acaricé la madera decimonónica hasta que mis dedos hallaron la sombra del parque de la casa en la que crecí. Cerré los ojos y visualicé los dibujos de la luz de las persianas a medio bajar y el olor de la sopa de perdigones. Había tenido un día complicado en la universidad (uno de esos que te hacen sentir que la silla te queda demasiado grande y nunca alcanzarás a ver siquiera la pizarra desde tu pequeñez) y me habían descartado en otra entrevista para un trabajo a tiempo parcial. Mi cuerpo empezaba a rechazar la dieta del arroz, la pasta y las verduras pochadas de oferta que llevaba sosteniendo desde que llegué y se me empezaban a agotar las excusas para no quedar con las nuevas amistades que tenía la

tentativa de construir.

Ahora han pasado unos meses, mi situación económica ha mejorado y mi dermatitis y ataques de ansiedad empiezan a remitir. Pero aún me quedan otros dos para cobrar la beca y poder permitirme, suerte y estrecheces mediante, dejar de trabajar hasta concluir mi proyecto de fin de máster. La notita está enmarcada en mi escritorio y este detalle fue lo único que consiguió apaciguar la preocupación de mi madre en la última videollamada que consiguió hacerme hace un par de meses. Oberón (el gato heredado del anterior inquilino, no el rey de las hadas) me calienta los pies y hace que renuncie a cometer dos sacrilegios: el primero, levantarme mientras lo tengo encima; el segundo, recalentar mi taza de té.

Mis compañeros de clase ya llevan una semana de vacaciones viajando, mis amigos visitando a sus familias o haciendo horas extra y mi jefa ha cerrado la cafetería para llevarse a sus hijos a esquiar. Me quedan casi dos semanas de letargo laboral y académico por delante para saber si sigo pudiendo escribir algo más que correos para mi tutora, la secretaria de la universidad, ensayos formulaicos para mis asignaturas del máster y la lista de la compra. Llevo casi una hora visualizando formas caprichosas en el blanco de la página de Word, tal y como solía buscar dragones y unicornios en el gotelé de mi dormitorio en la casa de la abuela. Escribe algo, joder. Escribe lo que sea, pero que no sea en primera persona. La primera persona es para quienes conocen su voz, saben por dónde pisan y no les angustia la posibilidad de sonar a capullo pretencioso.

Vale, ya está. He empezado una danza lo más simple posible con las teclas. Es como si mis dedos se ejercitaran con una rutina de gimnasio en lugar de desplazarse con un propósito claro más allá del mero movimiento. Pero bueno, algo es algo y al menos no se están moviendo al son de la última fecha de entrega de un trabajo en grupo para clase. Tac, tac, tac. Encuentro un alivio quedo en el traqueteo de las teclas, pero también cierto soniquete burlón. Jamás seré una Virginia Woolf ni un James Baldwin (ni siquiera un petardo como Hemingway), pero al menos ya no tengo taquicardias mientras construyo este burdo *stream of consciousness*. No sé en qué momento exacto empezaron las taquicardias, pero sí que para cuando me di cuenta ya se habían convertido en algo inherente al ejercicio de la escritura sin un propósito absolutamente práctico. La primera grieta surgió en el instituto, con algunos comentarios sobre la impostura de mi estilo narrativo porque «es normal que experimentes a tu edad, pero no puedes pretender que algo con este tipo de sintaxis y vocabulario suene auténtico». Acabáramos. Hasta ese momento no sabía que la ficción tenía que pretender no serlo con el puntito justo de originalidad (ahí sí, impostada) para que uno pueda ser prometedor sin pasarse de listo. Al menos mientras se es joven. Luego el problema, según algunos de los futuros escritores vocacionales que me rodeaban, fue que era demasiado pasional y sensible. Que eso abrumba y aleja a quienes «no sienten tanto» (o no reflexionan por los motivos que fuere sobre lo que sienten). Lo cierto es que los argumentos y posturas fueron tantos y tan variados que lo único que me quedó fue el profundo convencimiento —acentuado, además, por un par de exparejas especialmente crueles al respecto— de que escribiera lo que escribiera sería demasiado y a la par se quedaría demasiado corto.

Tampoco ayudó el tener excesivo pudor y dudas como para participar del discurso dominante

según el cual la escritura era el principio y fin de todas las cosas que deberían hacerse una vez se escucha su llamada, signifique lo que signifique eso. La realidad es que no sólo me gusta escribir y que no siempre me gusta. Me parece que la idea de que los escritores sólo viven plenamente escribiendo es tan autocomplaciente como dañina. Siento que da a entender que cualquier otro disfrute o conexión medianamente profunda con otro oficio o práctica es menos digno de mostrarse, que aprender a elegir los aguacates en su punto o a remendar calcetines no es un saber tan digno de ser celebrado (menos aún colectivamente), que todo lo demás en la vida es un movimiento vacío entre una y otra página escrita. Yo creo que todos seríamos mejores escritores (o, cuanto menos, unos pocos más nos atreveríamos a intentarlo) si le diéramos menos importancia al Escribir como tal y desmanteláramos ese elitismo disfrazado de virtud arcana únicamente accesible sacrificio y deshonestidad mediante. Creo que en algún punto de la construcción de Europa se decidió que la escritura tenía que ser una vía individual hacia la misma grandeza de la que necesita, al parecer, aislarse. Que lo mundano sólo tenía cabida en la experimentación pueril entendida como fase de la que avergonzarse, y que lo profundo era algo que habían decidido de mutuo acuerdo un puñado de señores con mucho vocabulario arcaico y varias mujeres haciéndoles las cositas que no quieren aprender a hacer ellos. Escuchar para poder escribir, entre otras. Que la de escritor era una identidad mayúscula, estática, y por tanto únicamente accesible por la vía del nacimiento. Como la de hombre según ellos, vaya.

Sea como fuere, yo me había apartado de la vía hace tiempo y las taquicardias y sudores fríos parecían haberse quedado en algún punto del camino del hereje. Y heme aquí ahora, con una convocatoria clavada al corcho de mi habitación que me encontré en el suelo en plena epifanía en un cambio de clase. Convencido de que este y sólo este es el momento perfecto para comprobar si es o no es demasiado tarde (difícilmente, a los 27 años, pero la fría lógica no se lleva bien con mis epifanías). Si soy capaz de habitar o transitar otras vías ahora que al menos sé situar y analizar a grandes rasgos algunas que no me sirvieron.

De todas formas, tampoco pasa nada si nadie me lee ni publica jamás. Siempre habrá y ha habido quien llegue a donde yo no llego, y el que no haya testigos tampoco es señal de no haber llegado. Pero sí que lo hace más difícil de creer, empezando por uno mismo. Quiero decir, que lo que consiga o no escribir (o decir, o pensar) no estará menos escrito por no haber salido del ordenador —o de mi cabeza—. No sólo me digo esto para anticiparme al rechazo por parte de la convocatoria (que también), sino porque de veras lo creo. Es la única conclusión a la que más o menos he llegado en estos cinco años de barbecho en los que sólo he escrito largo y tendido sobre textos ajenos y sugerido silencios avalados por las teorías que se me imparten. Esa y que lo que no se escribe es aún más importante, la semilla que parece no haber germinado y que en otro mundo es bosque. O quizás en este, pero no mientras estemos despiertos.

Oberón puso punto final a esta reflexión realizando su cada vez más pulida performance de solicitud de pienso. La coreografía consiste en vagar dando vueltas despacito y sin sacrificar la dignidad de sus andares, pero sin levantar apenas la cabeza. Así me imagino a las monjas de clausura paseando por el claustro antes de ir al refectorio. Cuando sabe que ya le has visto se sienta en silencio junto al armario de la comida, coloca su majestuosa cola a su alrededor creando la ilusión de estar subido a una plataforma y se queda ahí, mirándote de reojo de cuando en cuando y apartando la mirada como con falsa modestia cuando se cruza con la tuya. Puedes tardar

más o menos en rendirte, pero al final no sólo lo haces, sino que acabas disculpándote por no poder ofrecerle mayores dones. Mientras masticaba me fijé en los tímidos rayos de sol que se colaban desde el patio y me decidí a dar un paseo.

Al principio de llegar aquí me abrumaba tanto espacio abierto y retazos de verde asomando los dedos entre los adoquines. Ahora me he dado cuenta de que lo que me abrumaba era el disponer de tanto oxígeno pese a estar en una ciudad y el no tener que caminar siempre en zig-zag —ni tan rápido como aún sigo tendiendo a hacerlo—. Me había acostumbrado a acortar mi respiración, a quedarme casi siempre corto por un atisbo de bocanada y un aliento un poquito más cerca de mi siguiente ataque de ansiedad. Verde, verde, gris, rectángulos y bicicletas. El idioma ya se me estaba quedando pegado a la lengua y a menudo no tenía que pensar antes de abrir la boca, sobre todo en las conversaciones cotidianas. No sé si mi aspecto atolondrado cuando voy por ahí solo caminando inspira ternura o si hacerlo les resulta tan cotidiano como a mí acelerar el paso sin darme cuenta, pero me sonríen mucho por la calle y en los lugares públicos en esta ciudad, en especial la gente mayor. En una ocasión una anciana con un aire a Ursula K. Le Guin me dijo que tenía una mirada preciosa, muy cálida y profunda, en algún punto de la U6. A mí sólo me salió darle las gracias y sonreír un poco como cuando te das cuenta de que esa nueva profe del cole que tanto te entusiasma se ha aprendido tu nombre antes de terminar la primera semana de clase. Ese mismo tipo de ternura bilateral a través de pequeños gestos aparentemente triviales en los que una parte se siente vista y la otra se alegra de poder hacerlo ver. No tenía pinta de hablar mucho en general ni con muchos desconocidos, pero sí de dejar huella cuando lo hacía. Fuimos sonriéndonos el resto del trayecto y al salir me cogió la mano suavemente y me la apretó con ternura. Había escuchado y pronunciado cientos de veces ese «*Schönen Tag noch!*», pero el suyo tuvo algo especial, no sé si por los ojillos brillantes tras las sábanas de sus párpados, por lo inesperado del contacto físico, por su voz ronca o por el contraste entre sus rasgos marcados y estética estricta y su desarmante dulzura. Me dejó con la misma sensación que un rotundo «todo va a salir bien» en el momento preciso y en labios de esa única persona que puede convencerte de creer en el poder de las profecías autocumplidas cuando sientes haber agotado toda posibilidad. Ese día no noté nada especial más allá de cierto calorcito en la boca del estómago durante los minutos siguientes, pero lo cierto es que a partir de ahí las cosas empezaron a enderezarse. Me adapté a las clases, conseguí mi actual trabajo (ni mal pagado, ni demasiado insoportable gracias a la mayoría de los clientes habituales), mi ex empezó a serlo (y yo a delimitar los bordes de sus abusos) y poco a poco me hice con una pequeña red de cuidados que jamás, me daba cuenta entonces, había conseguido construir o mantener en mi propia ciudad.

Estaba empezando a preguntarme dónde acabar mi trayecto cuando me hizo parar en seco una suerte de Abraxas adornando el arco con motivos animales y vegetales de un portal cerca de Mehringdamm. Más señales. Decidí hallar un entorno adecuado para hacer amago de interpretarlas subiéndome a la pequeña montaña-mirador-monumento-de-bronce de mi rincón preferido del barrio, el Viktoria Park. La cascada (mi parte favorita) no funcionaba, pero el día estaba lo suficientemente despejado como para ver casi toda la ciudad desde su punto más alto. Edificios en tonos predominantemente claros, calles anchas cubiertas de árboles desnudos y carreteras sin apenas coches. Si me llegan a decir de adolescente que existe un lugar así en el que yo acabaré viviendo se me escapa una carcajada cínica, como poco.

Yo vengo de un barrio donde todos los pisos son el mismo montón de ladrillos apilados y sólo el conocimiento inconsciente (y los números en tímido bajorrelieve de los portales) te permite situarte y dejar de dar vueltas en círculos. Los locales de los soportales son una ventana descolorida a los años 90, quienes crecieron conmigo son ahora treintañeros a 10 minutos de la casa en la que crecieron (o aún en la misma), elaborando una fantasía más o menos segura tras los muros de la pertenencia. De los bajos enjaulados a veces asoma un pequeño chuchito ansioso o un gato desgano al que le falta media oreja. Para que mi ocio pudiese ir más allá de matarme una chusta, destrozarme las espinillas patinando en las ollas o beberme una litrona en el parque tenía que irme forzosamente a la capital y encontrar a alguien con quien hacerlo para que mi madre no se preocupase. Así fue desde los 12 años, y la primera vez que fui con un amigo nos limitamos a mirar escaparates y fijarnos en lo que tomaba la gente en las terrazas. No me costaba demasiado imaginarme atendiendo aquellas mesas, pero sí sentado en cualquiera de ellas. No tener que servirte tú ni recoger y limpiar (eso como mínimo) me parecía y sigue pareciendo a ratos la máxima expresión del lujo.

Llevaba unos cuatro años haciendo eso (cada vez más a menudo, sin depender de amigos que se volvían borrosos con el tiempo ni de un itinerario concreto) cuando empecé a fantasear con la idea de hacerme diseñador de ropa. No soy capaz de discernir si el germen de esa idea estuvo en mis problemas cada vez mayores para encontrar algo de mi talla que me gustara (y, por tanto, para socializar o salir de casa) o en darme cuenta de lo feliz que me hacía pensar en crear prendas para otras personas con problemas similares, empezando por mi abuela y mi madre. La ropa ostenta a veces el raro poder de hacerte sentir mejor respecto a lo que hay (y no hay) debajo de ella. Para mí es lo más cerca que puedo estar de sentir que el problema no es tener un cuerpo, sino lo que de él tan a menudo puede desprenderse en los contextos sociales. Simplemente por estar ahí ocupando un espacio. Por su forma, por su volumen, por su color, por su manera de moverse. Lo que desde pequeño me ha atraído más de la idea de la muerte (y lo que más me angustia respecto a la idea de la reencarnación) es que haya lo que haya después, tanto si es la nada como si no, lo que ya no hay es un cuerpo tangible con todo tipo de necesidades y capaz de alojar tanto placer y dolor que a menudo me resulta insoportable.

Así que cada vez que me quedaba pegado al cristal de un escaparate y me vestía o vestía a otros dentro de mi cabeza con lo que veía en él, en el fondo subyacía la idea de que con eso quizás me o le aligeraría el cuerpo a quien lo llevase. La fantasía no prosperó como oficio ni lo intenté más allá de solicitar una beca en un par de buenas escuelas de diseño (becas siempre sujetas a condiciones de supuesto mérito, y sin las cuales no podría permitirme ni media mensualidad) y consideré que el no haberlas conseguido era motivo suficiente para dejar de intentarlo, al menos por el momento. Luego la vida se puso de por medio y me hizo empezar a trabajar antes de poder decidir en base a qué podía acceder y cuándo, así que acabé cediendo a la presión agrídulce de ser el primero de la familia en estudiar una carrera, si bien al menos pude estudiar algo que me interesaba (hasta llegar a aborrecerlo, eso sí). He notado que mi interés se ha reavivado desde que estoy por aquí, seguramente por lo diferente de su planteamiento en el vestir. Les encantan los colores cálidos pero sólo parecen encontrarse cómodos con los fríos. Admiran los detalles caprichosos pero suelen aspirar a lo monacal en la vida diaria. Realidades rectas y fantasías curvas. Creo que estas dualidades tan asumidas unidas al hecho de que básicamente les da igual la

pinta que tengas —siempre y cuando no parezca que has invertido más de diez minutos en prepararte— han conseguido que vuelva a integrar la vestimenta en mi código de cuidados, al menos de vez en cuando.

Me despegué del escaparate de la sombrerería al que llevaba cinco minutos pegado y continué el camino de vuelta a casa. Saqué el teléfono para mirar la hora y vi que Jascha me había escrito un SMS para invitarme a una fiesta *drag* en el Südblock. Me gustaba ir de vez en cuando para desayunar a deshora o tomar un café por la tarde, pero nunca había ido a ninguna fiesta temática nocturna de las que preparan cada semana. Casi siempre me arrepiento de salir de noche y he crecido sin tener cómo volver a casa más allá de las doce, así que mi primer impulso siempre es negarme. Esta vez fue igual que todas las demás, pero después concluí que no sería capaz de seguir escribiendo y decidí darle una oportunidad. Y de paso saber un poquito más de Jascha — que quizás no resultara ser tan señor hetero como creía—. El principio de la Bergmannstraße bullía con el ajetreo típico de los sábados en los que no llovía, nevaba ni hacía demasiado frío para salir ni para sentarse en el exterior por un rato. Según iba avanzando, iba habiendo menos negocios y gente, y en el último tramo de la calle, el de los cementerios, sólo quedaba yo en la acera.

Iba fijándome en los caminos rodeados de árboles tupidos del cementerio de Dreifaltigkeitsfriedhof II («Cementerio de la Trinidad II»), tengo que averiguar si existe el I o si es sólo humor alemán) cuando escuché algo parecido al sonido agudo que emiten algunos juguetes de goma. Agucé el oído y me acerqué a la valla para ver si había por ahí algún crío y ya estaba dispuesto a hacer como si no hubiese escuchado nada cuando lo volví a escuchar mucho más cerca, acompañado de una respiración rápida y entrecortada, algo similar a la de un perro pequeño. Unos metros más adelante, justo frente a la última puerta de acceso, me esperaba sentado y con una mueca similar a una sonrisa un zorro apenas un poco más grande que Oberón. Miré a mi alrededor para tener a quién preguntarle si había visto lo mismo, pero ni rastro de ninguna otra persona. Al acercarme más me alegré de que no hubiese testigos porque rara vez actúo por impulso y menos aún cuando los hay. Cuando apenas nos separaban unos centímetros me recibió dibujando rápidas eses con la cola y dando saltitos y, en lugar de asustarme (jamás había visto a uno tan de cerca), tuve el súbito impulso de sentarme en los adoquines para ponerme a su altura y dejarle hacer lo que quisiera hacer. Morderme, lamerme, jugar, marcar, lo que fuera. El aire parecía estar suspendido en otro momento y lugar y de veras me sorprendió que el reloj de la torre de la iglesia más cercana no estuviera parado. El zorro no dejaba de dar vueltas a mi alrededor, haciendo pequeños derrapes para cambiar de sentido y emitiendo esos cómicos grititos que fueron lo que primero me llamaron la atención. Yo no podía parar de reírme como hacía mucho que no lo hacía. Era como si se estuviese despejando un cielo dentro de mi pecho. Extendí los brazos tímidamente para que pudiera tocarlos si quería y pareció hacerle mucha gracia. Parecía risa, al menos, pero seguramente fuese mi proyección de nuestra propia manera de socializar. Se detuvo y me ofreció la parte baja del hocico (sorprendentemente suave y tupido, y que sólo acaricié por un par de segundos por miedo a quedarme sin mano) y frotó la cabeza por un momento contra mi rodilla. Olía fuerte, pero no exactamente mal. Olía a muchas cosas mezcladas con tierra, carne cruda y hojas secas. Y olía un poco a piel fría, como cuando los seres humanos entramos en una habitación y traemos la impronta del frío desde la calle. No pude evitar preguntarme qué tal

conviviría con Oberón y qué podría darle de comer de lo que tuviera en casa. Mi compañero de piso apenas pernoctaba allí un par de fines al mes desde que tenía pareja y seguramente no se diera ni cuenta. Pensé hasta en llamarlo Ted por «The Thought Fox», el fantástico poema del cretino de Ted Hughes que había trabajado en clase algunos años atrás. Dejó caer la cabeza a un lado como hacen algunos perros para terminar de convertirnos en un charquito a su voluntad (en este caso me pareció tener un matiz entre tierno y burlón) y volví a aterrizar y a percatarme de lo absurdo de lo que me estaba planteando. «Vale, Ted. Dime qué es lo que quieres o si quieres algo, entonces», le susurré, como si pudiera entenderme. Y dicho esto, se levantó, se coló entre los barrotes de la puerta de la entrada y una vez dentro salió corriendo hacia la espesura del bosque urbano que hacía las veces de cementerio, no sin mirarme una última vez antes de desaparecer en la oscuridad.

Recorrí los últimos metros hasta mi casa prácticamente sin darme cuenta. De camino a mi escalera miré bien el patio para asegurarme de que el recién bautizado Ted no me estuviese esperando. No sucedió un segundo milagro, o cuanto menos no lo hizo entonces ni ahí. Me preparé una infusión con la misteriosa mezcla invernal del Edeka y Ted se coló unas cuantas veces entre las opciones de *outfit* que estaba barajando para salir esa noche. Se detuvo más tiempo en el que incluía la bomber gris de segunda mano que me compré al poco de llegar, así que lo interpreté como su elección y la hice propia. Oberón me esperaba descansando (de tanto descansar, me figuro) sobre la televisión CRT inerte que heredé de la anterior inquilina y que utilizamos de aparador. Su sonrisa con forma de 3 acostado se ajustaba a los recovecos de su juego de patas. La paz imperturbable cabe en tres kilos y medio de pelo blanco hueso y gris ahumado, piel rosada, vísceras y una elegante osamenta. A primera vista podría pasar por minúscula cabra montesa de no ser por su temperamento tranquilo y economía energética (y su falta de cuernos). Empezaba a querer echarme para atrás y quedarme con él viendo cualquier película insustancial. Estaba alargando el ritual de vestirme cuando recibí otro mensaje de Jascha con la hora exacta de nuestro encuentro en Kottbuser Tor. Quería que probara el que según él era el mejor shawarma de la ciudad, así que me proponía vernos en un lugar llamado Maroush que me sonaba haber visto alguna vez desde fuera. La verdad es que la idea de no tener que cocinar y de probar algo tan cargado de especias como de carbohidratos terminó de convencerme. Acabé de vestirme, besé la naricita de Oberón y bajé a sacar la bicicleta del cobertizo, aprovechando que no llovía.

El shawarma vegetariano que compartimos bien mereció el viaje en bici a 5°C, pero lo que más me gustó fueron los intrincados azulejos en tonos azules del local. Éramos los más jóvenes en la cola del Südblock, según Jascha por haber ido poco antes de las once. Me sucede algo extraño con todos los espacios LGTB en los que he estado y es que me parece que tengo que sentirme forzosamente cómodo (ya ni siquiera seguro) pero en el mejor de los casos tengo un pie fuera, quizás por mi propia sobreexigencia, y en el peor me suelta los puntos de alguna cicatriz que ni siquiera sabía que tenía. Casi siempre acaba sucediéndome algo que, sin ser necesariamente más grave ni violento que cualquier cosa que me pueda pasar fuera, soy incapaz de evitar que me dañe mucho más. Quizá sea por no haber tenido nunca eso a lo que llaman grupo de amigos ni un lugar establecido al que acudir cuando lo necesito, pero siempre que se me sugiere u ocurre acudir a uno de estos eventos o lugares una parte de mí me da fuerzas para ir susurrándome que tranquilo, que esta vez es la buena. Y, si bien no siempre ha sucedido algo malo o incómodo *per se* (o que yo

logre detectar y analizar), nunca he conseguido darme la razón. En general me han hecho sentir tan invisible, feo e insignificante como me sucede fuera de esos espacios, pero con el siguiente matiz: no parecer aquí puede equivaler a no ser, o cuanto menos a sentirlo. Tengo la sensación de que se parte de la idea de escapar de la mirada normativa pero simplemente se acaba desplazando o modificándose su lenguaje. Así que no sólo acabo pasándolo tan mal como ahí fuera, sino que me parece estar siendo analizado y descartado más hábilmente si cabe por las mismas herramientas que habrían de ayudar a liberarme.

En Südblock no fue muy distinto, pero sí bastante menos hostil *a priori*. No percibí que me ignoraran activa, sino pasivamente, y sinceramente lo preferí. La charla previa con Jascha fue de lo más reveladora, eso sí, y me sentí un poco menos solo cuando me confesó que era la primera vez que se atrevía a venir porque no creía que por ser bi tuviera derecho a acceder a estos espacios ni a ser bien recibido. Creo que interpretó mi silencio y mandíbulas apretadas como el que yo me encontrara en una situación similar, porque cuando estábamos a punto de entrar me preguntó si prefería entrar cogidos de la mano para aplacar los nervios y asentí, tan agradecido como atónito. La sala estaba atiborrada de gente cortada por el mismo patrón que los profesores de mi máster. El *show* no empezaría hasta dentro de media hora y el volumen era lo suficientemente alto como para empujarte a bailar y lo suficientemente bajo como para no desgañitarte al tener que decir algo. No entender algunas de las frases, palabras o referencias culturales que escuchaba a mi alrededor acentuaba mi sensación de estar asomándome a otro mundo, pero curiosamente sin que eso me alienara de entrada. Si un código me falta siempre lo puedo aprender. El problema es cuando se supone que lo tengo y nunca basta con él.

Empezaba a pasar calor pero no quería quedarme en camiseta, la bomber me hacía sentir más seguro bajo su forma de globo. Jascha me dio un toquecito en el hombro y me señaló con un gesto a un chico rubio que me estaba mirando y que me guiñó el ojo al darse cuenta de la jugada. Estoy más cerca de los 30 que de los 20, pero esa situación nunca la había vivido sino desde la barrera. Las pocas veces que alguien había manifestado algún interés en mí fueron o bien fruto de la típica amistad que va tomando matices ambiguos (y que rara vez se exponen o resuelven), o bien un depredador con un ojo clínico para los traumas que sabía exactamente cómo explotarlos. Pero por más que le diera vueltas no conseguía situar a esta persona y todo parecía indicar que sí, que algo le había hecho interesarse en mí (peor aún, ¡en mi físico!). Como en las series de adolescentes norteamericanas, algún guionista en la sombra me hizo beberme de un tirón lo que me quedaba del vaso en cuanto vi que se acercaba a mí. «Hola, guapo», dijo en inglés. «¿No bailas?». Guiño de nuevo y sonrisa ladeada. Sí, estaba en una serie norteamericana. O quizá en *Skins*. Llevaba un *crop top* que rezaba «FAGGOT QUEEN» (que me hizo desear que me coronaran para poder llevarlo) y era un guapo de videoclip. De videoclip de Eurodance, para ser más exactos. No conseguía entender qué hacía conmigo y por qué me hablaba. Le respondí que sí sin más y Jascha me echó un cable diciendo que era él el que no bailaba y que yo sólo le estaba acompañando. Anunciaron el último hit antes de que empezara el espectáculo *drag* (de «*Queens, Kings, and everything in between*», según el *flyer*) y sonó un himno indiscutible: «Shut Up (and Sleep with Me)» de Sin With Sebastian.

Me abandoné a la música, a mi tímida pluma y a los contoneos dignos de personaje de John Waters de aquel desconocido que cada vez se pegaba más a mí, primero jocosos y luego rozando lo

invasivo. Me metí de lleno en mi papel de protagonista *nerd* que se desmelenaba en la fiesta del equipo de fútbol americano y decidí seguirle el rollo con alguna que otra caidita de ojos (la mayoría no del todo voluntarias). En un momento dado me agarró del culo y me atrajo hacia sus casi dos metros de altura sin que me diera tiempo a apartarme o amortiguar el tipo de fricción que buscaba. «Oh, perdona» —le cambió el semblante por completo—. «No lo sabía», dijo entre avergonzado y burlón. La música se paró. «¿No sabías el qué?», contesté con un hilo de voz. «*Du bist kein Schwul, Schatzi*» («No eres ningún maricón, cari»). Lo dijo como con lástima pero me dio un beso en la comisura antes de darse la vuelta y despedirse con una sonrisa. Se lo conté a Jascha, que vino corriendo al rescate, y aún sin entender qué me tenía tan afectado se ofreció para acompañarme a casa con la bici si se me había cambiado el humor o no me encontraba bien. Agradecí la oferta pero decidí quedarme a verlo, y reconozco que el espectáculo en sí estuvo francamente bien. Me abroché la cazadora hasta arriba, me pasé al té frío y empecé a pensar en un nombre para ese nuevo nudo en el estómago, en caso de que decidiese quedarse lo suficiente como para acabar encariñándome de él.

El viaje en bici de vuelta a casa me sentó bien, y hacerlo solo mejor todavía. Los edificios elegantes de Planufer nos flanqueaban al río y a mí con su silencio pétreo y sólo había un par de punkis de la edad de mis padres en Admiralbrücke, un pequeño puente con miles de chapas de cerveza fundidas con sus adoquines. Dejé la bici en mitad del patio y subí a casa a la carrera, bebiéndome el aire a tragos. Oberón me esperaba sentado en el suelo del recibidor y respondió a mi acto de cogerle en brazos y mecerle suavemente frotando su cabecita contra mi barbilla. Me di cuenta de que estaba llorando sólo cuando noté que le había mojado la cabeza. Se quedó quieto entre mis brazos hasta que paré de sollozar. «No ha pasado nada», me repetía a mí mismo. «Y lo que haya pasado no es para tanto, ese chico ni siquiera te gustaba». Pero yo sí le gustaba a él, al menos hasta que estuvo lo suficientemente cerca. Abrí el portátil y repasé lo que había escrito hasta entonces. Se notaba demasiado que el inglés no era mi idioma nativo y tuve la seguridad de que descartarían el manuscrito a la tercera subordinada de tres líneas. Conté hasta diez y cerré el archivo en lugar de borrarlo. Abrí el del poemario que empecé y abandoné hace algo más de cinco años. Creo que mi psicóloga de la Seguridad Social por aquel entonces lo habría disfrutado, al menos desde una perspectiva clínica. Había algún verso decente pero soy (o, quiero pensar, era) demasiado irregular como para mantener el nivel en el resto del poema. Igual juntando todos los versos medio decentes sale otro monstruo que supere a su creador, pero no estaba de humor para comprobarlo ni me pareció la mejor de las técnicas. Reparé en otra cosa que me hizo abrir los dos archivos a la vez y compararlos. Me hice un ovillo en el suelo y me quedé ahí en blanco durante no sé cuánto tiempo.

Al despertar no recordaba haberme dormido ni acostado en el suelo, pero cuando Oberón me lamíó la nariz para que le diese comida ya había amanecido. Igual esto era justo lo que necesitaba para mejorar del insomnio. Hasta en el suelo he sido capaz de dormir después de lo de anoche. Me incorporé como un autómatas (uno con dos contracturas recién sacadas del horno) y preparé una cafetera bajo la atenta mirada de Oberón. Ese gato me ase al mundo cuando nadie más puede y a menudo me siento más conectado a él que a mí mismo. Este era uno de esos momentos. Y ese día me invitaba a acurrucarme a su lado con sus ojos entornados y ronroneo y a dejar pasar otro día de vacaciones tratando de postergar un proceso al que temía nombrar más aún que a iniciarlo. Me

comí una tostada y me tumbé un rato con él poniendo una alarma en el móvil por si me dormía. Su ronroneo de magnitud 4 en la escala de Richter me calmó sin permitir que llegara a quedarme dormido. Me incorporé y se me escapó una carcajada ante la cómica visión de su cabeza apoyada en la almohada con el resto del cuerpo estirado y media lengua fuera. Se me antojó enorme la distancia entre la cama y el escritorio y al sentarme me crujieron los músculos del cuello.

Resulta que llevo todo este tiempo hablándome a mí mismo y escribiendo en masculino cuando estoy solo (¿sola? ¿sole?) sin elegirlo ni hacerlo conscientemente. No sé si es algo habitual de lo que no se habla, si eso significa que soy un hombre o simplemente que no soy una mujer, lo cual no es lo mismo. O que no lo soy siempre. No sé si esto sacude mis cimientos o si forma parte de ellos, ni desde cuándo, si ese es el caso. Tampoco creo que importe más que la sacudida en sí. No sé qué necesito ni si lo que necesito traiciona a la mujer que quizás podría haber llegado a ser. Tampoco sé si se puede traicionar aquello que otros eligen por ti. Sólo sé que necesito ponerle verbo a este pronombre y que quizás necesite algo más que eso. Algo que pueda verse a simple vista y me haga caminar erguido, algo como un buen traje. Aún no conozco el tejido ni el color, pero el patronaje ya está dibujando sus propios bordes y barajando las posibilidades. No sé qué busco ni qué necesito ver en el espejo, sólo que mi cuerpo merece un traje de su talla, amor sin burla y caricias que no dejan a su paso el fósil de algún temor. Empezando por mí. Sé que quiero ser manto y comida caliente, bata estampada que apenas es caricia, un ronroneo de gato y un brebaje de hierbas de la tierra de mis ancestros cuya receta se haya perdido hace varias generaciones. Quiero ser luz aunque me apague rápido. Aunque sea tan leve y fugaz que sólo parezca un leve defecto en la oscuridad total. Eso sí lo sé y ya es mucho más de lo que sabía hasta ayer, pese a las profecías que me dictaban las vísceras.

Escribí unas líneas en un trozo de tela de una camiseta que tenía desde los 6 años y llevaba siempre conmigo, mudanza tras mudanza. Dejé un espacio para añadir mi nombre cuando supiese cómo rellenar ese hueco que nos arrancan al inscribirnos en el Registro Civil con apenas unos días de vida. Me acerqué a Oberón para pedirle su colaboración prestándome una pata para extender una gotita de aceite de oliva en sus almohadillas, de modo que quedara una marca de su huella al posarla en el trozo de tela. Se cobró el favor lamiéndose con fruición antes de poder limpiársela. Cosí los bordes para impedir en la medida de lo posible que se deteriorara. Decidí que iría añadiendo elementos según lo fuera considerando necesario y lo dejé sobre la mesita de noche, sellándolo con una piedra lisa del Spree. Mi primer gesto sería plantar este hechizo emparentado con los saquitos de mi madre en mi rutina diaria. El hechizo se desperezará cada mañana, como una flor se abre y cierra durante el día hasta que de repente deja de hacerlo. No sé si la última vez se quedará abierta o cerrada, pero me gusta pensar que será lo primero.

Ahora empiezo a vislumbrar a qué podría deberse parte de mi bloqueo y noto mis placas tectónicas moverse para dejar sitio a una criatura atávica. Siento que si justo ahora empiezo a escribir, consigo sostener esta sensación en mis costillas y no trato de acallar el hormigueo de mis dedos podré empezar a diseñar mi traje sólo con la ayuda de mis teclas. Un traje de negro sobre blanco que todavía está tan tierno que no puede tomar forma alguna ni habitar en la piel (menos aún en una tela).

Empezaré por ahí, entonces. Empezaré por ponerme este traje de palabras.

SARA TORRES

Nació en Gijón en 1991. MA en Critical Methodologies (Kings College London), trabaja como profesora asociada en la Universitat Autònoma de Barcelona y en la Universidad Queen Mary de Londres. Estudia metodologías críticas feministas y *queer*, y teorías sobre deseo, texto y corporalidad. Imparte clases en los campos de la teoría literaria y la literatura comparada, los estudios culturales y de género. Con *La otra genealogía* (Torremozas) ganó el Premio Nacional de Poesía Gloria Fuertes. En 2016 publicó *Conjurios y Cantos* (Kriller 71). Ese año obtuvo una beca de residencia en la Fundación Antonio Gala durante la cual escribió *Vida Mínima* (mención especial BFAG). Su último libro, *Phantasmagoria* (La Bella Varsovia), aparece vinculado a un proyecto estético en desarrollo junto a la artista Marta Velasco Velasco.



QUERIDO DRAGÓN

*Pero no la tengo, no tengo una bicicleta,
no tengo una bicicleta montañesa...*

Anna Lidia Vega Serova

Querido dragón:

la vida se quiebra, se está quebrando para adaptarse. yo fui muy pocas veces una niña en una bicicleta, vigilada por su madre. mamá me subía a fuerza al tobogán y me jaleaba desde el suelo de caucho mullido para que bajase. no sé si era para ella exasperante o divertido, aunque imagino algo intermedio: arriba, yo, taponando el acceso, creando una cola de niños molestos hasta que la voz insistente de mi madre, unida a ese miedo al resentimiento de los otros, me empujaba a bajar avanzando, muy lentamente. las manos sujetas a cada lado, agarrando los bordes con una decisión que contrarrestaba la superficie deslizante, la falta de control al estar subida a algo que apenas te sostiene. entonces yo ya sospechaba que ellos se confunden, negarse a hacer lo que para otros es tan sencillo no era cuestión de cobardía sino de diferencias en los modos de percepción, en las velocidades. ¿amarías tú a la niña que se queda encaramada en la cumbre? alguien que sale a la calle para que le toque el sol y que se demora comprando unos lápices y sonriendo a los perros.

recuerdo tu cara de disgusto la última vez que me propusiste alquilar una bicicleta para recorrer tu ciudad y yo no fui capaz de imaginarme sobre ella. pensé en ese equilibrio extraño, a contrapelo, y en el intenso dolor de mi rodilla derecha, que insistiría por días. también pensé en lanzarme, inconsciente y en contra del animal que prefiere guardarse: si no hay sed, no beber del agua sucia. pensé que me deslizaría por la superficie imposible si a cambio recibiese de ti ese gesto de reconocimiento. tal vez yo también podría encontrar el punto de equilibrio a esa velocidad donde la ansiedad no me permitiría contemplar los edificios ni las caras de la gente que pasa. luego evitamos continuar la conversación porque precisamente un desencuentro así es irreductible. ¿cuántas veces puede una por amor dañarse una rodilla? ¿cuántos ligamentos rotos o qué músculo desarrollar para sostener los que quedan? no es cuestión de obligar a un dragón a hacer la ruta a pata. creo que me entristecí y entonces, no me quedaba energía para inventarte un lenguaje, pensaba en la escritura sencilla y en el tiempo que toma un pan en enfriarse. no sabía muy bien qué estaba haciendo allí. tu rostro liso y brillante bajo el sol de la tarde, tu intranquilidad. y nos fuimos al mar.

si vivimos aquí podremos bañarnos cada mañana. propuse un camino en chanclas y albornoz y dijiste: nos los robarán tan pronto como los dejemos sobre la arena. quizás si es uno color ropa sucia, color ropa mojada y con jirones, y con agujeros. aperturas que dejen pasar el agua los rayos más duros de sol, fibras abiertas para anidar algas y cangrejos ermitaños prendidos de la pinza

más grande en alfiler de corbata. nos lo robarán tan pronto como apoyemos el uniforme de baño sobre las rocas y salgamos hacia el fondo, a no ser que ya lo traigas a la playa atestado de pulguitas marinas, de las que te alcanzan en la orilla. tus ojos en la masa de agua salada estaban tan malaquita como aquel día en las piscinas de Margate. como aquel día en las piscinas cloradas del monasterio en Castilla, donde bajaban a recoger agua los vencejos. tú dijiste golondrinas, porque tu abuelo asegura, y ante eso qué hacer con mi conocimiento infantil de enciclopedias, de guía ornitológica. tenías los ojos tan azules que podría darte siempre la razón incluso dársela a tu abuelo, pero una vez aprendí que la golondrina tiene el vientre blanco y una mancha roja en la garganta, y el vientre de aquellos pájaros que bajaban a recoger el agua en el calor seco de julio era pardo como el mío, como mi propio vientre es pardo y más pardo parece bajo tus manos tan blancas y chiquitas. me dijiste que tú nunca te habías considerado un adulto. y eso porque yo pedí: dime que nunca me echarás en cara que no has tenido hijos porque yo no quise. en todo caso: ¿los imaginarías dentro de ti? me dijiste que no lo habías pensado porque nunca te habías considerado un adulto. luego entraste coleteando y se me torció el vientre de lo lindo para darte la bienvenida. necesitaba quitar toda esa ropa y sentir el tacto de tu pecho, su peso contra el mío. últimamente, por ser duro el invierno, parece que andas como temeroso de pillar un viento gélido en la habitación y entonces nos aislamos, nos olvidamos bajo el pijama de algodón mostaza, dormimos juntas y sólo nos vemos los rostros, nos tocamos los rostros antes de ir al trabajo o a la biblioteca. deglutimos la tostada de plátano aceite y canela ¿desde hace cuánto te conozco? lloré mucho rato: no quería que acabásemos convertidas en dos caras sobre una almohada. o peor todavía, sobre dos almohadas, ya que en este país ni la almohada se comparte. así que nunca se parecerá el amor al amor de mis padres, ni siquiera en su mejor momento. ni las almohadas a la almohada barca que cruzaba su cuarto de extremo a extremo. una casa, una almohada, una cuenta bancaria. después la debacle.

¿te lo imaginas? dije ¿te lo imaginas? de ya no verlos no recuerdo tus dedos de los pies ni la curva de la cola de dragón diamante, la superficie tan suave y resbaladiza para ir fulminando entre las olas, dragón acuático. yo soy del tipo de los que no vuelan, escribiste en una encuesta a la salida del cine. *Gender: I don't fly*. lloré mucho rato, la mayor parte de la noche lloraba en sueños, y tú me rescatabas de ese ahogo despertándome suavito y tocándome las mejillas. ¿cómo se me puede romper el corazón en tan buena compañía? esa era la pregunta. y tú desde luego capaz de entenderlo todo, de soltar la frase vírica y después cuidar la fiebre. no hay quien me mueva de aquí, estoy en mi sitio. y me hacía una resistencia del lado de la pared, mi gran conquista en tu cuarto, la pared mía en tu cama, una superficie que encarar cuando un vértigo temor de perderme en el deseo hacia ese cuerpo intacto, tan poseído por sí mismo. al otro lado, siempre mi mirada parándose en la línea de la nariz, la curva hinchada del párpado, el labio.

me esforzaba por lograr un lugar a la justa distancia. a la justa velocidad donde lo que sea no llega a solidificarse, no llega a ser algo que poder señalar con el dedo, que decir su nombre. a la justa distancia, entre el conocer y el desconocimiento, entre saber que ocurría y dudar de su forma entre los otros objetos. al dolor justo, al miedo justo, a la justa velocidad para enraizar en el aire y lamer el chubasco brevemente cuando cae. si nunca la boca de ello se llena, si nunca o justamente hambrienta siempre. para volcarse sensible. para volcarse.

a la mañana siguiente saliste al trabajo y yo reuní todos los animales de madera que te había regalado y los coloqué en fila sobre tu escritorio con distintas ofrendas, semillas, flores, un poco de azúcar, un guisante, una bolita de pasta de dientes ya endurecida. quería crear una marcha fúnebre, algo desgarrador y a la vez doméstico. busqué en el armario principal la bolsa de tela donde guardaba mis medias y mis braguitas y la vacié, dejando olvidado un calcetín a voluntad en un acto de borrar que incluía la partitura final y la redacción de la esquela. di por última vez de comer a nuestras tortugas una ración extra de mini gambas y guardé una en el bolsillo muy solemnemente, para recordar aquel día en que las probamos en la tienda, porque es difícil decidir lo que comerán nuestros seres amados si no lo hemos probado antes. saqué mi paquete de toallitas húmedas de tu baño, pero también dejé olvidado mi cepillo de bambú. salí a comprar un cesto de aguacates casi maduros y unas galletas para tus compañeros de piso y lo dejé todo bien dispuesto en la cocina junto con una nota escrita en un inglés casi inteligible —una ha de elegir cómo quiere ser recordada—. recogí las bolsas de manzanilla secas, pegadas al fondo de las tazas que preparamos antes de dormir y se acumulan. fregué esas tazas una por una como si te hiciera el amor, con el mismo cuidado, y soplé un par de pestañas para que las diosas al menos en eso se apiadasen de mí y al volver del trabajo registrases la ausencia de las tazas. de su moho coralino al fondo, la acción de aquella mano amiga y ahora para siempre ausente que las había enjabonado como te enjabonaría a ti. a ti si fueras un dragón tranquilo y manso, te dejaras meter en una bañera caliente y estirases las patitas para que te cortasen las uñas y te quitasen las bolas de calcetín entre los dedos. si fueras un dragón bueno y manso y te dejases acariciar también debajo de los brazos y frotarte hasta sacar una espuma suave y esponjosa, mientras te quedas dormido.

pensé en escribirte lo dicho palabra por palabra y dejártelo en un mensaje para la posteridad dentro de un libro. me pareció buena idea, tal vez lo leyese dentro de unos años y llorase con desconsuelo un llanto largo, que inundase tu cuarto hasta que tuvieses que bucear entre las cosas tratando de abrir una puerta para escapar... y al final decidieras seguir nadando, tu majestuosa caja torácica de por medio, y en esta cosa de nadar muchos kilómetros profundo me encontrases a mí, una liebre de mar con pintas rojas y amarillas, cuatro antenas retráctiles, tan felices de vernos.

pero no escribí nada, quise ser silenciosa porque nunca soy silenciosa y la idea me pareció elegante. dejé las llaves. tampoco podía llevar aquello demasiado lejos porque no me estaba mudando, esa no era mi casa. torcí la esquina despidiéndome de las tiendas de fruta barata y de la cafetería de la secta vegana. era la última gran renuncia de mi vida. un dragón que había decidido amarme, aunque fuese a su manera. después de eso y sin llegar a los treinta años, ya estaba preparada para seguir el camino del desprendimiento, de la supervivencia sin voluntad, ruptura de la esclavitud que nos otorga el acceso a lo real en dependencia del deseo de las otras. nos recordé bailando en la cocina justo después del desayuno. la noche anterior te había dicho que nuestro amor sería la historia más hermosa o no podría darse. que no estaba dispuesta a convivencias aceptables, a puntos medios contigo. sería capaz de renunciar, renunciar a darte la mano sólo de vez en cuando, a la compañía, el cariño, envejecer juntas y todas esas cosas. pero lo más importante, por amor sería capaz de renunciar al amor. ¿cómo te quedas?

y te juro que al avanzar por la calle de las casitas de colores se me quebró la vida dentro. y me quedé muy asustada y entendí lo que significa cuando escriben «se quedó fría», «su rostro

quedó más frío que la muerte». no sé si empezó a caer un granizo feroz o era yo alucinando la vez que me diste una caja de cartón para protegerme la cabeza de la nieve, justo ahí frente a la tienda de licores, porque había olvidado de nuevo el invierno, sacar la bufanda. ya ni llorar podía, toda yo granizo y que me digan si el amor no es eso, la caja que una vez llevó mandarinas desde Marruecos a Londres hecha una cabaña portátil por tu inventiva de dragón juguetero, de dragón listo. me dio un golpe tan fuerte en el pecho que creí marearme, y dos chicas juntas que reían en bicicleta casi me atropellan al ocupar yo su ruta, caminando en esas. te juro que no las envidié ni nada, tan alto era mi dolor.

«es un poco triste que siempre que escribes sobre mí te pongas a fantasear rupturas que nunca ocurrieron. no sé qué conclusión se supone que tengo que sacar. me entristece».

estás sobre la cama en un albornoz a rayas anidado de agujeros que dejan pasar la luz, deshilado por las pinzas de cangrejos ermitaños. habrás salido hace un rato del mar porque te lamo la punta de los dedos y me saben salados. además, llevas demasiados días sin cortarte las uñas. pero cuando nada tienes la costumbre de ir a comprar el pan, la mejor hogaza de una ciudad orientada al mediterráneo, y eso es admirable. «más te valía haber dicho a esa gente que no sabes escribir ficción, y que por eso me usas». pero eres un dragón listo y comprendes que es un conjuro a la inversa, la vida con las grandes desgracias nos pilla de súbito y yo me anticipo para por si acaso. para que no ocurra. «ah ¿pero no te entretiene? está bien que me vaya algún día, que lo sufras. dime tú ¿no me has echado de menos? ¿y el reencuentro? ¿y la gozadera?». intento gesticular comedida, con misterio, de forma seductora. después paso cerca de la pecera que tiene un bosque de palmeritas de plástico, decorado con parte de nuestra colección de piedras de colores y caracolas. tomo la gamba seca del fondo de mi bolsillo y se la doy a tu tortuga favorita, directamente en la boca.

ÁLVARO DOMÍNGUEZ

Nace en Pontevedra en 1986. Sus relatos se han publicado en portales digitales como *Amateurs Hotel*, *The Barcelona Review* y *La Cueva del Erizo*. En el medio impreso forma parte de la antología *Lo que no se dice* de Dos Bigotes y es uno de los finalistas del premio Cosecha Eñe 2017 que convoca la revista *Eñe*. Ese mismo año recibe el premio Tandaia por *Veintitantos problemas*, su primera novela publicada. Actualmente se dedica a la enseñanza. Profesor de Ciencias Sociales en Educación Secundaria, su filosofía educativa sienta las bases en el activismo social.



LA PAREJA

La pareja prometida. El titular, en letras rojas, es el que acordamos con la revista. También la foto. Mi marido y yo, él a la derecha. Los dos sonreímos, yo con los labios separados. Me hice un blanqueamiento el día antes, en previsión de la sesión fotográfica. Alfonso no tuvo tiempo, de manera que su sonrisa es una curva casi imperceptible. En todo caso mejor así, porque de los dos él es quien debe dar una imagen más seria. Contenida. O, en términos políticos, moderada. La pareja de un candidato se puede permitir alguna que otra expresión. Y la pareja del presidente, que es lo que soy ahora, tan solo se puede permitir una, un solo gesto que resuma todo lo que mi posición supone para mí, en relación, naturalmente, con mi marido.

De la gama de gestos que componen el amplio pantone del lenguaje no verbal yo elegí sonreír. Mi sonrisa —esa mancha blanca perfilada de rojo que no es casual, ni improvisada, pero tampoco artificial—, esa sonrisa, digo, es la manera que tengo de prometeros lo acertado de que hayáis votado a Alfonso. Él lo consiguió con sus discursos, el proyecto que defiende y las ideas que representa; yo con mi silencio. Hay quien dice que una imagen vale más que mil palabras, y no sé si esta fotografía por sí sola nos hubiera dado la victoria electoral que consiguieron los discursos de mi marido. Sin embargo, aun suponiendo que hubiésemos perdido, la imagen de los dos juntos mirando al frente jamás habría delatado nuestra decepción.

Salimos perfectos.

La imagen que proyecto en la portada de la revista es la de una persona satisfecha consigo misma, cuyo gran mérito es haberse presentado de una pieza en el estudio fotográfico, impecable en la ropa que eligió con ayuda de sus asesores de imagen, ni un pelo fuera de su sitio, de la mano de su marido. Bueno, lo de la mano es una forma de hablar, porque lo cierto es que Alfonso llegó, como siempre llega a todas partes, un paso por delante. En la portada su hombro izquierdo me tapa un poco, lo justo para que no parezca que me da la espalda. Aunque somos un equipo, el líder es él.

Analizo cada detalle de la fotografía en un estado a medio camino entre la anticipación y el arrepentimiento, como si pudiera subsanar sus fallos en caso de encontrárselos. Hago lo mismo con los emails, que no me detengo a corregir hasta que le doy a enviar; o cuando llamo por teléfono y aprovecho los segundos antes de que respondan para pensar lo que tengo que decir. Alfonso dice que mi impaciencia es un indicador de confianza. La verdad es que hago esas cosas no tanto para reafirmarme en mis aciertos como para confirmar errores. Como la camisa cerúlea que me puse para la portada. Llamo demasiado la atención, incluso en segundo plano. Habría sido mejor un color más apagado. El azul marino de mi pijama, por ejemplo, que parte en dos mitades desiguales el espejo de la cómoda. A mi espalda el papel pintado color acero con rayas verticales grises me reafirma en mi nuevo parecer.

Es al ver mi reflejo —solo el mío, sin el de Alfonso tapándome— cuando recuerdo que soy un hombre. A veces no me doy cuenta. Parece mentira, pero se me olvida. No soy el único. En gran medida nuestra estrategia de campaña giró en torno a cómo lograr que mi género pasara inadvertido. Mi primer y único pecado de ingenuidad cuando Alfonso empezó su carrera política

fue no darme cuenta antes de que eso de referirse a mí como «pareja», en lugar de «marido», incluso mucho después de casados, era algo premeditado. Según él la palabra pareja asociada a un hombre creaba la ilusión auditiva de una mujer, teoría que su equipo refrendó desde el primer momento, y depositó en ella tanta fe —la fe de los desesperados suponía yo entonces, cuando la posibilidad de ganar unas elecciones generales me parecía un sueño infantil de Alfonso— que obligó a cada miembro del equipo a referirse a mí como «la pareja». Me consta que se dedicó mucho tiempo y dinero para persuadir a la prensa de que siguiese la misma directriz. Siempre que era posible una alternativa, ningún periodista bajo la influencia del partido se atrevió a decir mi nombre de pila manifiestamente masculino; bajo ningún concepto se referían a mí como el marido, palabra que genera la asociación de ideas de que el candidato es una mujer. Y, según los analistas que trabajaban para Alfonso, si había algo equiparable en dificultad a lograr que un candidato no heterosexual ganase unas elecciones generales, era que fuese candidata.

Una sola vez me atreví a expresar mi indignación ante aquel truco de magia tan vulgar, basado en la suposición de que la gente es imbécil. Pero Alfonso me explicó que el engaño —si es que podía llamarse así— estaba orientado a quienes nos veían con malos ojos, aquellos que no confiaban en el partido que representamos por el mero hecho de ser gais. Los votantes sin prejuicios serían tan inmunes a nuestra ambigüedad semántica como lo eran al discurso de odio que les llegaba desde la derecha. Nuestra victoria era para ellos, no para los otros. La gran victoria de quienes siempre hemos perdido a lo largo de la historia.

—Ahora nos toca a nosotros —me prometió Alfonso, puntuando cada palabra con un beso y subrayándolas con caricias. Nunca es tan tierno como cuando necesita algo—. Imagina lo que supone que alguien como yo sea el líder de un país.

La promesa de una revolución.

Por supuesto, nada de todo aquello tendría sentido si yo, la pareja, me hubiese dejado la barba pelirroja que tantos años me había costado conseguir y a la que tantos cuidados prodigaba. También me tuve que cortar el pelo, pero después de lo de la barba aquello no me costó tanto.

Me tengo que afeitar cada día. Sin excepción. La pareja del presidente no debe mostrar vello facial. Mientras fueron siempre mujeres algo así se daba por hecho. Como mucho había que aplicar con cierta regularidad un poco de cera derretida sobre el labio superior y asunto resuelto. Ahora se ha convertido en objeto de debate. Hablo en serio, uno de los primeros temas a tratar por nuestros asesores de imagen fue el de mi barba. A decir verdad, no les llevó demasiado llegar a la conclusión de que debía deshacerme de ella. Como cuando empiezas a vivir en pareja y te desprendes por amor de una costumbre molesta que, hasta ese momento, tú considerabas parte intrínseca de tu identidad.

Lo que está claro es que la pareja del presidente jamás debe presentarse en público —y para la pareja del presidente el espacio público empieza en la puerta de su dormitorio— con más vello facial del que se le exigiría a una mujer en su misma posición.

Me acerco a la cómoda para dejar encima la revista y esta se abre en mitad del artículo. «Popular gracias a su trato cordial, la pareja del presidente...», dice un párrafo del medio que leo de pasada. «La pareja del presidente». Esa soy yo. La pareja, término que sirve para referirse a un individuo solo en relación con otro —la pareja *del* presidente—, pero también a dos personas unidas en un todo —la pareja presidencial—. La suma de las partes.

Estoy a punto de dejar la revista para dirigirme al cuarto de baño cuando el sonido de un disparo hace que la suelte del susto. Detrás de mí hay un enorme ventanal, intacto, supongo,

porque no se ha escuchado ruido de cristales rotos. La impresión me mantiene rígido, con la mirada clavada en el retrato de una pareja presidencial anterior a nosotros. Al principio no me fijo mucho en ellos porque toda mi atención está puesta en el sentido del oído. Quiero escuchar todo lo que pasa, e intento dar alcance al origen del disparo: a la altura de la verja de entrada me llega algún tipo de alboroto, que parece agravarse por momentos. Voces histéricas, golpes contra los barrotes de la verja, los responsables de seguridad intentando contener la amenaza. «Intentando contener la amenaza». Ni un mes en esta casa y ya pienso como un personaje de *thriller* político.

No soy capaz de mover las piernas, pero sí de llamar a gritos al único miembro del servicio doméstico cuyo nombre conozco, un armario de hombre que nos recibió el día que nos mudamos como lo haría un mayordomo inglés, lo que me sorprendió puesto que di por hecho que se trataba de un guardaespaldas. Iba vestido exactamente igual que los demás gorilas de seguridad, con la diferencia de que no llevaba pinganillo a la vista. Pues bien, no era inglés —hablaba con un marcado acento colombiano— pero sí mayordomo. Lo supe cuando se acercó a una criada para indicarle que las lobelias del recibidor se estaban marchitando, con la misma discreción y gravedad, eso sí, que pone el escolta personal de mi marido para indicar a un subalterno que compruebe alguna posible amenaza al entrar en una habitación.

Aquí, en la residencia presidencial, el mantenimiento de las lobelias se toma casi tan en serio como la seguridad de los que vivimos en ella. Para eso está Ricky, que así se llamaba el mayordomo que no es inglés. La primera reforma que llevé a cabo cuando nos mudamos fue su nombre. Ricardo queda mejor. Cosas como la redistribución de los muebles o elegir cortinas nuevas, dadas las circunstancias, me pareció que podían esperar.

Resulta que la supuesta amenaza tenía su origen en el arma de uno de los nuestros, quien disparó al cielo para amedrentar a los manifestantes. Lo único que conseguirá el muy bruto es encolerizarlos, así que no me extrañaría que tuviesen que doblar esfuerzos para evitar que echen abajo la verja.

—Pierda cuidado, señor —me tranquiliza Ricardo, con una voz tan suave que resulta incongruente en ese cuerpo de centurión romano—. Los de seguridad se encargan.

Y por qué no te encargas tú, pienso yo, en lugar de echarme a perder en un trabajo doméstico más propio de una abuelita adorable. Después de preguntarme si necesito algo más, y de mi respuesta negativa, Ricardo vuelve a cerrar la puerta del dormitorio. Ahora que sé lo que realmente ha pasado me quedo más tranquilo, pero no del todo. El cuadro de la pareja, el de una de nuestras predecesoras, está ligeramente torcido. Juraría que antes no lo estaba, al fin y al cabo es el típico detalle que Ricardo caza al vuelo. Y corrige de inmediato. Decido encargarme yo mismo de esta pequeña contrariedad. Enderezo el marco y, para mi sorpresa, me da la sensación de que la pareja retratada se veía más recta cuando el cuadro estaba inclinado.

Fuera el alboroto continúa. Si algo hay que concederle a los manifestantes es su tenacidad. Me doy la vuelta para enfrentarme al ventanal. La fugaz imagen de un diminuto agujero en el cristal y varias grietas destacadas por la luz del sol me vienen a la cabeza antes de desaparecer detrás de las cortinas corridas. Antes de marcharse, Alfonso dijo que caería una buena, pero no se escucha sonido de lluvia, así que por el momento los manifestantes solo tendrán que aguantar la niebla de primera hora de la mañana y unas temperaturas especialmente frías para la primavera. Aquí dentro tampoco se está mucho mejor. Para ser la habitación del presidente del Gobierno no es nada cálida. Espero a que la luz de la lámpara de araña que cuelga del techo me caliente un poco la

cabeza. Bombillas de bajo consumo. Nada. Un escalofrío. Y los manifestantes ahí fuera, aferrados a sus consignas para dejar claro que ni mi marido ni yo somos bienvenidos. Según ellos esta no es nuestra casa. Técnicamente tienen razón. No lo es. La verdad es que nuestra situación está incluso más cerca de los concursantes de un *reality* que de unos inquilinos normales. Podemos quedarnos hasta que nos expulse la audiencia.

Mi primer paso al frente en dirección al ventanal aplasta la portada de la revista. Como voy descalzo, el papel cuché se me pega a la planta del pie, cuya huella sudorosa queda grabada encima de Alfonso. La verdad es que pudimos elegir algún color más alegre para su corbata. El prusia hace una combinación demasiado lúgubre con la camisa azul maya y el traje monastral. Lúgubre o directamente funeraria, lo que hace destacar más la camisa que llevo yo. Quisimos compensar lo colorido de nuestra diversidad con algo de tradicional monotonía, pero es evidente que nos pasamos. Si no fuera por la insistencia del fotógrafo para que acariciase a Alfonso a la altura del tríceps, más que una pareja pareceríamos hermanos. Gracias a ese pequeño toque personal, al menos llegamos a la categoría de primos que follan en secreto.

Tengo los pies hechos un témpano. Tan fríos como la foto de portada. Quiero ponerme unos calcetines, pero aún no conozco el sitio de cada cosa. Es la primera vez en toda mi vida adulta que no sé dónde está guardada mi ropa interior. La mía, porque la de Alfonso sí que sé dónde está. El tercer cajón a la izquierda del vestidor. Él nunca ha tenido que saber ese tipo de cosas. Siempre ha tenido a alguien que se lo diga. Ha ido encadenando parejas desde los quince años. Parejas y madres. Lo que me recuerda la visita de mi suegra.

Para el temperamento controlador de la madre de Alfonso, un mes ha sido demasiado tiempo sin saber en qué condiciones vive su único hijo. Poco importa que aquí nos lo hagan todo. El hecho de que los asuntos domésticos estén en manos de completos desconocidos no le preocupa tanto como cuando era yo el responsable de estos, pero no se quedará tranquila hasta que dedique al menos un par de horas a supervisar el palacio presidencial. No quiero dar la impresión de que molesta. De hecho, si se compara con la relación que tengo con mi propia madre —no nos hablamos desde hace años—, la que tengo con ella es de amigas de la muerte. Nunca he tenido que pararle los pies, su forma de entrometerse no es más que la que se espera de una madre afectuosa: te pregunta por tus cosas y, si no le gusta lo que oye, te lo dice en el tono de una reprimenda sin consecuencias. Y ahí se queda todo. Alguien le ofrece postre, ella lo acepta a regañadientes y punto. Mi madre no da pie a postre que valga, porque su reprimenda es lo bastante vehemente para que Alfonso se crea con derecho a defenderse. Cada nueva palabra que se dice más alta que la anterior hace que la discusión familiar mute en debate político en cuestión de minutos. El resultado: tener que elegir entre mi marido y mi madre.

No me extrañaría nada que ella estuviera entre los manifestantes. Incluso podría ser la líder de alguna de las protestas más radicales, tal es la fortaleza de sus convicciones. La verja de entrada al recinto es todo lo lejos que llegará en su visita a la nueva casa de su hijo.

Los números azul neón de la radio en mi mesilla de noche señalan las ocho en punto. Zarandeo el pie hasta que se despega de la revista y entro en el cuarto de baño. Los azulejos ultramar alternados con un tono verdoso de suelo, techo y paredes deslumbran ligeramente cuando la luz se refleja en ellos. La ambigüedad del ambiente aclimatado, que es frío al mismo tiempo que cálido, al menos más cálido que el dormitorio, me recuerda a la del gym donde conocí a Alfonso. Ese y todos los que he frecuentado a lo largo de los años. Hay algo contradictorio en el aire que se respira en esos sitios, fresco y sofocante al mismo tiempo, supongo que producto de la actividad

física al mezclarse con el aire acondicionado. No sé. Hace tiempo que me limito a hacer ejercicio en casa a primera hora. Hoy toca descanso. Aunque no debería, a juzgar por cómo las líneas de mis abdominales empiezan a difuminarse.

Un secreto de estado: Alfonso lleva faja. En el último año no ha tenido tiempo ni para una mísera flexión. Yo lo habría dejado hace mucho, pero a él le gustan los cuerpos tonificados y a mí no me vale la excusa de la agenda apretada. Mientras yo hago lo justo para no desinflarme, él ha optado por comer lo justo para no desmayarse.

Me tomo mi tiempo en la ducha. Por un momento el recuerdo de nuestros primeros polvos es suficiente para ponerme cachondo, pero el calor de los recuerdos enseguida se confunde con el del agua corriente. Estoy cansado. En honor a mi matrimonio y a nuestra historia de amor hago una arremetida; como si fuera una lámpara mágica, me froto la polla en busca de recuerdos. Los primeros besos, las primeras mamadas, la primera vez que me folló. Todo lo primero. Nada. Pruebo a imaginarme a Alfonso dejándose sodomizar, pero semejante prueba de fe supone una fuerza de voluntad que me falta a una hora tan temprana. Cierro el grifo.

Una vez afeitado salgo del cuarto de baño para entrar en el vestidor. De un lado hay varios cajones abiertos que tengo el impulso de cerrar. La fuerza de la costumbre. Sorteó un cinturón y dos pares de zapatos tirados en el suelo. Hace apenas unos meses me habría tocado a mí recogerlo todo. Al no encontrar lo que busco a la primera me impaciento un poco, pero se me pasa enseguida porque mi ansiedad se concentra en otro objetivo: noto que me raspa un poco el mentón. Busco un espejo de mano como quien se lanza a una tabla flotante en mitad de un naufragio. No veo descuido alguno. Me vuelvo a frotar. No veo nada. Recojo la revista y la coloco encima del espejo de la cómoda, justo al lado de mi reflejo para compararlo con la foto de portada, hasta que otro estruendo de la verja me espabila.

Lo suyo sería descorrer las cortinas de una vez, empezar el día dejando que entre en el dormitorio, pero no me apetece enfrentarme a lo que sea que esté pasando ahí fuera. Este lado del palacio está orientado al oeste, es decir, a la entrada principal. La verja. Los manifestantes. ¿Mi madre? Las cortinas son la última barrera frente a todo eso. El cárdigan que llevo puesto es del mismo color. Zafiro. Entre el azul y el rosa. Un gris travieso. Que las descorra Ricardo cuando entre a recoger. De momento, a mí me llega con la luz artificial.

—¿Me vas a llevar tú? —La irrupción de Eva me da un vuelco al corazón. No sé si su pregunta espera respuesta o es más bien una acusación. «¿Me vas a llevar tú?».

—Sí, espera un momento.

El «sí, espera» es para Eva, pero «un momento» es todo para mí. Hablo conmigo mismo porque no sé si debería cambiarme. Unos vaqueros tal vez sean demasiado informales para mi primer día de trabajo después de la excedencia. No puedo presentarme como si tal cosa pasados casi dos años. Puede que los estudiantes no esperen de mí nada diferente, pero mis compañeros me echarían en cara cualquier cosa por debajo de un pantalón de pinzas. Sé que más de uno especulaba con mi posible renuncia a la cátedra. Nada más lejos. Nunca he necesitado tanto trabajar.

La mandíbula de Eva está tan contraída que la tensión de los músculos de su cara se aprecia desde mi posición. Es cuestión de tiempo que envíe contra mí toda su artillería a través de esos dos tanques que tiene por ojos. Me imagino saliendo despedido en el aire con tal fuerza que ni las gruesas cortinas de terciopelo pudiesen impedir que llegase hasta la manifestación, donde alguien con buenos reflejos conseguiría dar la función de raqueta a su pancarta con el mensaje «La

izquierda *comprometida*».

Match point!

Un último vistazo en el espejo y mi yo reflejado toma la decisión por mí.

—Mejor pídele a Ricardo que te busque a alguien para llevarte.

Y uno más para impedir la estampida de Eva.

—¿Papá te ha visto así?

Así es con el pelo cortado a la taza y, en vez de falda, pantalón. El del uniforme del colegio, sí, pero pantalón. Entre que ha heredado la constitución ancha de Alfonso y de quien quiera que fuese su madre biológica no ha heredado pechos grandes, parece un chaval. El único rasgo intrínsecamente femenino que tenía era una larga melena rubia de princesa de cuento, y va y se la corta. Al menos ella lo ha hecho porque quería, no como yo con mi barba.

—Con mi pelo hago lo que quiero —responde cortante, inconsciente de la ironía que supone defender un corte de pelo con el eslogan de un champú. Y concluye con su habitual cierre—: ¿Ok?

«Ok» pronunciado fonéticamente. No *okey*. Ok. Con énfasis en la K.

—¿Y el uniforme? —cambio de tercio, aunque sé que estoy librando una batalla perdida de antemano—. ¿Os está permitido cambiarlo?

Me pregunto qué habrá hecho con la melena cortada. Era una buena mata de pelo. Tal vez la haya vendido para pagarse el pantalón del uniforme. Alfonso no se lo ha comprado, eso seguro.

—Es el uniforme del colegio —puntualiza a la defensiva.

—Tú ya me entiendes. —Me siento tentado a enzarzarme, pero en el último momento me compadezco de ella y, cambiando de tono, le digo—: Con lo guapa que tú eres, Eva.

Me la imagino con el vestido que Alfonso le ordenó que se pusiera para la sesión fotográfica. Y digo que me la imagino porque se pasó la orden de su padre por dentro del peto vaquero a lo Huckleberry Finn con el que se presentó a última hora, de manera que no hubiera tiempo para cambiarse. Todo lo que se pudo hacer por suavizar su imagen de *tomboy* fue recogerle el pelo en una trenza a lo Rapunzel. «¿Para eso quieres que tenga el pelo largo? ¿Para atármelo?». Se pasó el día de morros, conteniendo el llanto para no darle a nadie la satisfacción de verla comportarse tal y como se esperaba de una niña caprichosa, lo que dio como resultado una expresión descompuesta nada que ver con la imagen de dulzura infantil que se buscaba. Resultó imposible sacar una foto de los tres que pudiera presentarse como la efigie de la nueva familia. El reportaje enfocado en nosotros como pareja —la nueva pareja— era el plan de contingencia, que tanto Alfonso como su equipo tenían preparado desde las primeras reuniones con la publicación.

Lo de cortarse el pelo es la venganza de Eva. O tal vez una reivindicación. Es como si se nos hubiera colado una de las manifestantes que hay afuera. Ella tampoco quiere que vivamos aquí. Para no darme la oportunidad de alargar esta conversación se da la vuelta y de un portazo se queda con la última palabra. La lámpara de araña tiembla, y con ella la luz que da encima de mi cabeza.

Me siento al borde de la cama, tan alta que apenas arañeo con los dedos de los pies el telar azul aciano de la alfombra. Al tumbarme boca arriba quedan finalmente suspendidos en el aire. Si me quedo así mucho rato más, podría arrugarse la chaqueta, pero me da igual porque estoy decidido a cambiarme. Pienso en un jersey *navy* con rayas horizontales blancas, regalo de la madre de Alfonso por mi último cumpleaños, que me quedaría mucho mejor con la camisa blanca que llevo puesta. El jersey queda bien con la camisa y yo quedo bien con la suegra. *Win win*. Por

último, el calzado. Dos opciones: los Oxford en piel de becerro clásicos o unos Derby azules muy bonitos, también regalo suyo, esta vez por Navidad. Hoy es noche (de familia) política, así que los Derby. Me incorporo para ir en busca de los zapatos cuando una sacudida me recorre de pies a cabeza. Al principio lo confundo con un simple mareo por tener el estómago vacío, pero el ruido sucesivo me advierte de que no soy yo. Viene de fuera.

Es muy difícil no optar por dar la espalda a la ventana, dejar que las gruesas cortinas cubran lo que sea que está pasando y concentrarme en la infravalorada tarea de elegir los zapatos adecuados. Al fin y al cabo, son ellos los que pisan el suelo para que los pies no tengan que hacerlo. Incluso más difícil es caminar descalzo después de sentir el suave tacto de la alfombra, enfrentarme sin ayuda al frío suelo de madera en el último tramo hasta alcanzar el punto donde las cortinas dividen la ventana en dos mitades. Tiro de ellas hacia los lados y la mañana se me echa encima como una ola de mar. Cuando los ojos se acostumbran a la claridad lo primero que encuentran es el cielo despejado, de un azul casi blanco que hace que me sienta estafado. Alfonso dijo que llovería.

Bajo la vista al césped. Si el azul del cielo es apagado, el verde de la yerba está encendido, como si el hecho de cortarlo todos los días no le restase vitalidad. Me froto el mentón para notar una vez más el incipiente vello que se empeña en crecer a pesar de mis esfuerzos por impedirlo. Una figura aparece en medio del jardín. Aunque pisa el césped descalza, no parece que le moleste. Y debería, porque recién cortado pincha bastante. Se detiene cuando está lo bastante cerca para alcanzarme con los ojos. Nos encontramos a medio camino entre la ventana de mi dormitorio y el jardín que la rodea. Su estilizada figura hace que parezca alta y su postura es relajada, como una flor a punto de abrirse en primavera —¿acaso no estamos en mayo?—. Tiene el pelo largo como lo tenía Eva y negro como el de mi madre. Lleva puesta la misma camiseta de color lila con el símbolo de Venus que mi madre le quiso regalar a Eva. Un regalo no debería ser el catalizador de ninguna pelea.

La mujer me recuerda a Ricardo. A saber por qué, no se parecen en nada. Él es una apisonadora, a ella le envuelve un aire etéreo. Lo único que se me ocurre que pueden tener en común es la edad. También comparten la misma forma de mirar. Una mirada honesta. Cruel, porque la honestidad no es necesariamente amable. No hay manera de saber si ella es la líder, pero yo diría que sí. Bajo esa apariencia vulnerable hay una militante incansable. A mis oídos llega el alboroto que ha dejado atrás al ser capaz de sortear las filas de seguridad. Sus compañeras forcejean para salvar el obstáculo humano que suponen los guardias. Pudieron con unos barrotos de hierro, también podrán con esos gorilas vestidos de negro.

Es a Alfonso a quien buscáis y ya se ha ido. Llegáis tarde. No está, ¿ok? (pronunciado fonéticamente). Estoy solo. ¿Y quién soy yo? La pareja. Yo no tengo nada que ver, y mucho menos puedo hacer.

«Y nosotras, ¿qué?», grita alguien de repente. Y se convierte en lo único que escucho. Con la confusión ningún guardia se da cuenta de que una manifestante los ha burlado. No importa porque no veo que esta tenga intención de avanzar. Ha llegado hasta donde quería. Aquí estoy, eso buscabas, ¿no? Pues aquí me tienes. Y ahora ¿qué? Ahora nada, solo me mira. Si fuera mi madre lo haría con pena y decepción; pero ella me observa como una niña a un hermano que la ha traicionado poniéndose de parte de sus padres o negándose a defenderla frente a sus compañeros de clase. Pudo hacer algo por ella, su hermana, y no lo hizo. Sus ojos brillan mientras me observa, en ellos la luz del sol resplandece. Tanta claridad me hace imposible entender su pregunta. ¿Qué

quieres? ¿Qué queréis todas vosotras? Pensaba que era esto lo que todos buscábamos.

Esta habitación azul.

Otra intrusa alcanza a la mujer. Intruso. Es un chico. Un chico muy joven, aunque bastante mayor que Eva. Lleva ropa de colores chillones y va maquillado. En cada uña un arcoíris. Estridente. Al contrario que la mujer, él va con las manos ocupadas. La derecha ondea una pancarta enorme donde puedo leer una de las consignas que más se han repetido desde que Alfonso presentó su programa electoral: «Mi cuerpo no está en venta». Letras rojas sobre fondo amarillo. La izquierda empuña la revista con nuestra foto en la portada como si fuera una espada; me señala con ella mientras me grita algo que no puedo escuchar y, sin bajar la voz en ningún momento, toma impulso para lanzarla al aire. Aunque no me aparto del cristal, me da la sensación de que lo atraviesa. El cristal frente a mi nariz empieza a empañarse.

Los guardias por fin se dan cuenta de que se les han colado dos manifestantes y las retienen antes de que se acerquen más a la residencia. La verja de entrada vuelve a estar cerrada, el colorido tumulto y sus protestas al otro lado del muro. Tan solo dos se quedan dentro y lo hacen esposadas. El resto sigue lanzando consignas al aire para que lleguen al dormitorio del presidente, esperando tal vez que le quiten el sueño. No entienden que todo lo que consiguen es dar pesadillas a la pareja.

RODRIGO GARCÍA MARINA

Nació en Madrid en 1996. Estudió viola en el Conservatorio de Las Palmas de Gran Canaria. Actualmente estudia el Grado de Medicina y el Grado en Filosofía. Ha publicado *La caricia de las amapolas*, ganador del premio Saulo Torón 2015; *Aureus* (Bandaàparte Editores), ganador del I Premio Irreconciliables, y *Edad* (Ediciones Hiperión), ganador del I Premio Tino Barriuso. También ha participado en antologías de poesía y relato corto como *Piel fina, poesía joven española* (Ediciones Maremágnum) y *Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer* (Dos Bigotes).



LA MIERDA

*Dichosos los que limpio el corazón tienen, porque ellos verán a
(Mateo 5:8)*

*A todas mis amigas drogadictas y a todas las maricas
que performan la esclavitud sexual, dueñas del deseo.*

FERRAN. Hace mucho que no mantengo relaciones sexuales, precisamente porque del culo lo que se espera es mierda. Mierda en todos lados. Mierda hasta en los calzoncillos, con su propio nombre: zurrasas. Comer mierda a todas horas. Tras nuestros pies, ríos ocultos de mierda. Presumidos por aquello de lamer la zona perianal tan contaminada. Un sabor descrito en la literatura como amargo, profundamente desagradable si se piensa. De hecho, el problema es ese, conozco a muy pocos maricones que se dediquen a pensar.

Cuando era más joven me drogaba para follar en orgías. Me aficioné sobre todo gracias a un amante colombiano muy aseado con el que además casi siempre conseguía disfrutar. Dedicaba el día a mantener su culo bien limpio precisamente porque estaba dispuesto a entregarlo en cualquier momento. En este sentido —y en muchos otros— lo hacía todo bien fácil. Me refiero a que rozaba la oligofrenia.

Algunas noches no duermo. Tratar de discernir si haberme tirado a un retrasado mental es —o no es— abuso, no se disuelve con un par de benzos. Afortunadamente lo maté por error y ahora no tengo que compartir piso con ningún tarado, ni prestar dinero a drogatas y, por supuesto, tampoco debo solucionar problemas de lelos que, en definitiva, ni me van ni me vienen.

Es curioso cómo un imbécil podía ser tan consciente de su cochambre. Entregado a la empresa de mantener los orificios im-polutos. Pronto los arrebataría el picor del papiloma y la asquerosidad del herpes, señales obvias de no saber hacer las cosas bien. Solía dibujarse en la piel grabados con los que delimitaba su musculatura, las partes blandas, sus huecos... haciendo más accesible lo que ya era sencillo de por sí. Veinte años después no he vuelto a dedicarle casi tiempo al sexo, se me ocurren pocas cosas más desagradables.

Por aquel entonces malvivíamos en Madrid. No había muchos colombianos ni tampoco muchos maricones, luego todo quedaba en casa. Bueno, más que en casa quedaba en los sótanos y en los antros. Roberto, el oligofrénico, no tenía muy claro qué era el amor de su vida, si las pollas o la coca. Aunque sin duda la última le hacía mucho más feliz. Quizá le venía como el ritmo de salsa en los genes de La Guajira. El porno dispuso un sinfín de fantasías a realizar y las noches aquí podían durar incluso semanas. Imagino al sexo de la generación de mis padres de muchas maneras. Por ejemplo, una violación marital de décadas. Pero desde luego que no puedo pensarles metiéndose puños por el culo. El fisting en ese sentido me agradaba. Siempre he preferido ensuciarme las manos antes que el rabo. También prefiero hacer cualquier cosa que mis padres no hayan hecho antes. Lo cual es un absoluto despropósito.

Casi tan vacío se sentía Roberto como realmente vacío estaba. Hubiera sido más sencillo

rellenarlo con clases de salsa dominicana o cursos de cerámica. Incluso, por cursi que suene, con literatura. Precisamente por eso, porque la literatura sirve para contar historias que llenan las vidas de los demás. Pero Roberto no entendía lo que leía, aún hoy tengo dudas sobre si realmente sabía leer. Le era mucho más fácil ocuparse con todos los utensilios posibles y en más de una ocasión tuve que preguntarle, pues no sabía si aquello era un culo o una mochila de senderismo.

Disfruté muchísimo con mis manos porque son grandes y así era tal como le gustaban, jamás se hartó de repetirlo. Y justo el problema era ese disfrutar. Un límite incoercible de fuente que desborda, menudo puma. Todo fiero dispuesta, semidesnuda, contoneada. La muy zorra, le decían siempre cuando bañado en semen pedía que lo fotografiaran con cámaras desechables. Por suerte para entonces ya no podía ni mantenerme en pie, de hacerlo lo hubiera molido a patadas.

La muerte fue rápida, eficaz, nocturna. En cierto modo tal como quiso. Entre sus peticiones más excéntricas, practicar fisting con mi mano untada en coca. En un abrir y cerrar de ojos quedó seco sobre el sofá, como un pájaro, encima de los cojines turcos. Casi de culebra atropellada su última risa. Todos teníamos las pupilas dilatadas como para ver aquel cuerpo bellissimo en posición de feto. Se fue como vino —dijo un viejo—, húmedo. También teníamos un poco de miedo, pero no ocurrió mucho más. Roberto, que no tenía familia conocida, ni amigos, siquiera dinero, realmente se fue como vino. Nadie preguntó gran cosa. Era marica y extranjero. Los procedimientos del entierro pasaron con rapidez y, por fortuna, no hubo que velar el cadáver ni montar parafernalias de funeral. Así que todos pudimos olvidarle pronto para seguir así con nuestras vidas y, en mi caso, abandonar aquel absurdo. Tras esto fui a Barcelona para hacer la residencia en Medicina Interna donde sólo tendría que lidiar con viejos y enfermos muy enfermos. Cuerpos que generan muchas sensaciones, ninguna buena.

VINCENT. Solíamos ir al campo a pasear. Especialmente aquellos años en los que nos quedamos solos. El Dr. Barry se vestía siempre de verde. Llevaba, hiciera el tiempo que hiciera, sombreros de pescador y pantalones largos. Decía que así no se hería las piernas. Una agricultora gallega le enseñó cómo las ortigas no picaban si no existía la opción de sortearlas. No respire, instaba, y cruzábamos el tramo invadido corriendo. Estaba blanquísimo y el solcito siempre hacía de las suyas dibujándole huellas en cualquier sitio donde rozara. Acostumbraba a preguntarle por el nombre de las plantas. Las conocía todas, todas. He de decir que nunca me interesó la botánica, pero disfrutaba con su voz y preguntarle sobre bichos o plantas era la mejor de las formas para hacerle hablar. Todavía se aparece en mis sueños observándome a lo lejos. Le llamo y no responde. Entonces pregunto mientras señalo un cedro «qué árbol es ese». Y cuando habla, escucho la voz de mi padre. Después se echa a reír y despierto angustiado entre lágrimas pues hubo un tiempo en el que decidí vaciarme de él y tan sólo pude deshacerme de su parte más preciada. Hoy, que no alcanzo a recordar su voz, lo cambiaría todo. Pero en el centro del vacío queda algo que no es sino un silencio.

LA CARABINERA. Yo, la Carabinera. La travesti más guarra del Rabal. Portera de todos los casados. Tan a la escucha. Dispuesta a cualquier cosa. Experta en la lamida. De talidomida tan deforme. Encorsetada toda mi grasa. Yo, la Carabinera. La que no pierde el pulso ni para empuñar la navaja, ni para pintar el labio y por supuesto la que jamás calla. Ni follando. Ya tan dolida. ¡Tan abrasada de hombres! Porque son todos iguales en eso del deseo. ¡El desearse! A todos les crece en vez de una polla un puñal dorado. Con su joya pareciera que nos atraviesan: a las gordas,

las hacinadas, las viejas. Tan al olvido de lo que pudo ser obsidiana y fuego. Aquí siempre sale a deber el dar las gracias. A nosotras, tan laboriosas y ofrecidas. Hoy vengo a hablar de amor, pues de otra cosa no sé. ¡Pero no sin antes hablar de mí misma! Quedo encerrada en el campo de concentración donde nos tienen a las horrendas, las esperpénticas... las ya tan usadas. No pienso robar para droga pudiendo soñar un dildo de diamantes. Un consolador no, yo no necesito ningún consuelo. Necesito una prótesis del placer y un arma. La perfecta para no guardar en mi coño de judía reclusa ningún otro anillo de boda. Ningún metal precioso. Un dildo para amarme a mí misma sobre todos sus desplantes. Que no me pueda ser arrebatado con los dedazos de los nazis. Ay, su mirada de macho, cuánta sangre. Me pensaban por deslenguada tonta y lo que soy es una hija de la gran puta. Os señalaré con mi dildo de diamantes ante vuestras mujeres para que sepan dónde descargar los huevos. Fecundándonos a nosotras: las palomas. Con este dildo brillante. Tantas noches soñando un coño de yegua. La Carabinera, tan infecta. La muy parásita. Hoy que habla con la voz de todas, pareciera mentira. Por chancha y rechoncha, la que ha roncado la melodía de los siesos. Yo, la Carabinera. La travesti más guarra del Rabal. Hoy esa zorra que no habla sino que llora por todos sus amigos perdidos. Para que crezcan jardines bajo sus pestañas postizas y todo el mundo sepa, cuando amanezca amoratada por la paliza de algún chulo, ¡remuerta!, que yo, La Carabinera, he soñado con un dildo de diamantes para hacerme al olvido. Pero que también amé y fui amada.

EL PIRADO. ¿Quiéren pasti? Pesti para amar jeje. Bs.

ANUNCIO ENCONTRADO EN *PASIÓN* CON FOTO DE PUPPY DUT

33 años, 1,77 65 kg. Propiedad de master_alpd. Alquilo perrito para tíos cerdos que quieran follárselo, palizas, marcas, fisting, servicio doméstico, bb. Palmas pasta y haces lo que quieras con la zorra. No límites. Auténtico WC y escupidera humana. Apto para drogarlo y usarlo en grupo, currar ojal en chems y servir en fiestas. Perfecta por joderle la vida. La puta se desplaza fuera de Madrid en jaula si fuera necesario y se devuelve marcada y adiestrada. Más info. contactar por móvil.

VINCENT. Ferran me envió una captura de pantalla del anuncio y acto seguido lo llamé por teléfono. Que lo mataría, no paraba de repetir. Quería contactar, secuestrar a puppy dut y matar a master_alpd.

—Quizá es donde desea estar —dije sin convicción.

—Esto no puede quedar así. Lo sabes bien, Vincent. O actuamos o te juro que lo mato.

—Dame una semana para pensar qué podemos hacer.

Y esa es la razón por la que acabamos los cuatro escribiendo esta crónica. Aunque a Ferran en un principio no le hacía ni pizca de gracia tener que vérselas con la Carabinera. Pactamos algunas condiciones porque pensábamos que nos ayudarían a todos. Ellos consideraron importante narrar la historia del Dr. Barry. Si me negaba, no había crónica. Si no había crónica Ferran terminaba en el trullo.

Las historias no deberían vivirse para ser contadas. De hecho, la mayoría —como fuegos fatuos— se agotan en sí mismas. El lenguaje casi siempre está hecho con ese fuego. Se desea hasta

que queda una señal que el viento esparce por los confines del mundo. Y tras esto, un cadáver. Entonces cuáles son las que quedan escritas. Quizá las que tratan de hacer justicia. Precisamente cuando los actos no están a la altura de las circunstancias. Cuando todo debe darse por ardido. Cuando la ternura nada habita. O cuando las circunstancias se vuelven inasumibles y aun así no queda otra que asumir. Os lo cuento con lágrimas en los ojos como de recién soñado.

Ahora que lo pienso, qué cosas, aquella fue la única vez en la vida que escuché a Ferran llorar. Juraría que él tampoco antes lo había hecho. Eso que la escucha es una de sus pocas virtudes.

FERRAN. El pirado estaba en Uruguay. Cuando pudimos contactar con él nos dijo que vivía en Uruguay con su novia y su novio. Que lo sabía todo sobre mí. Que me vio dormido una vez. Que en el fondo yo era una buena persona. Que, de hecho, era la mejor persona que había conocido. Que él que ahora todo lo conoce, porque es en Uruguay donde todo lo conocible se desvela, me pide perdón.

Pues lo que he dicho siempre. El mote le viene al pelo.

VINCENT. Yo le enseñé los poemas de Juarroz al Dr. Barry. Y aún hoy sigo enseñándomelos a mí mismo con sorpresa. A veces miro al otro lado de la cama y le hablo. Pero en el centro del silencio hay una fiesta que es 100% de algodón.

EL PIRADO. Ah, las puertas cómo son: son puertas. Giran medio gi. Gi a med. Ias. Jeje. Ahh, las puertas. Cómo son. Qué hacés con la puerta, bolú. Mi bolú, mi novo novio. Riquiño. La piel tostada cacahuete. Se llama Matí. Matí con el pelo azabá. Ché, bolú querés fumar porrito, me gustan los jeans esos. ¿Prestás? Ah, me quedan regrandes. También mi novia nova. Una estrellita relinda. Relista. Listarré. Siempre quiere alucinar más y más y más. El otro día mientras alucinábamos en la puerta ¡oh deus! Ví al destí shamando a la que gí. Beethoven en la una dos tres cuatro cinco. La quinta sinfonía: tatataaaaán, tatataaaaán. Ajá, shamando. Y va la ima gen de Vin y abrí. Abrile, abrile ahí. Y una voz dice: cedro. De un país que no acuerdo, ay lo juro. Lo juro. La puerta de la casa de mi novia nova. Una estrella. Lo juro. Es de nogal. Y sus manos son plata. Y todo lo que toca lo convierte en río.

VINCENT. Conocí a puppy dut en la facultad. Era dos años menor. Si tuviera que destacar algún rasgo serían sus ojos, quizá porque parecieran no ser suyos. Yo creo que todo esto de la transición a esclavo sexual tiene que ver mucho con sus ojos. De su infancia cerca de Mieres hablaba poco, fue profundamente infeliz. Recuerdo que alguna vez insinuó recibir palizas en el colegio, en casa también. Era tan guapo como mariquita. Mariquita a la legua. Me cuesta emplear el término mariquita, pero lo cierto es eso, no podría ser definido de otro modo. Su pluma era la razón principal por la cual tenía pocos amigos. En aquella época tener un colega con pluma hacía levantar sospechas, así que los tíos en general preferían no acercarse. También en la facultad de letras. Puppy dut llegó a Filología habiéndolo leído absolutamente todo. Nos conocimos cuando yo estaba en tercero y él acababa de entrar en la universidad. Fue justamente en la biblioteca, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Para ser mariquita no le interesaba demasiado la farándula. Él me recomendaba novelas y yo le daba clases sobre teatro del Siglo de Oro para que aprobara los exámenes. Era brillante pero siempre estaba solo. Parecía en cualquier caso no

importarle. Acompañarse a sí mismo ya era razón suficiente para el infortunio. En una ocasión llegó a decirme que no conseguía soportarse. Al día siguiente apareció con el ojo morado. Fue jugando, confesó con una sonrisa de oreja a oreja.

Pronto le presenté a Ferran que por aquel entonces acababa de empezar la residencia y era la persona con la que solía salir a sitios de ambiente. La Carabinera no sólo era nuestra camella, era nuestra madre. Por aquel entonces, además de vender y prostituirse, actuaba. Cantaba genial. Aunque todo el mundo la conocía en el Raval por su colección de pelucas. Un amante muy cruel se las quemó todas. Entonces la Carabinera le acuchilló pero no fue a la cárcel. Desde entonces pese a haberse peleado con la mitad de las travestis de la ciudad no permite que ninguna tire de los pelos a otra. Pues es el pelo el lugar donde conviven el cariño y la magia. Y si la Carabinera se entera de que alguien le ha estropeado la peluca a otra travesti, ya puede ser esta su archienemiga, ella —con su ley del Talión— revienta a la desafortunada.

Fue quien me explicó el juego de puppy dut una noche que iba a pillar a su casa. Estuvimos toda la noche fumando maría hasta que quedé dormido en su sofá. Entonces me arropó, echó las cortinas, apagó toda luz. Escribió una nota en el salón para sus compañeras de piso: *a este chico que nadie le robe*. Y desde entonces es amiga y es madre a la vez.

FERRAN. Samia y yo terminamos la carrera, hicimos el MIR y fuimos juntos a vivir a Barcelona. Era hija de rifeños. También militaba en el partido comunista. Se metió en neurocirugía cuando las mujeres debían ser pediatras. Coincidió con Vincent en unas jornadas de materialismo filosófico y pronto se hicieron buenos amigos. Comenzó a traerlo a casa para intercambiarse libros y es así como terminé saliendo con él de ambiente. Nunca me follé ni a Samia ni a Vincent porque los respetaba. Con los años Samia tuvo problemas dentro de la militancia y fue haciéndose comunista libertaria. No toleraba la autoridad. Tenía el don de crear un tejido propio allá donde estuviera, lo cual le generaba problemas, primero en casa, luego en el partido y en el hospital. A diferencia de todos los demás ni consumía drogas ni comía pollas. Fue la única que se alegró cuando, años más tarde, el Dr. Barry y Vincent decidieron marcharse a vivir a Madrid. Mi felicidad se dirige hacia donde se dirige la de mis amigos, decía. Cuando el Dr. Barry falleció ella se encontraba incomunicada en Irak en medio de la guerra. Samia, que además de cirujana sin saberlo era poeta, a los dos meses llamó por teléfono a Vincent para decirle que ahora su felicidad no tenía dirección porque la tristeza, al ser un líquido espeso, había inundado todos los continentes y no quedaban reservas para la ternura. Desde entonces llama a la Tierra «el Agua», y al agua llama «querido ratón de biblioteca».

VINCENT. El padre de puppy dut murió mientras vivíamos en Barcelona. Afortunadamente no tuvo que cuidarlo. Recordad que todos los mariquitas tienen un padre como quien tiene una cicatriz en la frente. Por eso es importante dejar al pelo crecer.

LA CARABINERA. Si pudiera elegir entre todas las cosas que la imaginación me impone pensar y no vivir... ¡ay!, elegiría que me la metieran por el culo y que saliera por la boca. No sé muy bien lo que queda entre medias del trasero y la lengua, en todos sitios lo llaman tubo. Que recorriera esa cañería hasta hacer llegar la mierda a la garganta. Menuda peste, también te digo. Pero que así de recorrida quedara. Entonces la historia de las maricas, las bollerías y las trans no estaría dibujada en línea. Sería un círculo de lo que se ingiere y lo que se engendra. Y seguiríamos

dando asco desde el principio hasta el final. Sólo que sin ningún principio y sin ningún fin. Y, sobre todo, eso, sería una historia de círculos. ¡Que muera la historia y que viva el techno! Y que todo apeste a mierda. A mi mierda que es más dulce que amarga... Bueno, esto tan sólo es una fantasía, no se lo cuentes a nadie.

VINCENT. Íbamos al campo con frecuencia. Él era un biólogo de bota y bata. Caminábamos los Pirineos y después cuando nos fuimos juntos a vivir a Madrid: la Pedriza, la Cabrera y Somosierra. Llamaba por teléfono y me decía: por qué no coges una muda y nos subimos a Cantabria. Así pasábamos el fin de semana en los Picos de Europa caminando y reconociendo plantas. En varias ocasiones encontramos huesos. La primera asustado le pregunté si podía ser el húmero de una persona. El Dr. Barry, experto en sonreírse para sus adentros, negó con la cabeza.

—Son de cabra.

Pero no siempre el Dr. Barry sonreía para sus adentros, una de las veces en su examen quedó catatónico durante casi quince minutos.

—Debemos llamar a la Guardia Civil, este esqueleto debió pertenecerle a una niña.

Durante mucho tiempo los huesos de la desaparecida fueron fruto de toda clase de confabulaciones. Nos preguntábamos por las causas de la muerte. Sopesamos algunas hipótesis. Como no apareció en las noticias acordamos aceptar el mismo final como final mismo casi de todas las cosas. Había sido violada y asesinada por su tío.

Fue justo entonces cuando la fantasía de la violación empezó a asaltarme y, con ella, el profundo asco. Cada agujero destrozado a fuerza de ser ofrecido, el cuerpo amoratado, también la sangre. No paraba de soñar despierto con el Dr. Barry torturándome hasta la muerte. Pese a no ser el Dr. Barry ese tipo de chicos se prometió cumplir mi deseo, al menos parcialmente. En una madrugada de vientos llegué a pensar que me hubiera gustado ser la niña. Acabé llorando sobre el pecho del Dr. Barry, quien me sostuvo en sus brazos sin preguntar absolutamente nada hasta el amanecer.

No por el hallazgo dejamos de ir al campo. Pues era en el campo donde el Dr. Barry era feliz y su felicidad era un principio incausado de la mía. Qué cosas, esto del principio incausado es de Lucrecio. El Dr. Barry utilizaba a Lucrecio para explicarme el principio de indeterminación de Heisenberg y yo entendía repentinamente cosas de física, porque además de inteligente era buen profesor. Los paisajes no los recuerdo con exactitud a no ser que lo imagine en ellos. Temo tanto al olvido como al recuerdo. Olvidar mientras la hierba crece. Olvidar el paisaje y recordar los huesos de la niña sería incurrir en el error. El peor de todos los imaginados. Vaya, una pesadilla recurrente que vive en mí.

FERRAN. En general los maricones me dan entre asco y vergüenza ajena. Asco porque, en definitiva, meterla por el culo es una cerdada. Vergüenza ajena cada vez que acuden a consulta con sus trastornos límite de la personalidad, histriónicos hasta decir basta, habiendo pillado lo habido y por haber en una chemsex. O lo que es aún más desagradable: lloriqueando.

El peor momento es cuando tengo que sacar el paquete de pañuelos. Patético. Sonarse en consulta, con los lamparones en la nariz, delante de un completo desconocido tras haberse chutado mefredona como para matar a un caballo. No quiero sonar insensible, pero todo este circo del remordimiento resulta lamentable. O lo que es peor, muy poco funcional.

VINCENT. Entonces abrió las ventanas, estiró las sábanas, preparó zumo de pomelo, también café. Y, pese a intentarlo semanas más tarde, el Dr. Barry nunca llegó a recrear la violación. Precisamente porque era extremadamente torpe en el sexo... como en otras tantas cosas. Y aun así le quise. O precisamente por eso le quise. Todavía aún no sé.

LA CARABINERA. A mí violarme no me han violado. Si un cliente se sobrepasa lo atizo hasta que uno de los dos no responda. Pero a las maricas jóvenes que se meten a puto acá en el Raval les digo que, si quieren la vida y aparece un tarado por sus caminos, le obedezcan en todo. Y que después corran. Tan rápido como un puto puede correr, que no es poco.

Cuando ocurre llaman a mi puerta. Yo preparo té, lío porrito y saco mantas limpias del guardarropa. Porque una marica violada es marica para siempre. Y en su cuerpo quedan las señas del asco que nunca acaba de limpiarse, por más que se froten en la ducha para lavarse de la peste de sus violadores. Esto sí que lo he presenciado, frotarse hasta hacer herida y después llorar con el pestillo echado. Y que las lágrimas sigan oliendo a cliente.

FERRAN. Yo nunca he violado a nadie. Creo.

VINCENT. (Recordando) Recogemos el hinojo y justo cuando miramos al cielo vemos cielo. Cielo azul azulísimo. El Dr. Barry se sonríe para sus adentros. Pareciera que de tragarse la risa le fueran a crecer ramitos de hinojo en los cachetes de la cara y en los cachetes del culo y en todos los cachetes que se puedan tener.

—Ay, pero qué miras, grita.

—En realidad te huelo y te miro a la vez.

(Risas)

—¿Y a qué huelo si me miras?

—A sol.

—¡Menudo ñoño estás hecho!

(Risas y silencio mientras los cuerpos quedan tostados)

—Y ese árbol de allá ¿cuál es?

—Un cedro del Líbano.

—Creo que a partir de ahora será mi árbol preferido.

—No es el árbol en sí, en tanto en cuanto el árbol es materia viva entre materia. Eres tú mirando al árbol a través de la estancia. La que compartes conmigo. Es justo nombrar al árbol mientras me miras y decidir que es el cedro del Líbano tu preferido entre todos los posibles árboles y todos los cedros del Líbano posibles que podrías preferir.

(Vincent acaricia la mejilla tostada del Dr. Barry y el calor de la mejilla se transfiere entrópicamente a las yemas de sus dedos, pero de eso Vincent no sabe)

—¿Ves? No es lo mismo toda la vida que la vida toda. Justo esto, es la vida toda. Cuando las cosas vivas se relacionan entre sí para significarse. Entonces se inundan y se colman. Algo que, pase lo que pase, jamás deberás vaciar.

EL PIRADO.

¡What a performans! Barry y Vincent cucos.

El nido de la cama.

Las sabanitas blancas, blancas, blancas.

Al tango de la oruga. Procesión de pelitos.

No se aman desde el sexo sino desde la imperfección del sexo].

Y clá, ahora que pienso, otra forma de amar no se me ocurre].

FERRAN. Por aquel entonces el Dr. Barry sabía que había matado a un hombre, por eso me lo pidió a mí. Le aterraba la toxoplasmosis cerebral: enloquecer. La morfina para dormirle la consiguió la Carabinera, experta en estas cosas. Yo decidí la hiperpotasemia. Era una muerte segura, rápida, no dejaba ninguna clase de prueba. Tomé la solución del hospital. El cretino de Barry me pidió que cuidara de Vincent. Por supuesto me cagué en sus muertos todo lo que quise y más. Por aquella época aprendía a cuidar de mí mismo, pero no pretendía encargarme de nadie. Por otro lado, Vincent, que había sido cuidado por el Dr. Barry como nunca antes nadie había hecho, tan sólo reclamaría destrucción. Hoy entiendo al cerdo de Barry, lo entiendo mejor que nunca. Precisamente por eso esto también me lo pidió a mí.

VINCENT. Justo cuando hicimos morir al Dr. Barry el cielo olvidó ser cielo. Y no lloró sobre la tierra que debía ser llorada. Tampoco la Carabinera —tan sentida—, ni el pirado, ni por supuesto Ferran. Por lo que respecta al Dr. Barry quedó dormido sobre su cama desde donde tantas veces habíamos imaginado las orillas del Mar Negro que nunca creímos oscuras, sino al contrario las habíamos pensado del color de las turquesas. Tras esto, se le detuvo el corazón.

FERRAN. Tan solo mantengo contacto con Vincent. Del pirado no sé más de lo que sabía años atrás, que es un pirado. La Carabinera se apareció por sorpresa —menuda puta—, intentó robarme a punta de navaja. Reventé a esa drogata. Parece mentira, con todo lo que ha esnifado y todavía tan obesa. Habla con Vincent por teléfono, eso lo sé. Y que se ha follado a media Barcelona también lo sé. Cualquier día amanece muerta de sobredosis en la bañera. Nada que no merezca.

LA CARABINERA. ¡Ay! Si supierais. Pese a que la hiperpotasemia era una muerte segura para evitar toda clase de problemas decidimos olvidar el cadáver hasta que oliera y los vecinos dieran cuenta de ello. Pero al tercer día, como nadie resucitó, el bueno de Vincent tiró la puerta abajo y avisó a la policía. El capullo de Ferran casi lo asesina, pero por suerte como el Dr. Barry no tenía amigos ni enemigos, no hubo sospechas. Después le dimos sepultura y nadie llevó flores pues al Dr. Barry no le hubiera gustado verlas arrancadas sobre ningún sitio. Y Vincent... ¡el pobre!, tardó casi tres meses en volver a hablar y cuando lo hizo qué fue lo que dijo: que se quitaría la vida ¡la que ya no podría construir!

EL PIRADO.

A Madrí fuimos

A matar al hombre

Porque lo había escrito Fucó en no sé qué sitio

Y allí lo matamos.

Para no dejarlo morir de Fucó

Y a mí esto me pareció divertido
Aunque haya venido a contar una historia retriste.

VINCENT. Samia llamó por teléfono a Ferran dos meses después para hablar sobre deontología médica. Le dijo que, aunque aparentemente dedicaban sus fuerzas a la salvación, era en la condena donde habitaban sus actos.

Samia: Porque los verdaderos médicos, cuando no podemos curar, mantenemos. Cuando no podemos mantener, paliamos. Cuando no podemos paliar, acompañamos. Cuando no podemos acompañar, dignificamos. Y cuando se hace digno lo indigno la muerte no es sino germen de la vida toda.

Después, cuenta Ferran, que Samia lloró y confesó que había matado a hombres por compasión en el hospital de Bagdad. Y Ferran quiso abrazarla, pero sus brazos no alcanzaron. Tras esto se cortó la llamada y a las palabras le sucedieron el silencio de las bombas.

FERRAN. Consumo porno. Las políticas del porno no me interesan. Consumo porno porque no huele. La gente que se preocupa por la industria del porno debería comenzar a preocuparse por la industria del cuerpo. La industria del cuerpo también hace uso de las imágenes a través de apps para poder ser consumida. La industria del cuerpo estaba antes que la industria del ciberporno. Claro que ya hubo porno durante el Renacimiento y el Barroco, todos aquellos cristos torturados y aquellos angelitos en pelotas... menuda vía libre para maricones, sádicos y pedófilos. Eso sí, las películas snuff nos preocupan. O sea, las películas de la condición humana. Las que nos representan tal y como somos: como bestias. Pero pagamos lo que haga falta para pasear por el Prado a ver neonatos contorsionistas. Habrá que joderse.

La gran diferencia entre la industria del porno y la industria del cuerpo no son sus políticas que, de hecho, suelen coincidir. Sino el olor. No hay agujero en el cuerpo, grande o diminuto, que no huela. La piel: huele. El culo: huele. El coño: huele. La boca: huele. La polla: huele. El porno nos ahorra el olor. El olor que sólo se oculta, si se tiene sentido del gusto, durante el sexo esporádico. Lavando y perfumando cada poro. Pero la narrativa, escribir una historia conjunta, no es sino escribir una historia sobre la pestilencia. Y yo no quiero compartir una historia de mi olor corporal con la de otros olores corporales. Porque el olor es la decadencia de lo vivo: por eso huelen los enfermos, la naftalina, los ancianos y los muertos. Y por eso cuando Vincent tiró la puerta abajo y encontró el cadáver del Dr. Barry se vomitó encima. Menuda sinfonía de olores. Aunque peor que el olor a muerto es el olor a popper. Ya con ver un vídeo porno donde esnifan popper me entran náuseas. Y no, el popper no huele a disolvente. El popper huele a popper. Y si huele a disolvente entonces te han timado.

EL PIRADO. Maximilian era agua: incoloro, inodoro e insípido. Y estaba clá que formado por tres átomos: uno de oxígeno (Vincent) y dos de hidrógeno (Ferran). Al que amaba awww como se ama la musiquita techno. Con la misma devoción.

LA CARABINERA. ¡Claro que Vincent no os lo contará! Porque para hablar del amor y del dolor hay que ser valiente. Sobre todo para hablar del amor. ¡Ay, no! Sobre todo para hablar del dolor infligido por el amor. El Dr. Barry murió de SIDA cuando ya casi nadie en Europa moría de SIDA. Que por qué. Pues porque era listo para unas cosas y para otras rematadamente gilipollas.

Estando en su laboratorio se contagió accidentalmente. Así fue como decidió no tratarse por el principio de lo que él llamaba la *vida toda*.

En cierto modo ambos irreconciliables. Uno mirando tan hacia los vivos y el otro tan de los muertos. Samia me lo explicó una vez de este modo:

A Vincent le intrigaba la posición biologicista del Dr. Barry pues para el primero los virus no eran organismos autónomos pero el Dr. Barry estaba convencido de que eran la señal de una imposibilidad dicotómica entre la vida y la muerte, suprimiendo así cualquier lógica binaria. El Dr. Barry se moría por principios epistemológicos.

¡Algo así decía! Yo de estas cosas sé bien poco. Sobre lo que sí sé, es sobre amor.

Y porque sé de amor lo cuento:

Tantas veces añoró por amor el contagio que el Dr. Barry —también por amor— hubo de abandonarlo. ¡Maricas del mundo! Perdonen a mi Vincent, perdónenle os lo pido. Pues no existió en aquellos años hombre más cruel. Y no podía haber sido escrito de otro modo. Pero si nos amáramos todas así como ellos se amaron ¡maricas del mundo! el mundo sería otro. Y si así, de otro modo hubiera sido escrito, entonces hoy el hinojo los escucharía hablar de amor. Y nada de lo que leen ahora mismo se habría de leer ni acá, ni a orillas del Mar Negro.

FERRAN. Yo maté al Dr. Barry como quien mata una mosca. Esa misma fragilidad.

VINCENT. (Recordando) —¿Te lo tengo que repetir? Que me folles sin condón. Soy tu novio hijo de la gran puta. ¡Fóllame sin condón! Pégame el VIH. ¿Me oyes? Si te mueres tú, yo me piro contigo. Adónde crees que vas, fóllame sin condón o te reviento. Cerdo. Puto egoísta. Me vas a abandonar aquí, en esta mierda de ciudad por unas ideas de mierda que no te crees ni tú. A dónde vas, ¡hijo de puta! Si te vas me tiro por la azotea. ¿Me oyes? Me tiro y será tu culpa. Méteme la polla ya. Si no va a ser peor. Me voy a morir de pena. ¿Oyes bien? ¡De pena! No te vayas. Que no, joder. ¡No! Mi amor... ¡amor, amor! ¡No te vayas! ¡Vuelve por favor, vuelve!

(El portazo que se escucha es de una puerta de nogal. Sería un sonido distinto si fuera de fresno o de ciprés. Del sonido variaría obligatoriamente el timbre. Podría de hecho tener el mismo tono, la misma intensidad, la misma duración. Pero jamás el mismo timbre. Para el aprovechamiento de su madera el árbol debe crecer recto. Un árbol que, como los cedros del Líbano, proviene de Oriente Próximo. Es una puerta que combina el gris de la albura y el marrón del duramen. Recia y cara. Como los muebles, cuesta fabricarla y cuesta moverla. Es la puerta de nogal que el Dr. Barry nunca en vida vuelve a abrir)

LA CARABINERA. Por supuesto que lo sigo manteniendo. Me da igual quién se escandalice. Mi culo es el coño de una judía reclusa. ¿Acaso la calle no es un campo? ¿Acaso en el lecho el olor de cada cliente no se concentra? ¿Acaso en cada orgasmo no pedido termina por pervivir una pequeña muerte? Si debo guardar algo valioso, por ejemplo, el caballo cuando la policía aparece, lo hago en mi culo-coño. A veces usando un dildo que me regaló puppy dut lo recuerdo con tanto cariño que comienzo a sentirle parte de la parte y susurro a la pared: *pedazo de puta, estamos juntas en esto*. Luego eyaculo con el rímel dibujando líneas por todo el rostro y, más que placer, siento el consuelo de quien despierta al lado de un amigo.

FERRAN. Mi madera favorita es la de caoba aunque la tarima que acabo de comprar para la casa es de castaño. Quería tener una tarima donde poner de rodillas a los pocos chavales con los que quedo. En mis encuentros sexuales tan sólo realizo gagging, es decir, les follo la garganta. Los chavales deben cumplir tres requisitos: ser delgados, limpios y dejarse golpear. Siempre les pido que traigan el cepillo de dientes y les obligo a lavarse la boca antes y después de tener sexo, lo cual suele resultarles extraño.

VINCENT. El Dr. Barry decidió que para teorizar *la vida toda* lo haría en forma de carta. Enviaba cartas a una dirección en Asturias que no he podido recuperar. También me escribía cartas de amor que lanzábamos juntos al mar sin haberlas abierto. Por eso supongo que es mejor así. *La vida toda* fue la responsable de quedarme solo en el mundo. Ojalá que arda Asturias con todas sus casas abandonadas y todas sus gentes.

EL PIRADO.

Pué qué eh *la vida toda*
oh deus, *la vida toda* nou toda la vida
eh la cúrcuma sobre la boquita del charro
ay pué qué eh *vida toda*
la comunión de las cosas con las cosas
exprechió de ecpreszione
tanto lo juro lo juro tanto

la vida toda es cuando más que ver camino
se ve red
la red infinita de lo vivo y lo muerto
y chí, tiamo
ay clá que se ama
se ama al polvo y a la polilla
como a cualquier cosa lo juro ¡lo juro!
lo juro.

LA CARABINERA. Si algún amigo necesitara refugio, lo ducharía. Tras esto, lo escondería dentro de mi coño como si fuera un tesoro y, antes que entregarlo a los perros, permitiría que a bocados deformaran mi rostro. Como se deforma la vida en la calle. El mismo dolor, sólo que un poco más repentino.

VINCENT. (Recordando) —Quizá *la vida toda* es el ansia de infinito, Vincent.

Los dos, ocultos tras el brezo, se desnudan y se masturban. Después quedan tumbados sobre la hierba hasta que olvidan su ansiar. Vuelven sobre sus pasos con las nalgas rojas por las hormigas mordientes que todo el mundo cree del mismo color, aunque no sea del todo cierto.

LA CARABINERA. Que Ferran es un mal tipo, de eso no hay duda. Pero no, claro que no es

un sociópata. Lo que voy a contar no puede salir de aquí porque lo veo capaz de aparecerse en mi apartamento para estrangularme. Cuando puppy dut empezó a experimentar con su identidad hizo cosas de las que Maximilian nunca se hubiera sentido orgulloso. Pero todavía en ese momento Ferran seguía enamorado de la mantícora Maximilian-puppy dut. Perdió a Maximilian una noche que muy borracho nos confesó haber ido a un hotel a cambio de cincuenta euros para ser cagado encima. Maximilian comenzó a reírse desconsoladamente, pues así es la droga, a veces saca la emoción equivocada para la identidad equivocada. Pero cuando se percató de la mueca de horror con la que Ferran le observaba, porque aparte de capullo es un obseso de la limpieza, Maximilian lloró por última vez y ya nunca le volvimos a ver. A partir de entonces no podría no ser otra cosa que puppy dut. Y Ferran —que era y que sigue siendo un monstruo— jamás podría haber amado un reflejo distorsionado de sí mismo. Mucho menos uno que tonteaba con la inmundicia.

EL PIRADO.

ah pué yo lo vi ah
pué el amo tan malvado
¡oh deus, la sangre del niño!
miserere sangrilocuando
llamose a todas las voces del mundo
y quié son ellas pué
toda la voces del mundo vosean
bocean bocinegras sus valvas ay babosas
ah pué como poeta tomé la llamada
de toda la voces del mundo
las que suplican amor
si era porque era
si no era porque no era
la voz del mundo ay pué
llegué a madrí ya en madrugada
y ashá entré en la habitación donde
adivinen qué pasaba

Ferran el fierro yacía en la silla
Maximilian el tierno yacía en la cama

y los dos ¡hacían lo mismo!
¡lo mismo hacían! y los dos
ay los dos en sueños lloraban

entonces hice yo lo que haría cualquiera
por dos almas que necesitan ser encontradas
De los sos oios tan fuerte mientras lorando
tomé las dos manos de tomillo, alma mía

y juntose la una a la otra, a la atalaya de qué pasaba

pué lo dó hicieron lo mismo pué
ya no lloraban ¡lo juro lo juro lo juro!
Foi por vontade de Deus
y como la pena —ay la pena— apagada en el sueño
corrí lejos de allá pues soy mago
y los magos que contemplamos las cosas amadas
no podem contemplar lo que ha nació
pa ser amado
ay pero que mais nunca
va a serlo
estranha forma de vida
la que nunca se encuentra.

FERRAN. La última vez que le vi fue en el hospital. Un amo le había pegado una paliza hasta dejarlo inconsciente. No esperé a que despertara por miedo a no poder reconocerlo. Estaba de guardia, si no, no lo hubiera sabido. Toda la vida estudiando y de repente las cosas elementales, esas, preferiría ignorarlas.

LA CARABINERA. Cuando le ocurre algo a puppy dut, no llaman a sus padres, ni a Ferran, ni a Vincent. Tampoco a mí. Llamen al pirado. Yo creo que puppy dut lo ha decidido de ese modo porque es el único que nunca va a juzgarle.

No estoy celosa, pero yo tampoco lo haría. Bueno, un poco quizá, sí. Celosa, digo.

FERRAN. Me contó que para llegar a la casa donde nació hay que tomar un tren que recorre la cuenca minera, pasar la estación de La Pola, bajarse en medio de la nada y echar a andar campo a través.

LA CARABINERA. A mí no me va a matar ningún chulo, ningún cáncer, tampoco la droga. Voy a morir de contradicción. Así que si tal me matará la gordura. Eso si decido morirme. Aún no lo tengo claro.

VINCENT. Anoche soñé que recorríamos Constanza juntos. No íbamos de la mano porque al Dr. Barry siempre le han sudado. Le sudaban de timidez, no creáis. Pues cuando tocaba algún árbol o algún perro jamás dejaba rastro de aquella humedad fría tan suya. Barry era así, muy suyo. Y en el sueño seguía igual de suyo. Miraba distinto, eso sí. Más que un hurón parecía un gato egipcio. Caminamos por la costa largo rato hasta las afueras de la ciudad en absoluto silencio. Entonces, sin previo aviso, Barry señaló una especie de bicho que no conseguía en un principio reconocer. Achinaba los ojos de miope irremediable y apretaba los dientes.

—¿Qué es? Dime.

—Esto es imposible... ¡Una foca monje! Se creían extintas en el Mar Negro desde 1990.

Y no sabéis para mi asombro quién hablaba. ¡Maximilian! ¡La voz de Maximilian! Y, bueno, no paraba de mirarle alucinado mientras sonreía con cara pillo. Como si faltara una pieza para entenderlo todo sobre los sueños y todo sobre los hombres. Tras esto, la vigilia se ralentizó. Sentí la parálisis del sueño. No me podía levantar, detenido frente al híbrido Barry-Maximilian que recogía piedras de la arena. Pero no era angustioso, lo prometo. De hecho, amanecí empapado en sudor, en lágrimas y en semen. Tuve que cambiar las sábanas porque siempre duermo desnudo. Desnudo y solo.

FERRAN. Joder, claro que me refiero a él. Pero no pienso llamarle por ese nombre. Porque tiene uno ¿entendéis? Tiene nombre propio. Y si lo hubiera sabido lo hubiera molido a hostias todos los fines de semana para que no se fuera. Pero estas historias no aparecen en los libros y cuando por fin entiendes cómo actuar terminas llegando tarde.

EL PIRADO. Volví a Barcelona y en casa de Ferran vivíase un nene lindísimo con otras mariquitas pintadas. Que ese hombre es un monstruo y un santo, que se ha marchado. Aw, nene lindo puedo darte un bs? Se lo di y cantó flamenco. Después todo lo contó.

LA CARABINERA. Pues yo soy muy devota. Devota de los trajes de luces y de los bujarras pintaos. Muy devota y muy puta. Esto no es una contradicción. Y siendo tan puta, fijate que tampoco soy regulacionista. Ni me prohíbo ni me sindicalizo porque no valgo pa ninguna de las dos. A veces me miro al espejo y digo «ay, maricón si hubiera nacido más tarde». Pero no, cuando nací las travestis y las trans y las fluidas y las maricas pobres y la madre que las parió a todas iban para puta, para el cementerio o para las dos cosas. Ahora que van para estrella o para funcionarias o para teóricas de la filosofía del punto ge... pues qué suerte. ¡Y qué envidia! Mira que les rezo todas las noches. Que le dé para un poquito de caballo a la Brilllos, que a Carmen no la vuelvan a violar, que encuentre algún cliente Josito y cene caliente esta noche... Pero justo las oraciones son los deseos que no suceden. Y la Brilllos termina llamando con el mono. Josito sin casa otra vez. Y Carmen amoratada que da gusto... De verdad que los clientes no se enteran, pero con esas palizas no hay quien compita en el mercado de la carne.

Ya veis que yo hablo y hablo, no puedo parar. A veces mis amigas me dicen: ¡Carabinera, la de la lengua pesetera! Porque siempre hablo y pido. Novios, un cambio para el mundo, coquita gratis, por mis compañeras de esquina, algo rico para comer... En fin, también les cuento cosas. Mis confesiones... ¡ay! se divierten tanto: «Dilo, Carabinera, díselo a Gabino que te invita a otra birra si cuentas lo de cuando le arrancaste la polla a bocaos a ese cabronazo». Y yo por una cerveza cuento hasta la comunión del primo Ramón. Cuando me pongo nostálgica, les digo a mis amigas que si no hubiera ido para yonki me hubiera gustado ser arqueóloga. Daría clases con los tacones y la peluca. Después me fumo la heroína —que las agujas son muy malas— y me quedo dormidita como una princesa. Así me llama el Mariano mientras follamos «princesa». Y al terminar también me suele entrar sueñecito. Sueño de princesa. Aunque mira si ronco, o eso comentan. La gente, también te digo, es muy bicha y a veces habla por hacer daño. A todo esto, no recuerdo cuándo fue la última vez que desperté soñando. Creo que con catorce, un sueño erótico con el primo Ramón porque hay que ver cómo se puso durante la adolescencia. Después mi padre me apalizó, entenderéis que probarse el traje de boda de la difunta madre no estaba del todo bien. Me vine a Barcelona y desde entonces soy yonki y puta... bueno, sobre todo yonki porque de puta

todavía es posible soñar. Pero desde lo de la heroína dormir no es otra cosa que vaciar la mente. Así no hay palizas, ni clientes, ni deudas, ni ninguna clase de desamor. Aunque, ya ves cómo es la nostalgia, a veces me apetecería dormir y soñar. Y despertar con la polla del primo Ramón entre las nalgas. Por pedir que no quede.

VINCENT. Se me olvidó decir que en el sueño el Mar Negro es tal como lo habíamos pensado.

SAMIA. (Llamando) Ferran, ¡Ferran! ¿Me escuchas? Estoy en Siria, estoy con un comando de mujeres kurdas. ¡Me he enamorado! Ahora debo ser breve (tiros), es importante lo que tengo que decirte. Se corta [] ¿Recuerdas []? ¿Que no me oyes? Mierda [] Mira, si muero, todo lo que tengo te pertenece. Sé que eres un buen hombre. Eres mi []. ¡Mi amigo, oyes! (Tiros) ¡ahhhh! Matando fanáticos religiosos. No puedo ser más feliz, Ferran. Escúchame. He recibido una llamada de []. Reúnete con Vincent, tenéis que marchar inmediatamente []. A Asturias. Es importante, escucha, tenéis que ir [] Joder, joder, ¡joder! (Tiros). Va sobre ellos. ¡Sobre e[]! Es importante. [] tren para [] la nada. Pregunta por «les viudes». Es sobre lo que ninguno sabe. ¡Joder! Te amo. ¡Te amo! [] Si tuvieras un coño ser [] via. Es sobre ellos, entiéndeme. Es import [] T (Tiros) mo. [] amo.

FERRAN. Hoy en Pornhub, no sé ni cómo, he terminado viendo un vídeo de la Carabinera comiéndose tres pollas. Qué asco, chaval.

EL PIRADO.

La má del lindo
vive sola y sola vive
cuida hortensias y palabras cuida
enredadora la hiedra que todo lo cuí
y el lindo lindea haciendo de las suyas
un perrito con la boca de albaricoque
hace guau guau el guagua pero es relisto
yo lo sé porque los magos lo sabemos todo
y te lo cuento a ti porque no juzgarías
a nadie poseído de vita tó

LA CARABINERA. Pues no, no es cierto eso que dicen de nosotras. Por nosotras me refiero a las putas, eh, que hay que explicarlo todo. Antes que una polla prefiero comerme un buen cocido. Y si pudiera elegir sería maragato porque sigue un orden riguroso. No como el madrileño, que empieza por la sopa y termina por la carne. Así no hay quien se alimente en condiciones.

VINCENT. Durante años fui cliente asiduo de saunas y bares de sexo. Tenía relaciones sin protección para pillar el VIH y dejarme morir. El virus en realidad resultó ser lo de menos, lo primordial era eso, dejarse morir. Las cosas de la vida, no conseguí ninguna de las dos. Pero ya ha pasado el tiempo y hoy hablar de amor se ha convertido en respetar lo que no llegamos a entender. Y de lo que no se puede hablar, es mejor callarse.

Aprovecho para contaros que este verano he comprado dos billetes para ir a Bucarest, pero viaje igual que duermo: solo. Si hoy decidiera la muerte, vestiría con piedras mis bolsillos, tal como hizo Alfonsina Storni. Ella escribió mis versos favoritos. Recuerdo eso, pero los versos no. No recuerdo los versos.

LA CARABINERA. ¡Ay, queridas! Ahora que ya llevamos un tiempo la una con la otra he de deciros, que mentí. Que he amado, eso todo hombre con el que estuve lo sabe. Pero no he sido para nadie ¡absolutamente nadie! digna de amor. Qué cosas... pues todo lo he dispuesto. En mis esfuerzos de carne que se agota. Con cada cariño dado y cada remilgo hecho trizas. En el frenesí colgado bajo la lámpara de araña. La ballenata de la fiesta. Reina del after. Porque es en el cuerpo que se consume donde se encuentra el alivio del fuego. Hoy, al bonzo, quemaría cada escama que al cuerpo habita para parecer brillante como una estrella. Para que mis gritos se fundieran con la melodía de los coches y el jaleo de los niños moros, que tanto corretean. Pero, sobre todo, para ser memoria viva de mundo. Disolver este mazacote en las historias de la ciudad... ¡La Carabinera hecha lenguaje! Hoy me quemaría.

Y no sólo eso. Como habéis podido comprobar soy de todo menos santa. ¡Ay! A veces caigo en la cuenta de cómo el deseo nos muerde las pantorrillas. Si todo deseo pudiera ser cumplido, qué seríamos. Yo, por ejemplo, podría tomar a Ferran, a Vincent y a puppy dut. Los mataría. Sí, los mataría y los despedazaría para cocerlos, pieza a pieza. He hecho cuentas y creo que tardaría menos de dos meses en engullirlos. Además, la carne cocida poco engorda. Si pudiera hacerlo, los comería con todo el amor y todo el odio que les profeso sólo para saber cómo es la carne de quien amó y fue amado. Lo ocuparían todo. Mis intestinos, mi sangre... también en cada lorza. Y después ardería, porque un cuerpo que se consume a sí mismo no es un cuerpo sino fuego. El Raval olería semanas a grasa achicharrada como si fuera La Laguna cuando ocurrió aquello del accidente en Los Rodeos. Y la Carabinera llenaría las portadas de todos los periódicos del mundo. Seguro que algún chaval subiría el vídeo de quien arde hasta morir al YouTube. Saltaría una pestañita postiza de esas, cuando los vídeos atentan contra la sensibilidad. Y todos la cerrarían para verme arder. Justo así hacen las estrellas del cielo para purificarse, aunque nadie guste de grabarlas.

EL PIRADO. (Escuchando al nene lindo) *Soy de Tudela, llevo poco en Madrid. Me fui de casa para estudiar interpretación. Mis padres son del Opus Dei. No me reconocen como hijo. He tenido problemas económicos... Por Grindr a veces busco dinero extra, por favor, no lo tengas muy en cuenta. Conocí a Ferran por ahí. Era un poco desagradable, pero estaba muy bueno. Le conté lo del dinero, dijo que él no pagaba por obtener lo que quería. La puerta es de succupira, ¿te has dado cuenta? Por lo densa y pesada justo al abrirla. También por lo oscura. Me producía miedo. Si gritaba nadie escucharía. Pensé al verla que tendría dinero. Cuando tienes problemas para pagar las facturas te preocupa la pasta que tienen los tíos con los que follas. Me obligó a traerme el cepillo de dientes y yo pensé que quizá podría quedarme a dormir en su casa. Después vi que no. Las cosas no empezaron bien. No paraba de darme órdenes. Se puso violento. Estaba asustado. Las rodillas me molestaban. No quería seguir con aquello, pero él insistía. Me llamó zorra. Lloré. Justo entonces alguien llamó al teléfono. Ferran cambió totalmente. No entendía nada. Más que preocupado parecía en éxtasis. Como si fuera un santo. Era un monstruo digno de contemplar. Una vez colgó el teléfono se puso como*

loco, yendo y viniendo por la casa. Yo seguía llorando, pero no me había siquiera mirado a la cara. Hizo un equipaje pequeño. Esos son los peores, ¿sabes? No queda muy claro si es para dos días o para toda la vida. Precisamente porque la vida queda en otra parte y ya nada de lo que abandonas lo vuelves a necesitar. De repente, me miró a los ojos por primera vez. Le cambió el gesto. Susurró un nombre... No recuerdo. Ah, sí, dijo Maximilian. Él también lloraba, lo único que tímidamente. Como se llora cuando olvidas la sensación misma de llorar y no sabes muy bien qué está ocurriendo. Entonces, se agachó y me besó las mejillas. Dijo que lo sentía muchísimo. Que podía disponer de la casa hasta que volviera mientras encontraba algo mejor. Que la cuidara. Que me cuidara de los callejones sin salida de la capital. Y se marchó. No sin antes coger el cepillo de dientes que estuvo a punto de olvidar.

En serio, tu amigo es un monstruo y un santo.

(Los pasos que se escuchan son de unas suelas de cuero sobre una tarima de castaño. Sería un sonido distinto si fuera de fresno o de ciprés. También si las suelas fueran de caucho o si caminara descalzo. Del sonido variaría obligatoriamente el timbre. Podría de hecho tener el mismo tono, la misma intensidad, la misma duración. Pero jamás el mismo timbre. Gustan de los suelos silíceos y algunos, como los de Pontevedra, alcanzan miles de años y aun así no han revelado secretos a ninguna mujer ni a ningún hombre. Un árbol que se extiende desde el Mar Caspio hasta el cabo de Finisterre, atravesando las orillas del Mar Negro. Es una tarima que combina el blanco amarillento de la albura y el duramen siempre muy diferenciado. Una albura que se tornará oro viejo con el paso de los años. Blanda y de gran estabilidad dimensional. Como los muebles, cuesta fabricarla y cuesta moverla. Es la tarima de castaño que no sabemos si Ferran volverá a pisar alguna vez en la vida)

FERRAN. Aunque no me creáis nunca disfruté decidiendo sobre la vida y la muerte. Tan solo volvería a matar una última vez, lo juro. Mataría al dueño de puppy dut para después tomarlo por las manos y devolverle su nombre, Maximilian.

EL PIRADO. ¿Quiéren tripi? tripi para imaginar jeje. Bs.

VINCENT. Y escribo esto por dos motivos:

Para honrar la memoria del Dr. Barry que murió sin justicia. Y para puppy dut, por si aún sigue amando los libros tanto como lo hizo en un pasado y existe la posibilidad de que lea esto. Para animarle a acuchillar a su pareja hasta la muerte, y acabar en la cárcel. Donde podrá ser la mejor puta de todas las putas que pueden habitar la faz de la tierra. Pero sobre todo la más libre de todas cuantas las haya tras las rejas del mundo.

PABLO HERRÁN DE VIU

Nació en Mallorca en 1986. Con veintiún años, recién licenciado en Comunicación Audiovisual, se trasladó a Nueva York para estudiar Realización de Cine. Allí ejerció como guionista, director y editor, y fundó el Screen Loud Film Festival, centrado en la temática de la inmigración. En 2017 publicó su primera novela *Manuel Bergman* (Dos Bigotes). Un año más tarde fue seleccionado por el Ministerio de Asuntos Exteriores como uno de los diez mejores autores españoles de entre treinta y cuarenta años. Sus relatos han aparecido tanto en publicaciones nacionales como internacionales, y ha traducido al español una autobiografía del fotógrafo americano Weegee. Actualmente reside entre Barcelona y Madrid, y escribe para medios como *Vice* o *Shangay*.



ASUNTO VACÍO

No tengo claro ni por dónde empezar este email... Bueno, de hecho sí, iré directo al grano: Hoy es la fecha límite de entrega y no tengo ningún relato escrito. Lo siento.

Sabéis de sobra lo agradecido que estoy a vuestra editorial y, por eso mismo, lo último que querría es que os imaginéis que no voy a participar en la antología por falta de interés. Admiro a cada uno de los autores que forman parte del proyecto. He de decir que, desde que compartisteis vuestra idea conmigo, no me la he quitado de la cabeza. Me moría de ganas por volver a publicar con vosotros.

Quiero que entendáis las causas involuntarias que me han arrastrado a esta situación.

Meses después de que aparecieran en los medios de comunicación todas esas buenas críticas sobre mi novela, recibí una llamada de una empresa internacional de publicidad ofreciéndome un buen puesto de trabajo. Dijeron que buscaban mi perfil, un joven creativo, talentoso y con ganas de comerse el mundo.

—Sí. Ese soy yo.

Ni siquiera tuve que enseñarles el currículum antes de firmar el contrato.

Me había pasado doce años detrás de la barra de un bar por decisión personal. Rehuía las responsabilidades absorbentes que me pudiesen distraer de mi principal objetivo. No obstante, estaba a punto de cumplir treinta y tres años y seguía sin poder permitirme invitar a mi chico a cenar. Aquel trabajo respetable, y muy bien remunerado, se me presentó como una clara señal de evolución.

Así como siempre había estado fabulando sobre personajes e historias, cuando recibí vuestro email ya llevaba tres meses y medio en los que en mi cabeza no cabía nada más que titulares y eslóganes para anuncios.

Vuestra propuesta me recordó mi verdadera vocación.

Me constaba que mi jefe estaba satisfecho conmigo. No dudaba de que me querría hacer fijo. No obstante, me dije a mí mismo que si no conseguía escribir nada en el tiempo que me quedaba por delante hasta concluir el primer contrato de seis meses, sería razón suficiente para no aceptar su propuesta. De este modo, todavía dispondría de un mes entero para escribir vuestro relato antes de la fecha límite de entrega. Ya luego me buscaría un trabajo en cualquier bar que me permitiese centrarme de nuevo en lo importante.

Pasaron tres meses más sin que escribiera ni una sola palabra. Ni una. Llegaba tarde a casa y con la cabeza frita.

—¿Perdona? —exclamó la mujer de Recursos Humanos, muy sorprendida.

En esta valorada empresa no están acostumbrados a que sus empleados dimitan. Tuve que explicarle los motivos. Ella se mostró comprensiva y me hizo una contraoferta.

—¿Qué te parece si te reducimos la jornada semanal y, además, te permitimos trabajar desde casa? Todo esto sin que afecte a tu sueldo, claro...

—¿Estáis locos?

—Lo estaríamos si dejáramos escapar una mente tan creativa como la tuya. Piénsatelo...

No tuve nada que pensar. Acepté en el mismo momento.

Trabajar desde casa es complicado cuando vives en pareja, pero en cuanto me quedaba solo conseguía concentrarme. Cumplía responsablemente con mi horario laboral y, tan pronto terminaba, sustituía el ordenador portátil del trabajo por el mío personal. Todavía no tenía ninguna idea concreta en mente, pero no había tiempo que perder. Llenaba las páginas con lo primero que se me venía a la cabeza.

De pronto recordé que, tiempo atrás, mi mejor amigo me había contado que llevaba prácticamente un año sin follar con su marido. A pesar de que cada día se sentía más enamorado de él, nunca le apetecía. En un viaje que hizo a solas, le ocurrió algo peculiar. Estaba pasando la noche en una habitación compartida con media docena de huéspedes de un hostel barato. De madrugada, se desveló porque notaba que algo se movía entre sus sábanas. Descubrió una mano abierta que avanzaba lentamente sobre las yemas de sus dedos hacia él. El que ocupaba la otra cama de su litera le atrapó la polla y le hizo una paja. Mi amigo me confesó que, a pesar o por consecuencia de no haberle visto la cara, se corrió como nunca antes.

Me parecía la semilla de una gran historia psico-homo-erótica: *La mano tarántula*.

Mis dedos se movían solos sobre el teclado. Era reconfortante volver a lo de antes. Me di cuenta de lo mucho que echaba de menos escribir. Todo fluía. Me sentía seguro de mí mismo. Por las noches, cuando mi chico volvía a casa del trabajo, me encontraba totalmente absorto en la pantalla del ordenador. Me iba a dormir mucho después que él.

Me llevó una semana y media completar el primer borrador del relato. La tarde que puse el punto final, invité a mi novio al cine y a cenar. Nos emborrachamos con cava. Yo estaba de un humor excelente. Terminé haciendo *twerking* en un bar latino. Después de varias semanas sin apenas coincidir despiertos en la cama, por fin echamos un polvo de categoría en cuanto llegamos a casa. A la mañana siguiente me desperté muy tarde, pero me sentía renovado y con la mente despejada. El estado perfecto para leer, releer y corregir.

Pues bien... mi sorpresa no pudo ser mayor. La historia, igual que el hombre que le hace la paja al protagonista, no tenía ni pies ni cabeza.

Empecé a impacientarme conforme iba acumulando en la memoria de mi ordenador diferentes versiones de *La mano tarántula*, todas igual de insatisfactorias. Los días pasaban a un ritmo vertiginoso y yo no conseguía escribir nada que me gustara. Mi jefe me llamó quejándose por los retrasos en mis entregas y por mis descuidos, cada vez más frecuentes. Le prometí que no volvería a pasar. Justo después recibí vuestro email recordándonos a todos los participantes de la antología que la fecha límite estaba a la vuelta de la esquina. «Tic-tac, tic-tac», añadisteis. Os contesté asegurando que tenía mi relato casi listo, solo me quedaba revisar los signos de puntuación.

La mañana que me desperté cubierto de ronchas rojas en la piel, lo atribuí a mis nervios. El tiempo se me estaba echando encima y yo no avanzaba en ninguna de mis tareas. Cada día me sentía más y más desquiciado. Era, claramente, consecuencia del estrés.

Desayuné en silencio para no despertar a mi novio y, a continuación, volví a mi escritorio, por el que empezaba a sentir una cierta aversión. Al rato, él se fue al cuarto de baño sin hacer ruido. A esas alturas, ya se había percatado de que me ponía frenético cada vez que me distraía mientras estaba escribiendo. No obstante, en esta ocasión soltó un berrido bajo el grifo de la ducha que me hizo botar sobre el asiento. Cuando salió del baño goteando, vi que su cuerpo también estaba cubierto por el mismo eccema.

—Vamos ahora mismo a Urgencias —me dijo, vistiéndose con rapidez.

—Imposible. No tengo ni un minuto que perder.

Se fue él solo.

Hacía días que había decidido sustituir la estupidez de la mano tarántula por cualquier otra experiencia que hubiese vivido en mi propia piel. Años atrás había estado muy enamorado de un chico irresistible que, de vez en cuando, le gustaba travestirse y participar en concursos de *drag queens*. Lo atractivo que tenía como hombre, lo mantenía de fea como mujer. Siempre había sido un misterio para mí el hecho de que únicamente quisiera meterme mano cuando iba maquillado como una puerta y llevaba esa horrorosa peluca naranja. Estaba convencido de que resolvería la incógnita trasladando la historia al papel.

—Me han hecho un análisis de sangre —me dijo, un par de horas después, cuando volvió del hospital—. El médico cree que podría ser sífilis.

—¿¡Sífilis!?

—No sabremos los resultados hasta dentro de una semana.

El asunto no parecía preocuparle demasiado. Se quitó la camiseta y se acostó en el sofá para echarse una siesta. Yo observaba sus múltiples ronchas, que me deslumbraban desde el escritorio en el que me mantenía paralizado. ¿El muy cabrón me habría puesto los cuernos? O lo que era peor... ¿me habrían contagiado la enfermedad la vez que se los puse yo? En cualquier caso, ya no me podía concentrar en el travesti. La historia estaba derivando en una sucesión de escenas sin gracia que no me conducían a ningún lado. Me tumbé junto a él y me puse a llorar sin que se despertara. Nuestros cuerpos, uno pegado al otro, parecían una manta blanca con topes rojos extendida sobre el sofá.

En cuanto se fue al trabajo, localicé por Google la clínica más cercana a mi casa donde realizaban pruebas rápidas de enfermedades de transmisión sexual. Salía caro, pero los resultados solo tardaban quince minutos. No sería capaz de escribir ni una palabra hasta resolver el maldito asunto. Me apunté la dirección. Estaba a un par de kilómetros de distancia. Llamé a un taxi para llegar lo antes posible.

—El tiempo de espera es de, aproximadamente, dos horas —me informó la recepcionista.

—Estás de broma, ¿no?

—No.

—¿Y se puede saber por qué anunciáis que tardáis quince minutos?

—Los resultados tardan, efectivamente, quince minutos. Pero estamos en agosto y solo hay una consulta abierta. Tienes nueve pacientes por delante de ti, cariño.

—Está bien... —acepté, malhumorado—. ¿Me prestas papel y boli, por favor?

En la sala de espera tenía un hombre en el asiento de al lado que no dejaba de rezar, haciendo rebotar su pierna compulsivamente contra el suelo. Todos los allí presentes necesitábamos salir de dudas lo antes posible y aquella espera interminable era nuestro purgatorio. Estábamos llenos de tics nerviosos. Yo no apartaba los ojos del folio que la recepcionista me había dado. No era capaz de ver nada más allá del logo de la clínica en el margen superior del papel. Me limitaba a pensar en que mi pareja me dejaría tan pronto descubriese que le había contagiado. Ni siquiera recordaba con quién le había sido infiel. ¿Lo había llegado a ser, realmente? No sé, esa noche iba muy borracho...

Una vez en la consulta, le expliqué al médico la prueba que venía a hacerme. Me preguntó si había notado algún síntoma y yo me levanté la camiseta para enseñarle las marcas. La expresión

que apareció en su cara fue de lo más reveladora.

—Sí, desde luego. Tiene toda la pinta... —murmuró justo antes de pincharme en la yema del dedo índice.

Volví a la sala de espera, esta vez tan solo por quince minutos. La mano con la que sujetaba el bolígrafo estaba manchada de sangre y me temblaba como a un enfermo. Rellené el folio de mensajes de perdón y arrepentimiento conforme las agujas del reloj de pared avanzaban monótonamente. Cuando escuché la voz grave del doctor llamándome por mi nombre y apellido, me flaquearon las piernas.

—Ha salido negativo, pero claro... hay muchísimas otras enfermedades sexuales que podrían estar causándote esta misma reacción cutánea.

—Vale, pero hoy ya no tengo más tiempo. Adiós.

Salí corriendo.

Creía que, ahora que la amenaza de sífilis estaba descartada, todo resultaría más fácil. Mientras esperaba que mi creatividad se pusiera en marcha de una vez por todas, una vieja amiga mía se presentó en casa sin avisar. Traía cervezas.

—¿Te estás dejando crecer la barba?

—Estoy muy ocupado con una entrega. No tengo tiempo ni para afeitarme —dije, esperando que captara el mensaje.

—Pues no te sienta nada bien —opinó, acomodándose en el sofá—. Pareces un vagabundo.

Abrió un par de latas. Enseguida le llamó la atención lo rápido que bebía. Quiso saber si me pasaba algo.

—He de entregar un relato en una semana y no tengo ideas —le confesé con un nudo en la garganta.

Sonrió con serenidad, acariciándome la pierna para relajarme.

—Es normal. Por fin estás adaptándote a la vida adulta. Tienes responsabilidades que antes no tenías... Llevas poco tiempo viviendo en pareja y es la primera vez que trabajas en una profesión de verdad. Cuando la rutina cambia tanto de golpe, toma su tiempo ir reubicándose. Acabarás encontrando tu lugar.

Al día siguiente, mi amiga me llamó por teléfono. Estaba muy alterada. Me dijo que le había salido un sarpullido horrible a lo largo de las piernas.

—¡Qué maravilla! —celebré.

—¡Vete a la mierda!

Eufórico, le comuniqué la buena noticia a mi pareja. Teníamos una plaga de pulgas o chinches en casa, ¡pero ninguna enfermedad sexual corría por nuestras venas! Él saltó del sofá de un brinco y empezó a rascarse por todas partes, histérico. Dijo que teníamos que fumigar de inmediato. Para eso tendríamos que pasar al menos un par de días fuera de casa. Me negué en rotundo. Le dije que esperaríamos hasta que entregase mi relato. Discutimos por primera vez desde que vivimos juntos. Él no estaba dispuesto a dormir ni una sola noche en una casa invadida de parásitos. Llenó una mochila con ropa y me dijo que se mudaría con sus padres hasta que yo entrara en razón.

—Te estás volviendo loco de remate, por cierto —dijo antes de salir cerrando con un portazo.

Pensé que, de hecho, me iría muy bien quedarme a solas. En cuatro días os tenía que mandar un relato que iría directo a la imprenta. Aunque siempre he sido un escritor lento, me convencí de que si apagaba el teléfono móvil, me encerraba en casa y no dejaba de escribir ni un instante,

llegaría a tiempo.

Encontré en mi libreta la sinopsis de una vieja idea que nunca llegué a desarrollar. Trata sobre un adolescente que forma parte de un club de escritura creativa. Su profesora, impresionada con uno de sus relatos más íntimos y personales, consigue que se lo publiquen en la prensa nacional. Los padres del chico pierden el juicio al descubrir, al mismo tiempo que el resto de su numerosa familia conservadora, y que el país entero, que es marica y está teniendo una aventura pasional con su profesor de repaso.

Aunque tuviese claro el arco dramático, las palabras se me atascaban. Tenía los hombros en tensión y el cuello contracturado. A media tarde fui al badulaque con el pijama que no me había quitado en todo el día. Compré varias cervezas y una botella de vino. Una hora más tarde, estaba tan borracho que la única frase que había escrito parecía patinar alegremente sobre la pantalla de mi ordenador. Me mojé la cara y la nuca con agua fría, pero no sirvió de nada porque salí del cuarto de baño haciendo eses y todavía con ganas de vomitar. Me desplomé sobre la cama. A través de la ventana, el anochecer empezaba a borrar el paisaje.

De pronto, recordé que mi novio guardaba desde hacía tiempo unos restos de cocaína en el cajón de su mesita de noche. Una raya me quitaría este pelotazo.

Volví al escritorio con taquicardia y las pupilas dilatadas. Me sorprendió lo bien que me había sentado el tiro. Completé un párrafo. Otro. Llené una página. Me metí otra raya, el doble de grande que la anterior. Mi temperatura corporal iba elevándose progresivamente. Las gotas de sudor resbalaban por toda mi cara hasta caer sobre el teclado. Me sentía como un atleta en plena carrera. Nada me distraía. Ya iba por la tercera página. Las palabras se iban amontonando como ladrillos que crean una torre, quizá inestable, pero definitivamente cada vez más alta. Estaba entusiasmado con la velocidad a la que avanzaba. Cuando me hallaba cerca de llegar al final, me di cuenta de que la habitación entera estaba iluminada por la primera luz del día. Eran las seis de la mañana. Volqué la bolsita pero ya no quedaba ni un grano de cocaína.

Me tumbé en la cama e hice ejercicios respiratorios para relajarme, sin embargo apenas fui capaz de cerrar los ojos. Conforme daba vueltas y más vueltas con un antifaz puesto, trataba de recordar lo que había escrito con tanto entusiasmo hasta tan solo un rato antes. No lo conseguí. Todo se había esfumado con la misma rapidez con la que había sido creado. Sentía pinchazos por todo el cuerpo. Aquellos malditos parásitos me estaban devorando vivo.

Llamé a mi mejor amigo, que estaba de vacaciones en la costa. Le expliqué que, después de muchísimos años enfocado en la escritura, ahora no era capaz ni de completar una sola página que tuviera sentido.

—Tonterías... —dijo con un tono afable. Me lo imaginé al lado de su marido bebiendo mojitos con las caras embadurnadas de crema solar—. Cuando te conocí eras escritor de cuentos. Los escribías como churros. Y eran bastante buenos, la verdad... Como último recurso, siempre tienes la opción de presentar uno de esos.

—Los escribí hace, por lo menos, diez años. Los he revisado todos y son pura mierda infantil. No tienen nada que ver con quien soy ahora. Estoy desesperado. Es como si, después de pasarme tanto tiempo lejos de mi escritorio, de repente me lo encontrase completamente en ruinas. No sé ni por dónde empezar. ¡Y ya solo me quedan dos días!

Nos mantuvimos un rato en silencio. Oía un vaivén continuo, como si se estuviera balanceando en una hamaca.

—¡Ya lo tengo! —exclamó mi amigo, inspirado. A continuación, bajó drásticamente el tono de

voz—: ¿Te acuerdas de lo que me pasó en aquel hostel de Estambul?

—¿Tu aventura con la mano?

—Es una buena historia. ¡Te la regalo! Pero cámbiame el nombre, ¿eh?

Cuando me oyó maldecir al otro lado de la línea, me recomendó visitar urgentemente a una especialista en Reiki que conoce. Además de equilibrarte transmitiéndote con sus manos la energía universal, es vidente. Se pasa tres cuartos de hora con las palmas extendidas a escasos centímetros de la cabeza y del cuerpo del paciente, y luego le comenta con todo lujo de detalles las visiones que ha tenido sobre su futuro. Mi amigo aseguró que nunca falla.

La llamé y me encontró un hueco para el día siguiente.

Tumbado sobre su camilla, le hice un resumen rápido y desordenado de mi conflictiva situación. Cuando terminé de hablar, ella me dijo que cerrara los ojos mientras ponía algo de música para que me calmara. De los altavoces surgió una reproducción de agua cayendo por una cascada. Conforme la mujer me transfería *el poder de la energía universal*, noté que mi cabeza viajaba muy lejos de mi cuerpo. Seguía escuchando la voz irritante de mis pensamientos, pero cada vez quedaba a más distancia, apenas un susurro. Resultó un alivio olvidarme del tiempo y de sus expectativas. En el preciso instante en el que separó sus manos de mi cuerpo, volví a mí de golpe. Me incorporé sobre la camilla, de nuevo impaciente.

—Bueno, ya hemos acabado. ¿Cómo te sientes?

A pesar de que me miraba con una enorme sonrisa, noté que algo le preocupaba.

—¿Qué has visto?

—He intentado poner un poco de orden en tu cabeza. Las cosas allí dentro andan bastante dispersas últimamente... Ya me contarás si te he ayudado.

—¿¡Eso es todo lo que has visto!?

—Tienes que tomarte las cosas con más calma. Te sentarían muy bien unas vacaciones. Ante todo, procura no dejarte llevar por el estado en el que estás. Ni se te ocurra tomar ninguna decisión importante estos días, o de lo contrario te arrepentirás el resto de tu vida.

Aquella sesión pseudoterapéutica me pareció un auténtico fraude. Sin embargo, una vez en casa pensé que no perdía nada intentando seguir el consejo de una profesional. Conecté mi ordenador a los altavoces y reproduje a todo volumen sonidos de pájaros piando sobre el fragor de una cascada. Me tumbé en el sofá. Quería volver a experimentar la sensación de que mi cabeza escapaba de sus fronteras. De hecho, me parecía que lo estaba consiguiendo poco a poco. Era evidente que mi cuerpo estaba experimentando un fenómeno inusual... Un continuo cosquilleo me recorría la espalda, los brazos y las piernas. Me notaba todo el vello erizado. Estaba convencido de que, de un momento a otro, empezaría a levitar. No obstante, en el momento en el que abrí los ojos para comprobarlo, me descubrí con nuevas ronchas por todas partes.

—¡Estáis aquí, malditos! —grité, sobresaltado.

Rasgué la tela del asiento y la del respaldo del sofá, convencido de que encontraría a los bichillos allí escondidos. Hice lo mismo con todos los cojines, con el colchón, con las almohadas... Lancé la alfombra por la ventana. Tiré las plantas a la basura. Me quité la ropa porque me ardía la piel. Me rasqué hasta hacerme sangre...

De pronto, una vocecilla a mi espalda me detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

Mi novio estaba en el umbral con una expresión de pánico que me dejó helado. En medio de

nuestro piso, que acababa de dejar destrozado y patas arriba, mi cara demacrada relucía en todo su esplendor. Sentí vergüenza de mí mismo y miedo de que, después de esto, saliera despavorido y nunca más quisiera volver a mi lado. No obstante, dejó caer su mochila al suelo y vino a abrazarme.

—Vuelve a ser el que eras antes, te lo suplico...

Esta mañana mi jefe me ha llamado hecho una auténtica furia. Me ha amenazado con despedirme si no vuelvo a trabajar desde la oficina de inmediato. He demostrado que no soy lo suficientemente responsable para hacerlo desde casa. Como os decía antes, mi idea inicial era volver a mi antigua profesión que, a pesar de resultarme del todo irrelevante, al menos me dejaba el tiempo necesario para dedicarme a escribir. Pero, ¿qué sentido tiene retroceder, pudiendo avanzar? Además, con la experiencia de este último mes he comprobado que ya no vale la pena asumir riesgos. Mañana mismo vuelvo a la oficina.

Tal y como veis, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados sin ni siquiera ser yo quien está al volante. No es una decisión personal... Supongo que el tiempo, con sus obligaciones imposibles de esquivar, ha consumido al escritor que habitaba en mí.

ELIZABETH DUVAL

Nació en Alcalá de Henares en el año 2000. Estudia Filosofía y Letras Modernas en París. Escribe poesía, narrativa y ensayo, explorando la intersección entre lo textual y lo audiovisual. También ha trabajado como dramaturga y actriz. Fue portada en 2017 de la revista *Tentaciones* con el reportaje titulado «El futuro es trans», y ha sido activista y cara visible del movimiento desde los 14 años.



ONOMÁSTICA O DOCE CATILINARIAS

I

Claro que me obsesionan las decisiones arbitrarias: las palabras y su conexión o, más bien, su ausencia de conexión o, más bien, explicándome mejor, la ausencia de relación entre el significante y su significado. Vale. Imagínate una esfera (o un círculo: yo creo que funcionaría igual planteado en dos dimensiones que en una, pero lo haremos a través de una esfera), algo redondo como una esfera... piensa ahora la superficie de la esfera como si esta estuviera compuesta por muchos triángulos, muchísimos triángulos; necesitarías una cantidad absurda de triángulos, una cantidad infinita de triángulos, como en el modelaje digital o haciendo un renderizado, cuando calculas la cantidad de polígonos, pero es que ni con una cantidad infinita de triángulos bastaría, te quedaría algo como la forma de la Tierra, un esferoide oblato... tampoco, ¡es que no podrían curvarse! Al final de este ejercicio imaginario, si es que puedes pensar en su final, tendrías algo definido, estable, finito como concepto (que sería la esfera) y algo en número infinito e inconcebible en su infinitud (los triángulos), que tratan al multiplicarse en número de aproximarse a la forma de la esfera, pero son incapaces (porque la esfera *posee* la cualidad de lo curvo y los triángulos no)... pues lo mismo con el significante y su significado, más o menos: pueden aproximarse a la cosa pero nunca *serán* la cosa, como los triángulos se aproximan infinitamente a la esfera sin alcanzarla.

Como el deseo o, no sé, todo en general.

II

—No entendí nada. No sé si había mucho que entender. ¿Y cómo se te ocurrió esto?

—Esa pregunta es innecesaria, Alicia, déjalo.

—Háblame del proceso. Quiero confirmar mis sospechas.

—El proyecto habla de eso, es como una negociación entre imperfecciones, una correlación, aceptar que... yo qué sé, llevo dos años con ello. Ya te lo tengo que haber contado, no me pidas más. Mira...

—Así que estamos de fiesta, ponen de fondo «Me gusta ser una zorra» y tú me das la chapa sobre algo que se te ocurrió entripada. Te quiero un montón, pero mi querer tiene límites.

Alicia se diluye en el grupo, artificialmente ensamblado —un grupo Frankenstein— con amigos de unos y otros, con gente que no se conoce demasiado —mejor así— y gente que se conoce en exceso, etcétera. Grita los versos que se sabe a la una, cuando ponen de fondo en la plaza de Cascorro «Me gusta ser una zorra» y se ha liberado de la chapa. No son muchos: se reducen a *me gusta ser una zorra* reiterado cuatro veces, luego *eh-oh-ah-ah*, finalmente ¡*ay-ay-ay-cabrón!*, no hay ni complicadas construcciones en alejandrinos ni triángulos.

Conocer las letras de las canciones es prescindible. No hay negociación con la realidad ni necesidad de ella: *quiero meter un pico en la polla* tiene sentido autónomo, no interpretaciones literales, alegóricas, anagógicas o morales; se pincha, se acaba, final. Alicia no se acuerda de la primera vez que escuchó «Me gusta ser una zorra», ni se identifica particularmente con la letra... más allá de este presente transitorio, en el cual el *ser* de toda la plaza coincide con el del único sencillo de las Vulpes. Alicia conoce a su amiga desde hace tiempo y por ello la soporta. Su amiga todavía no tiene nombre.

La conversación quedará así en el guion que escribe su amiga:

—No entendí nada.

—El proyecto es como una negociación entre imperfecciones, una correlación, aceptar *una realidad asintótica, el acercarse a algo sin llegar nunca a tocarlo*.

—Es la una, ponen de fondo «Me gusta ser una zorra» y tú me das la chapa. Te quiero *mucho*, pero mi querer tiene límites.

—*A mí me gusta querer sin límites*.

Silencio. Tiempo. *Este recurso (estas notas) se lo roba a Duras*.

—Los límites también son una negociación entre imperfecciones.

—*Me da igual*.

Alicia se diluye en el grupo. Ella (aquella que todavía no tiene nombre) se acerca a Lucía y baila. Ha cambiado la canción. Suena alguna de Bad Bunny. Se rodean mutuamente con los brazos, se acercan, alarga Lucía la lengua hasta tocar una lengua y los labios en intercambio salival, se besan negociando los límites del beso. Sonríen y beben. Habla Lucía:

—Hace mucho que me obsesionan las decisiones arbitrarias.

—¿Todas las decisiones?

—El besarnos, por ejemplo. Aquí podríamos perfectamente no hacerlo y nada cambiaría. *No es trascendental*.

Nada es trascendental. Cojo el borrador del relato y me deshago (yo, aquella que todavía no tiene nombre) de la bola de papel tirándola a la basura.

III

Escribe en su cuaderno una conversación que piensa utilizar en el guion. La conversación, por casualidad, parece encajar con la temática sin ni siquiera ser adulterada. Tardará unos cuantos días en releer sus notas (y le costará esfuerzo descifrar su letra), esas notas que copia desde la mesa de al lado mientras dos desconocidos hablan como dos amigos que vuelven a conocerse. La conversación transcrita empieza así:

—Pues nada. *Nice to meet you*, Olivia.

—Me di cuenta de que cada vez que lo pronunciaba me reía. O sea, me gustaba.

—Ay, claro. *Enchantée*.

—¿Y tú qué tal?

—Pues bueno. Estoy un poco perdida estos meses, con el trabajo y con todo; no sé muy bien qué he hecho. Tengo la sensación de estar fuera de mí. Tengo la necesidad de irme, de no estar en Madrid. Luego, cuando vuelva... ya veré qué hago este año, pero sí, no lo sé. Me preocupa un poco todo el tema del trabajo. No quiero quedarme atascada y que no me encuentre.

—Seguro que te encuentras.

—Pues es que estoy en un sitio en el que no puedo tener más experiencias, no puedo encontrarme; eso a veces también me raya. Me cuesta contar conmigo misma.

—Ya.

—En el piso es que... el nuevo compañero, el chico este... es un poco invasivo con el espacio. Me cae muy bien, ¿eh?, pero tengo como sensación de invasión a veces, no sabe dejarte tu espacio. Me pone intranquila y me siento mal. No sé, ha habido días, tío... o tía... que yo qué sé. Me siento demasiado solicitada de atención. Todo el mundo quiere hacer cosas conmigo, quiere contar conmigo y yo me siento culpable. Tengo un grupo de amigos con el que tampoco puedo asociar mi vida social. Hacemos cosas que a mí me ponen triste, no sé, es como tener que decir *no* todo el rato. Pero bueno. Así estoy.

—¿Sigues dando clases?

—No, no voy a volver. Es que... el trabajo me gusta, lo que pasa... bajo esas condiciones... el otro es menos invasivo, vaya. El curro de profesora exigía mucho, esforzarme todo el rato, y los grupos... no podría acordarme de todos los nombres.

Subraya la última frase apuntada en su cuaderno y no se acuerda de si fue entonces pronunciada (tal es su perfección) o si se la inventó: *no podría acordarme de todos los nombres, no podría acordarme de todos los nombres, no podría acordarme de todos los nombres*.

IV

Madrid, 17/04/2017

Querido Max:

Leer en una lengua que no es la propia —sin ser capaz de pensar en esa lengua o sin haber todavía soñado en ella— no es otra cosa que traducir simultáneamente mientras se lee. Todo lector «políglota» —y se trata de un políglotismo relativo— es, a su vez, traductor (y no llegará a comprender la totalidad del pensamiento del autor que esté leyendo).

No sé lo que estamos haciendo nosotros: yo te escribo en francés, que no es mi lengua —pero sí que he soñado en ella—, y tú me respondes en la misma, que sí es la tuya. He recibido tu carta en el momento más ocupado de mi existencia. No puedo esperar a acabar el guion en el que estoy trabajando, pero tampoco puedo ponerme con ello del todo: es como que la vida me atrapa, me retiene e insiste en que *siga experimentándola*, ¿y qué hago yo entonces? En fin. Últimamente no

tengo energías para casi nada.

Con matices: sí que tengo ganas de escribirte. Concibe esta parte de la carta como el momento en el que te anuncio el *framework*... no, no metamos palabras en inglés: el esquema que iré siguiendo. A ver a qué síntesis final conduce esto. Tu carta a mí me pareció conmovedora. En fin, vamos allá.

Es una relación particular la que tengo con Madrid, más aún ahora que está en el centro de mi próximo guion. *Heureux les amants épargnés, les amants que nous sommes*. Como con Lucía. Está en Madrid y me está inspirando mucho. Es siempre el eterno retorno con ella, siempre, siempre —el eterno retorno, lo eterno—. Aunque yo sé que me detesta. Pero no sólo Lucía. Carmen me mandaba el otro día un mensaje: me decía que por fin había acabado la carrera y comentaba cuánto sentía que me lo debía a mí, por más que cortáramos hace años, por más que no hayamos intercambiado ni diez frases en meses. Todo vuelve, siempre. Menos Alicia. Me duele Alicia y me cuesta admitirlo. No sé qué hacer. La distancia entre nosotras es un poco más inconmensurable de lo que era antes. Y sufro.

Ya te hablé de Alicia, ¿verdad? Alicia y yo nos conocimos cuando Juan... no sabrás quién es Juan, pero da igual: un ingeniero de telecomunicaciones, fíjate el aburrimiento, que montó una fiesta en su piso allá por Nuevos Ministerios; yo acabé yendo con unas amigas porque conocíamos a una de las que la organizaban, como que querían empezar a hacer una vez a la semana, o una vez cada dos semanas, una especie de fiesta de la droga donde meterse eme... creo que no había cocaína, pero si la había no la recuerdo. En fin, allí conocí a Alicia y allí nos liamos por primera vez. Había acabado la carrera de Matemáticas y resulta que las dos pasamos nuestro Erasmus en Berlín a la vez sin encontrarnos nunca. El suyo fue completamente distinto al mío, claro, porque me hablaba de él como el peor momento de su vida, y yo nunca he vivido algo más perfecto... pasamos unas cuantas horas hablando, de eso y de otras cosas, del cine, del lenguaje cinematográfico, de la influencia de la matemática en el cine —más de lo que creerías, Max—. Tras un buen rato mirándonos en silencio nos besamos en la terraza. María se quedó flipando... María es muy buena amiga de Alicia, son como inseparables. Esto fue hace algo así como dos meses. No sé cómo me acuerdo tan bien. Lo fundamental es que seguimos quedando, fuimos al cine, nos vimos en varias ocasiones. Seguíamos liándonos, pero nunca nos acostamos. Y ahora ya no tenemos de qué hablar. Ahora no nos decimos nada cuando salimos a tomar una caña por ahí. Tiene que venir más gente para que nos activemos, o tenemos que estar drogadas, porque ni ella me entiende ni parezco yo entenderla a ella. Me dijo que me quiere. Me ha dicho muchas veces que me quiere, sobre todo cuando nos despedimos. Si te lo puedo preguntar, ¿cómo llamarías tú a esta relación?

No he tenido mucho tiempo para leer últimamente. Ya te lo dije. De todos modos, y como me lo preguntas... otra amiga me ha dado muchísimos libros, en teoría prestados, pero yo sé bien que nunca se los devolveré. *En breve cárcel*, de Sylvia Molloy, es una novela particularmente conmovedora y es lo que estoy leyendo ahora. No sé si existe una versión en francés. Te lo recomiendo en cualquiera de los casos, incluso si tienes que defenderte con tu patético intento de castellano —es broma, es broma: tu español es muy gracioso—.

Je n'ai jamais trouvé ce que j'écris dans ce que j'aime. Me mandabas esa cita. Y podría escribirte páginas y páginas a propósito de las preguntas que enuncias, que me planteas, ¿pero no serían esas páginas siempre una versión inferior de lo que quiero decir de forma mucho más sutil en mi guion? Lo que me preguntas me obsesiona y me obsesionará siempre. Hay una dimensión

trágica, sí, por la cual todo artista quiere ser comprendido sin que la comprensión sea en absoluto posible («*un significante toca al objeto / atraviesa al objeto sin que se penetren en absoluto*», decía Lacan), pero lo trágico de la comunicación es bello también. Lo que pienso cambia y una carta, formulada a través de las mismas palabras que amo y detesto, no serviría para mostrarlo en su fluidez. Pero no nos queda otra cosa.

Te echo en falta. Crear una obra de arte que habla de la imposibilidad de las obras de arte para decirnos nada: es una idea absurda. Una ausencia absoluta de sentido. Estaba el otro día en un recital y un desconocido, que me estaba tirando la caña, me decía lo siguiente: *¿por qué encuentro más belleza, más trascendencia, en las conversaciones en español que no entiendo y que se suceden a las puertas de esta librería que en lo que los poetas leen dentro?* Tenía razón, pienso ahora. Veámonos pronto, vayámonos a una terraza, bebamos, comamos patatas fritas, coño. Habrá más belleza en lo efímero que en esta carta, que en nuestra correspondencia.

Espero tu respuesta. Una última cosa: me gustaría que pongas otro nombre, en el huequito reservado al destinatario, en la esquina inferior derecha debajo del sello. No te preocupes: no voy a quemar los sobres de las cartas que lleven el antiguo. Si me escribieras una que todavía fuera así sentiría, no obstante, que no es a mí a quien va dirigida.

Cuídate. Y nos vemos pronto. Lo necesito.

Siempre tuya,

Dara

V

En Madrid, a 26 de agosto de 2019.

Dada cuenta y,

ANTECEDENTES DE HECHO

1. Con fecha 14/07/2019 ante este Registro Civil Único de Madrid se presentó escrito por RAMÓN CEBRIÁN RIAÑO, mayor de edad, de nacionalidad española, persona nacida en MADRID, cuya inscripción de nacimiento consta en el Registro Civil de MADRID, al tomo y página que obran en el expediente, con domicilio en Madrid, con DNI —.

En dicho escrito la persona promotora interesaba la incoación de expediente gubernativo con la finalidad de rectificar la mención del sexo en la inscripción de su nacimiento, para que pasara a consignar MUJER, así como el cambio de nombre propio por DARA.

2. Se solicita igualmente el traslado total del folio registral, con cancelación del actual asiento de su nacimiento, el cual obra en el citado Registro Civil.

3. Se aportan las pruebas que constan, dándose traslado al Ministerio Fiscal a fin de que emitiera el preceptivo informe, que se formuló en el sentido de acceder a la petición formulada por la persona promotora.

FUNDAMENTOS JURÍDICOS

1. Que de conformidad con lo dispuesto en la ley 3/2007 de 15 de marzo, artículos 1º y 2º, y por haberse acreditado los requisitos expresados en su artículo 4º, procede acceder a lo solicitado.

Vistos los artículos citados y demás de general y pertinente aplicación:

PARTE DISPOSITIVA

1. D. ———, Magistrado-Encargado del Registro Civil Único de Madrid, dijo:

Que, estimando la pretensión deducida en el presente expediente por la persona promotora del mismo, RAMÓN CEBRIÁN RIAÑO, debía acordar y acordaba:

La rectificación de la mención de su sexo en la inscripción de su nacimiento obrante en la ——— del Registro Civil de Madrid, al Tomo — y Página—, por el de MUJER.

El cambio del nombre propio que la dicha persona ostenta, RAMÓN, por el de DARA.

Y, por haber nacido en la localidad de Madrid, a efectos de que se proceda al cumplimiento de lo acordado, y se resuelva sobre la petición de cancelación de todo el folio registral, practicándose una nueva inscripción de nacimiento, en aplicación de lo dispuesto en el Art. 307 del Reglamento del Registro Civil, reformado por Real Decreto 820/2005 del 8 de julio (BOE 23/07/05), practicándose las notificaciones previstas en el artículo 217 del Reglamento del Registro Civil.

Así, por esta mi resolución, contra la que cabe recurso ante la Dirección General de los Registros y del Notariado en el término de quince días hábiles desde su notificación, lo pronuncio, mando y firmo.

VI

La cancelación de todo el folio registral implica un homicidio. Es el asesinato de una persona que se desintegra, deja de existir: el poder performático de la palabra también se construye en su ausencia (en la ausencia de la palabra). Eso es lo que significa la *práctica de una nueva inscripción de nacimiento*: como por arte de magia nace una nueva individualidad en el lugar en el que nació antes otra (la cual ya no existe): en el mismo hospital, a la misma hora, de los mismos padres. Lo que se conoce como un *gemelo astral*: una pareja con los mismos signos, con los planetas en las mismas posiciones, con todo ángulo en sus mismos grados.

La palabra debe, no obstante, ser la palabra *de la ley* para ser reconocida. Dara se ha llamado Dara durante todo el texto hasta ahora. Quiero decir: *yo me he llamado Dara mientras escribía todo lo que he ido escribiendo, pero el Documento Nacional de Identidad que identifica mi existencia y la categoriza no replicaba lo mismo. Es por eso por lo que no he tenido nombre hasta su reconocimiento legal. Es por eso por lo que no tenía nombre todavía. Espero que quede lo suficientemente claro: en el momento presente en el que mi existencia anterior a ser Dara queda borrada todo lo que he vivido debiera haber sido vivido por Dara, y todas las personas que se han dirigido a mí bajo otro nombre no haberlo hecho (porque ese yo anterior no existía). Alicia*

conoce a su amiga desde hace bastante tiempo y por ello la soporta. Su amiga se *llamaba* (después de la aplicación retroactiva de la ley, en ese instante, y aunque siga llamándose así después) Dara. Dara se acerca a Lucía y baila. Nada es trascendental. Cojo, pues, el borrador del relato —y me deshago (yo, Dara) de la bola de papel, tirándolo todo a la basura—.

Reescribamos algo más la historia, si la ley otorga el permiso para reescribirla:

VII

No quiero compartir a Pizarnik con nadie. Ella escribió en sus diarios con dieciocho que quería mirarse en el espejo y que no fuera ella quien se viera o se mirara, sino que su reflejo estuviera mirándola a ella. Hay más lecciones de fenomenología ahí que en toda la obra de Sartre. Náuseas ante la idea de compartir a Alejandra (voy a llamarla Alejandra). No quiero que Alejandra sea de nadie más. No quiero que nadie se sienta al leerla como yo me siento. Quisiera estar ahora abrazando a esa Alejandra posadolescente, acariciando las mejillas de Alejandra, sabiendo con absoluta certeza que somos almas iguales. *¿No es maravilloso y a la vez trágico que un solo ser (yo, por ejemplo) que ocupa tan poco lugar sienta el universo todo y la angustia total y la nada mundial? Y que hable, camine, gesticule, ría, coma.*

VIII

No estaba preparada para contarte todo aquello. No podía, y creo que no habré podido nunca, decirte lo que te he dicho: venir tres años después a pedir besos que no merezco, solicitar una ternura que mañana no seré capaz de devolver, revelar cuántas veces (todas, ¡todas!) he pensado en ti a diario desde entonces, sincerarme como un solo ser maravilloso y a la vez trágico, y llorar, llorar mucho delante de ti. No estaba preparada para llorar delante de ti. Pronunciar *cuánto me arrepiento* sin que suene impostado o a construcción narrativa. Que ha habido otras, sí, y que sin duda las habrá, pero que siempre has estado de fondo. No, claramente no podía.

No quiero compartirte con nadie. Me siento tremendamente celosa esta noche.

IX

No es una experiencia transformadora y no es una experiencia trascendental, por más que lo haya comparado antes con un homicidio. Nada cambió en mi vida cuando cambió mi documentación. Pocas cosas se hicieron más fáciles (o pocas cosas que no lo fueran ya). El dolor (decía también Alejandra que qué clase de textos pueden pasarse páginas sin hablar del dolor) no se hizo más fácil. Mi dolor no es una cuestión lexicológica, o de nomenclatura, o de cualquier palabra fácilmente sustituible. El dolor es una ordenación sintáctica.

Ninguna cuestión se resolvió por arte de magia. No he podido escuchar ni he escuchado más palabras. No he hecho nada, realmente, ni he tenido el deseo de hacerlo. Y me siento todavía más sola que antes.

¿Qué me queda? Me queda imaginarme las cosas como si pudieran ser algo distinto:

X

Me llamo Dara y me he entregado de lleno al hedonismo. Como reacción al giro lingüístico del siglo XX, hemos decidido que lo más importante ahora es la discusión sobre el género como una tecnología política del lenguaje, sobre la teoría *queer*, sobre las movidas aquellas que contaba Judith Butler del deshacernos en ese rollo del Otro y toda la pesca. He ganado mucho vocabulario. He accedido a todo un circuito de cinematografía alternativa y hasta he podido evitar el síndrome de la impostora sin recurrir (hay excepciones) a drogas estimulantes. Deseché mi antiguo proyecto, mi otro guion. He aquí un breve resumen (o *Abstract*):

El corto centra su discurso en las posibilidades emancipadoras de nuevas prácticas sexuales sin centrarse necesariamente en estas: asume, pues, su sujeto no como un disidente necesario del sistema género-género, sino en tanto que productor discursivo subalterno o abyecto, es decir, perteneciente a una amplia coalición de sujetos normalmente atrapados en (o empujados a) los márgenes. Caben, en esta coalición, los modelos relacionales disidentes (como el poliamor (incluso el poliamor heterosexual (incluso el mercantilismo del amor (incluso el neoliberalismo))), las migrantes, las marikas, las bolleras, las travas, las putas, las racializadas, las disidentes del sistema género-género, también alguna gente de Malasaña, los amigos del rollo, los habituales de la casa okupa, los que dan clase de lengua de signos en la casa okupa, los que llevan más de siete piercings, los que llevan rastas pero después se arrepienten por considerarlo apropiación cultural, probablemente las gordas, la Real Academia del Lenguaje Inclusivo, un par de twitteras, Judith Butler, Paul B. Preciado, Miquel Missé, todo hombre trans concebible que posea un discurso que pueda ser incluso medianamente calificado de teórico en la superficie por escasamente brillante que sea su fondo, toda persona que ensalce el potencial revolucionario del ano, el camello de la farla.

También en esto he fracasado.

XI

Nadie tiene tanto poder sobre la construcción de la realidad como alguien que escribe: nadie tiene tan poco poder sobre la realidad en sí misma como alguien que escribe. No sé: yo soy el tipo de persona que se compra dos billetes de avión, el suyo y el contiguo, con tal de ir sola y que nadie me moleste, o al menos así haría si tuviera dinero (muy probablemente con la documentación de mi abuela, que sé a ciencia cierta no está ya en edad de viajar a ninguna parte). Decía Deleuze que *la filosofía sirve para entristecer*, y dedicó muchas, muchas páginas al cine, así que yo lo extiendo: el lenguaje cinematográfico *sirve para entristecer*, como la literatura. Un libro (o una película) no debe darte la razón. Un texto (sea del tipo que sea) no debe conformarse al esquema preconcebido de qué tiene que ser un texto, ni en su forma ni en su fondo: un discurso *con una cierta potencialidad* no puede ser *tu* discurso, sino un discurso negociado, un discurso en conflicto, en duelo. En esas estamos. Si nada de lo que yo haga sirviera finalmente para entristecer, tendré que poner mi producción (que no obra) otra vez en la lista de fracasos de mi vida.

Voy acabando:

XII

Ya te hablé de Alicia, ¿verdad? Alicia y yo nos conocimos cuando Juan [...] en fin, allí conocí a Alicia [...] resulta que las dos pasamos nuestro Erasmus en Berlín a la vez sin encontrarnos nunca [...] y yo nunca he vivido algo más perfecto... pasamos unas cuantas horas hablando [...] de la influencia de la matemática [y] en el [...] silencio nos besamos en la terraza [...] nos vimos [...] liándonos, pero [...] no tenemos [...] nada [...] tenemos que estar drogadas, porque ni ella me entiende ni [...] me quiere, sobre todo cuando nos despedimos. Si te lo puedo preguntar, ¿cómo llamarías tú a esta relación?

Me llamo Dara [según un documento del Registro Civil datado del 26 de agosto de 2019] y me he entregado de lleno al [...] giro lingüístico del siglo XX, hemos decidido que lo más importante ahora es [...] la pesca. He ganado much[as] [...] drogas estimulantes. Deseché mi [...] resumen (o *Abstract*) [—y me deshago (yo, Dara) de la bola de papel, tirándolo todo a la basura]:

No estaba preparada para [...] pedir [los] besos que [...] merezco, solicitar una ternura que mañana [...] seré capaz de devolver, revelar cuántas veces (todas, ¡todas!) he pensado en [...] la [...] construcción narrativa. Que ha habido otras, sí, y que sin duda las habrá, pero que siempre has estado de fondo. No, claramente no podía.

Quería mirar[me] en el espejo y que no fuera [yo] quien se viera o [me] mirara, sino que [mi] reflejo estuviera mirándo[me] a [mí]. [...] Sartre. Náuseas [...]. No quiero [...] [ser] [...] nadie más. No quiero que nadie se sienta [...] como yo me siento: me siento tremendamente celosa esta noche.

Subraya [el último párrafo] en su cuaderno y no se acuerda de si fue entonces [cual mantra declamado] (tal es su perfección) o si se [lo] inventó: *claro que me obsesionan las decisiones arbitrarias, los relatos que no empiezan y no acaban, las ironías toscas, los errores, los traspies, las equivocaciones, los retrasos, las mentiras que no se dicen a la cara, las ausencias de sinceridades y todas estas cosas: ¿cómo no me van a obsesionar si estoy de ello compuesta, si no hay nada más en mí salvo por eso y si no sabría distinguirme o delimitarme del resto de cosas del mundo si no fuera por ellas, por su influencia, por su gravedad?*

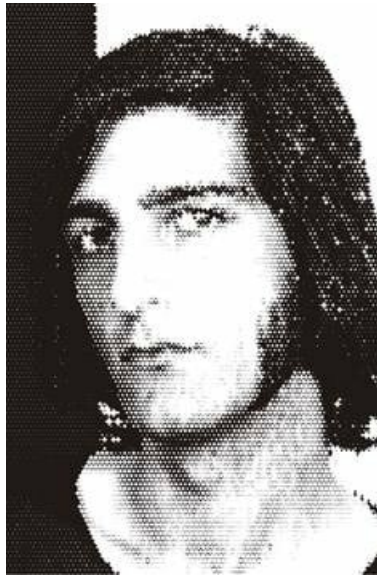
No, no, porque el último párrafo quedará así en la versión final del guion: *me gustaría que esto fuera una carta de amor para alguien, pero no me he enamorado nunca de nadie, es como que me aproximo al amor sin jamás poder alcanzarlo y busco de él tantas cosas que no me puede dar; es como que tú quieres, o quien nos escucha, que esta revelación sea genuinamente una revelación: que no esté tan, tan extendido en el teatro este tipo de interacciones con el público, estas ausencias de cuarta pared, que no se haya el público ya acostumbrado a todo; diría, entonces, que a lo mejor la manera de hacer literatura, o de no hacerla, o de desvirtuarla en nuestro momento sea no haciendo literatura, o no escribiendo literatura, y sería esta la última frase del guion y de este párrafo: no puedo acordarme de los nombres de tantos personajes que me importan una mierda en una construcción narrativa cuyo único sentido aparente es hablar sobre la relación entre el nombre y lo nombrado.*

Piensa un rato en ello (¿quién?). Subraya la última frase apuntada en su cuaderno y no se acuerda de si fue entonces pronunciada (tal es su perfección) o si se la inventó: *no podría acordarme de todos los nombres, no podría acordarme de todos los nombres, no podría*

acordarme de todos los nombres. En fin: ¿hasta cuándo abusará la autora de nuestra paciencia?

ÓSCAR ESPIRITA

Nació en Guadalajara en 1985 y se considera madrileño de adopción desde hace cinco años. Es autor de los poemarios *Niño Marica* (Hidroavión, 2015) y *Animalitos* (Hidroavión, 2018), y del cuento infantil *Si el rosa es de las niñas el azul es del mar* (Hidroavión, 2016). Ha participado en las antologías *El cielo en movimiento* (Dos Bigotes, 2015), *La Devoción Inflamada, Camptología* (La Malvaloca, 2016) y *De Chueca al cielo, 100 poemas celebrando la diversidad LGTBI* (Ayuntamiento de Madrid y AET, 2019).



EL LOMO DE UN DRAGÓN

A Mateu

I

El día que me muera me meterán en una caja marrón como a un hetero más. He pedido que me incineren para que todo el mundo vea cómo las llamas se vuelven violetas. Espero que me lleven coronas de claveles. Me gustan los claveles porque son las rosas de los pobres. A mí nunca me faltó el dinero, pero me siento cercano a su escasez. Dicen de los pobres que son felices con muy poco. ¿Qué mierda es esa? Todas esas frases vienen del mismo lugar. El patriarcado es un hombre cis hetero blanco escribiendo frases absurdas:

«Nadie te va a querer hasta que no aprendas a quererte». ¿Cómo voy a aprender a quererme si nadie me enseña?

No quiero morir, pero a veces cuando me meto keta con Andrés y estoy tan ciega que veo nuestros cuerpos desde fuera, me apetecería no volver. Quedarme al otro lado suave y sin dolor, como ahora que me doy la vuelta, dejo mi cuerpo en el suelo y me voy. La carretera *cri cri* y los faros alumbrando la hierba.

II

En pueblos como el mío, en los que los calaminos atraviesan las calles como en las películas del Oeste, los perros ladran en la madrugada hacinados en sus pequeños cheniles y los toros pasean sus grandes cojones entre los campos de cebada, la palabra *queer* no existe. En esta pequeña aldea, cercana a Guadalajara, Andrés y yo somos maricones.

Afortunadamente tenemos acceso a Internet y conocemos a la Butler y a la Preciado. Participamos en grupos de Facebook y vamos a asambleas en la gran ciudad, donde Andrés se siente uno más y yo soy un bicho raro.

Vamos todos los días juntos a la universidad. Él estudia Bellas Artes y yo Física. Él quiere mostrarse al mundo y yo me intereso por aquello que nadie ve.

A veces pienso que lo único que nos une es que nos gustan los chicos, pero eso también nos separa porque a mí me gusta él y yo para él no soy más que una compañía agradable que le explica con palabras sencillas que «las lesbianas no son mujeres» y el origen del universo.

Una vez me preguntó por qué me gustaba tanto mirar las estrellas y yo le dije que me gustan porque las vemos brillar pese a que puede que lleven mucho tiempo muertas. También hay estrellas que están naciendo y que no veremos jamás.

Si le hablo de cosas que no entiende, frunce el ceño de una manera adorable. Eso me despierta mucha ternura y me gustaría besarle entre las jaras en flor. Cuando eso pasa me pellizco muy fuerte el brazo o me arañó las pantorrillas hasta que consigo controlar la emoción.

Cuando era más pequeño pensaba que si te follabas a alguien podías ver con tu polla los pensamientos de la otra persona y eso me daba mucho miedo porque imaginaba que si algún día Andrés me la metía, se daría cuenta de lo mucho que le quiero.

Yo no sé si él ha querido alguna vez a alguien. Lo de deconstruir el amor se le da mejor que a mí. Le envidio porque no sufre. Me gusta cuando me habla de los chicos con los que está. No siento celos. Me encantaría verle follar. Seguro que suda mucho y los caracolillos del pelo se le quedan pegados a la frente como cuando montamos en bici y las gotas de sudor son caléndulas sobre su piel morena.

III

Si muero seré tan ligero como una bailarina. Seré más ligero que su tutú.

Vivo en uno de esos lugares donde el *grindr* pierde sus caras. Soy grueso relinchón. Tengo el culo grande. La cadera sobredimensionada. Ojalá ser una tía porque ahora está de moda tener el culo de Kim Kardashian y si eres un tío tienes que ser François Sagat.

Nadie habla de los maricas heavies con coleta que se están quedando calvos, de los blancuchos y espigados estudiantes de ingeniería, de los funcionarios de provincias, de los ancianos casados, de las trans con sombra de barba que se maquillan con mano temblorosa y no saben combinar los colores. Nadie nos llama hermanas ni aliados. Nadie nos escribe poemas. Nadie nos tiende la mano. ¿No os dais cuenta de que os miramos y solo vemos chicos guapos jugando a la disidencia?

Alguien debería hablar sobre el privilegio de la belleza. Hemos deconstruido el género, el amor, la alimentación y bla, bla, bla. Está claro que con la belleza algo no ha funcionado. El mundo de «los osos» no es más que un espejismo porque yo me quiero follar a Andrés, tener una celda en su enjambre relacional y sus novios no pesan más de 60 kilos. La liberación no puede ser una cueva por mucho que esta brille. Por mucho que nos aplaudan desde el otro lado.

Como porque me siento vacío. Me siento solito como un garabato olvidado en el margen del cuaderno de dibujo técnico. Un garabato es un círculo disconforme.

Ya no me alimento de animales. Empatizo con su sufrimiento. Mi jaula es una red social que me oprime. Todos vivimos encerrados, pero nadie se hace fotos en las granjas, la gente va a retratarse al zoo.

Soy el mejor amigo de Andrés. Andrés tiene 932 publicaciones en Instagram y yo salgo en dos. En una de ellas aparecemos en una asamblea junto a un montón de gente. Salgo en la esquina derecha. Tienes que poner el dedo índice y pulgar juntitos sobre la pantalla y luego deslizarlos en direcciones opuestas para que se amplíe la foto y puedas verme. Eso es. Ese soy yo. El de negro, el de pelo largo. En esa asamblea se habla de disidencia, de veganismo, de poliamor. Mi cuerpo es el único que se sale de la foto. A mí lo del poliamor me parece muy bien y muy moderno. Yo me podría enamorar de media península y follarme a la otra media y me quedaría tan pichi, pero esto es un invento para las guapas. Tengo 23 años y nunca he tenido novio. Creo que lo verdaderamente rompedor sería deconstruir el deseo. Si queremos liberar el amor tendremos que hacérselo accesible a todos los cuerpos.

Yo soy ese chico con el que te acuestas una noche de borrachera y cuando te levantas a mi lado te preguntas: «¿Dios qué he hecho?». ¿Sabes lo que hiciste? Te emborrachaste, perdiste el móvil, la cartera, el tabaco, las llaves y los prejuicios. Te lo pasaste genial, gritaste mi nombre hasta despertar a tus vecinos y te corriste sobre mi vientre.

Yo no tengo fuerzas para erigir la bandera de esta lucha. Ya he perdido. Me he enamorado tan fuerte de Andrés que ahora preferiría estar muerto. Eso es el amor romántico, el «sin ti no soy nada».

Creo que no sirve de mucho ser tan consciente. Creo que lo peor de todo es que esta sensación que ahora parece tan por encima de lo visible no es más que una ilusión creada, una construcción social, y si algún día le pierdo totalmente, puede que la tristeza me dure un mes o dos o incluso algunos años, pero llegará un día, amanecerá una mañana y ya no me acordaré de él. Eso es lo verdaderamente insoportable, que en realidad todo ese amor no es más que una ilusión tan frágil que el tiempo la desvanece.

En cualquier caso prefiero engañarme. Me aferro al miedo que me da no verle un día porque tengo que estudiar, a no poder dormir porque me dejó en visto en *whatsapp*, a robarle los calzoncillos y ponérmelos en la cara como Elio en *Call Me By Your Name*.

IV

Me gusta conducir de noche a alta velocidad por la carretera de los ciervos y los corzos, ver los ojos de las liebres iluminarse como semáforos en las cunetas. Cerrar los ojos, apagar las luces y contar hasta 10 en las rectas interminables. La velocidad aligera mi cuerpo. Con las ventanillas abiertas fantaseo con ir en un descapotable por la Ruta 66, pero esto es Castilla y al final del camino está el pantano.

Me gusta bañarme desnudo a la luz de la luna. Los pantanos dan miedo porque guardan historias de niños muertos. Todos los veranos aparece alguno ahogado. Los pueblos les lloran. Ponen en sus banderas crespones negros. A mí no me dan pena. Mi tristeza se ha extendido tanto en el tiempo que ya no la distingo. Supongo que es como el que vive al lado del arroyo y ya no le sorprende el ruido del agua.

Nunca he ido a una playa nudista, suspendí Educación Física por evitar los vestuarios. Aprobé con un examen en septiembre. Odio mi cuerpo. No me representa. Mi alma es antisistema. A veces me pongo desnudo frente al espejo y repito: «Soy precioso. Mi cuerpo es un templo de amor y de placer» y durante unos minutos parece que me lo creo. Al rato todo vuelve a ser como siempre. Mi cuerpo es un campo de batalla en el que siempre termino perdiendo.

¿Sabéis esa sensación en la que llegas a casa y de repente te das cuenta de que no sabes cómo lo has hecho? La gente se preocupa. Dicen que debo «vivir en el ahora». Yo quiero vivir siempre así.

Odio la sensación de tener hambre porque me recuerda que sigo vivo. Me paso el día comiendo para que eso no pase. Odio estar enfermo excepto en los momentos en los que la fiebre me deja en un estado de profunda lejanía. Practico meditación transcendental. La meditación clásica te indica que debes concentrarte en tu respiración y eso me angustia porque me recuerda que tengo unos pulmones. La «MT» te hace aferrarte a un mantra y no hay nada que se aleje más de mí que una palabra cuyo significado desconozco. Transciendo. Me siento igual que un árbol en la alameda o una roca en el pico del Lobo.

La única persona que me ha dicho que soy guapo es mi abuela. En realidad la odio porque siempre me ha cebado como a uno de sus cerdos. Cuando el médico me puso a dieta me daba pan con chocolate y chucherías a escondidas. Le encanta vernos gordos. Está orgullosa de su familia de puercos. Todo el mundo se ríe de nosotros. Estoy seguro de que a la gente le encantaría que en un tropiezo cayésemos rodando por la cuesta de la iglesia para ver nuestros cuerpos amontonados como una enorme boñiga de vaca en medio de la plaza del pueblo.

La detesto. Me gusta imaginar que le golpeo tan fuerte en la cabeza que sus sesos se desparraman como espaguetis por el suelo. *Sorry not sorry*. No hay peor condena que odiar tu propio cuerpo. El mundo está lleno de reflejos.

V

Cuando hay una tormenta desde la tierra vemos los rayos. Potentes disparos de luz. Lo que casi nadie sabe es que por encima de las nubes, allí donde nadie llega, se producen otros destellos fugaces llamados: Gnomos, Duendes y Elfos. Cuando era pequeño pensaba que estas criaturas fantásticas andaban escondidas por los bosques. Alguien decidió elevar su mito al cielo. Ponerles esos nombres a esas luces que casi nadie ve y que pocos conocen es un acto de amor. Ya nadie

podrá decir que no existen.

Es cierto que mi existencia es a veces insoportable, pero cuando digo que preferiría estar muerto me refiero a algo mucho más simple. Quiero ver cómo baila en su cuarto cuando está solo. Quiero verle desnudo de toda mirada ajena. Ver lo que nadie puede: su chorro de luz, su verdadero ser. Le pondré nombre a todos sus gestos, a sus secretos y a las partes de su cuerpo. Utilizaré las palabras más bonitas de nuestra lengua. Las palabras preferidas de las personas que vieron algo bueno en mí y les daré un nuevo significado que solo conoceremos los dos.

VI

Al mirar por la ventana veo la cebada moverse por el viento y pienso en el mar. Un mar teñido por las algas. En ese momento aparece Andrés con su bici por el camino de los galgos con su peto vaquero y sin camiseta. Tiene todos esos músculos definidos que yo nunca veré en mi cuerpo y que me hacen odiarle. Podría haberme hecho amigo del hijo del dueño del bar, que es más gordo que yo, y así cuando abriese la puerta de mi casa me sentiría algo aliviado.

Andrés no es de pueblo de verdad. Es el hijo del francés. Vive en una caja de hormigón con ventanas que van del techo al suelo. Con 12 años fue el primero en marcarse un *ollie* con la tabla de *skate* a los pies de la iglesia y fue el primero en salir del armario sin despeinarse. Los insultos le sientan bien. Cuando le llaman marica se le dibuja una sonrisa que marca la distancia de dos mundos totalmente opuestos. Le miras y te apetece unirte a él.

Yo soy el sobrino del alcalde. El nieto de la Jabata. La señora más devota del pueblo. Ella me metió todas estas mierdas en la cabeza. Me decía: «Jabatillo, si no te portas bien la virgen te condenará a vagar por la tierra hasta que pagues todos tus pecados como le pasó a tu tío Aurelio».

Mi tío Aurelio apareció colgado en su casa cuando yo tenía 6 años y nadie se atreve a pasar por allí porque dicen que se escuchan cosas muy raras. Andrés y yo fuimos un par de veces y nos cagamos de miedo. Tenía 52 años y era soltero. Todo el mundo me dice que me parezco mucho a él. Obviamente era maricón.

Llama a la puerta. Le invito a casa. Nos subimos a la terraza. Nos fumamos unos porros. Nos tomamos unas cervezas, luego un poco de speed para subir el bajón, luego un poco de keta y nos montamos en la nube. Le miro los nudillos, las arruguitas de la mano, pienso en las pajas que se hace. Trato de adivinar si sus calzoncillos son azul celeste o crema bollito de leche. Me cuenta sus polvos. Yo me quedo callado. Le miro el culo, le quiero tocar entre las piernas. Me salgo de mi cuerpo, nos veo desde la barandilla. Nos reímos de mi abuela, del tío loco de las cabras. Me habla de sus pinturas, yo le admiro en silencio. Me desparramo por el suelo como *blandi blub*, apoya su cabeza sobre mi tripa. Le quiero acariciar el pelo, pero me quedo quieto. Escuchamos a los perros ladrar, los grillos, el croar de las ranas, el acelerón de un coche, un cencerro, unos pasos.

Vemos una estrella fugaz, yo le digo que en realidad son meteoros que vienen a morir a la tierra. Me dice que me calle y pida un deseo. Pido estar muerto y ser un fantasma o un ángel de la guarda.

—¿Qué has pedido?

—Dime tu primero.

—Quedarme así para siempre. No ser nunca viejo. ¿Y tú?

—Yo, Andrés, quiero ser un fantasma. El fantasma que atormenta a su *crush*.

—Estás to loco.

—Cuando me muera estaré a tu lado viendo todo lo que haces.

—Qué miedo.

—Cuando te sientes en la cama, arquees la espalda y se te marquen los huesos como si fuera el lomo de un dragón para ponerte los calzoncillos le pondré nombre a cada una de tus vértebras. Dejaré la lista sobre tu almohada y me iré para siempre.

Las palabras se cuelan por sus enormes pupilas como centellas en un pozo.

Lloro, pero él ya está durmiendo.

VII

Esta mañana he ido a ver a mi abuela. He esperado a que se marchase a comprar el pan y he bajado corriendo al sótano donde tiene, en un altar, a la virgen. Todas las vecinas del pueblo saben que esa virgen tiene poderes de verdad y van a rezarle para que se pongan buenos sus maridos. Me he asegurado de que no había nadie y de rodillas, frente a ella, le he dicho: «Eres una puta asquerosa que te follaste una paloma y pariste el mayor monstruo que ha pisado la tierra» y le he escupido en la cara. Luego me ha dado un ataque de risa y me he retorcido por el suelo hasta que me he asustado pensando en que igual se me estaba yendo la cabeza de verdad y que iba a terminar en Puerta del Hierro como Raquel Mosquera mirando por la ventana con el pelo sucio y hablando sola.

Yo sé que todo esto es raro de cojones, pero lo he hecho para que la virgen se enfade y me condene a vagar toda la eternidad en la tierra. Siempre he sido muy bueno. Si me muero, seguro que pasan por alto lo de que soy maricón y voy al cielo. Juro que si eso pasa me marco un *columbine* y me llevo por delante a Teresa de Calcuta, a Gandhi y a quien haga falta hasta que me bajen a la tierra. Pero claro, si ya están muertos... ¿cómo los voy a matar? Que mierda, no sé. Bueno, total, que luego me he ido casa y me he puesto *Ghost* y me ha entrado una llorera tremenda. Últimamente veo todo películas de fantasmas para coger ideas por si el milagro se termina produciendo.

Ahora es de noche y todo el mundo se ha ido a dormir. Bajo las escaleras. Le robo 50 euros a mi padre (por eso de portarme mal) y agarro con cuidado las llaves del coche.

Conduzco por la carretera de los álamos. Con la velocidad los troncos se extienden como un muro. Subo la música, apago las luces, cierro los ojos y cuento hasta 10.

VIII

Le he visto llorar allí donde cuando éramos pequeños jugábamos a escribir palabras con nuestros meos, caminar haciendo equilibrio sobre las vías del tren, apretar el culo contra otros cuerpos, olerse los sobacos y sonreír al despertarse, bailar en Utopía comiendo altavoz, dejar caer su toalla en Paraíso, romper la meta en una pipa de cristal y mirar al vacío con los mismísimos ojos de la droga, llegar tarde a la universidad porque le cambié la hora al reloj, volverse loco buscando las cosas, cosas que le cambio de sitio, estremecerse cuando mi presencia es una fría corriente de aire.

Le he visto subir la cuesta y poner un ramito de flores sobre el mármol al lado de mi nombre.

Ya han pasado dos años y Andrés se está despidiendo de sus padres. Al lado de su cama hay una maleta. Sobre su almohada le he dejado una nota.

IX

CERVICALES:

- C1: Caléndula
- C2: Querubín
- C3: Avestruz
- C4: Xaloc
- C5: Hormiga
- C6: Levedad
- C7: Estruendo

TORÁCICAS:

- T1: Deshora
- T2: Sunshine
- T3: Geoda
- T4: Zozobra
- T5: Golondrina
- T6: Clavícula
- T7: Cedro
- T8: Kintsugi
- T9: Lava
- T10: Ternura
- T11: Bonite
- T12: Dechado

VERTEBRAS LUMBARES

- L1: Aria
- L2: Satélite

L3: Petunia

L4: California

L5: Corcovado

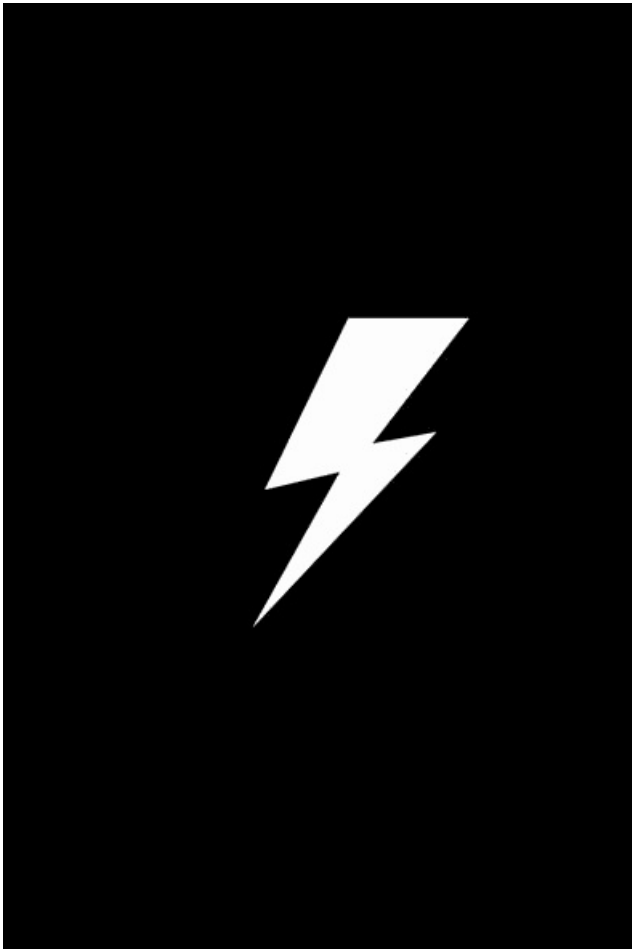
SACRO:

5 fundido: Linde

COXIS:

4 fundido: Final

*Si caminamos lo suficiente, alguna vez
llegaremos a alguna parte —dijo Dorothy.*
Lyman Frank Baum, *El mago de Oz*



NOTAS

[1] En traducción al castellano de Juan Cueto-Roig.